



LA REVISTA DEL FOMENT  
PRIMAVERA 2017—Nº 2151

OCTUBRE  
★ 1917 ★



Panorama  
**LA REVOLUCIÓN  
RUSA EN CUATRO  
ESTAMPAS**

—Joseba Louzao Villar

Dossier  
**CUANDO EL  
ICONO ES LENIN**

—Iván de la Nuez

Temas de mañana  
**¿MÁS O MENOS  
GLOBALIZACIÓN?**

—Joan Tugores Ques

Artes&Co.  
**ISABEL COIXET:  
LA MIRADA NO  
TERMINA NUNCA**

—Sergi Doria

**EL CINE Y LAS  
PELÍCULAS**

—Luis Goytisolo

Hay una fórmula para ser  
el Banco del Año en España

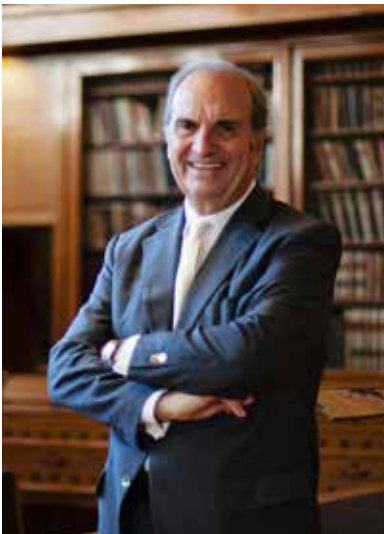
Mantenernos fieles a nuestros valores de calidad, confianza y compromiso social es nuestra mejor fórmula para ser el Banco del Año en España.

- La confianza de 14 millones de clientes: somos el primer banco para uno de cada cuatro españoles.
- Una red de más de 5.000 oficinas, con presencia en el 93 % de los municipios españoles de más de 5.000 habitantes.
- La mejor plataforma de banca digital, con más de 5 millones de clientes.
- Y la profesionalidad y compromiso de 32.000 empleados.

**CaixaBank, elegido Banco del Año en España 2016 por *The Banker*.**



**CaixaBank**



—“Nadie tenía piedad de nadie”, escribió Joan Puig i Ferrer en unos textos memorialísticos para referirse a los años que llegarían a partir de 1917 especialmente a Barcelona. Este año fue uno de los más críticos de la primera Gran Guerra en Europa y el conflicto bélico se fue transformando a lo largo de todo el mapa en un elemento revolucionario. Los acontecimientos de 1917 en Rusia con el golpe bolchevique retumbaron por todo el mundo con unas ondas expansivas que alcanzaron la práctica totalidad del siglo XX. El presente número de la revista **F** de Foment nos ofrece aportaciones lúcidas y, por tanto, interesantísimas, de unos hechos que hoy analizamos con la distancia que nos dan cien años, un lapso de tiempo que puede ser poco.

Unos años sin piedad se apoderaban de Barcelona, que vivió una verdadera edad de plomo de violencia extraordinaria con una ininterrumpida escalada de atentados y asesinatos protagonizados por grupos armados vinculados con organizaciones obreras y patronales. Unos años de durísima intransigencia que también forman parte de nuestra historia y que hay que conocer y saber interpretar. España vivía inmersa en una gran crisis de crisis a distintos niveles: institucional, social, militar, de régimen en definitiva. Con una sangrante huelga revolucionaria, durante el verano, que inició lo que algunos historiadores han llamado “el trienio bolchevique”, convulso sobre todo en el sur español y en Catalunya.

En suma, como siempre, *La Revista del Foment* aporta, desde el análisis riguroso y la libertad creadora, elementos de reflexión sobre algunos de los acontecimientos cruciales de nuestro tiempo que explican en parte como son hoy la cultura, la empresa, las relaciones sociales: las cuestiones humanas, en definitiva. También abre puertas y ventanas hacia el futuro desde un presente que no tiene todas las respuestas para tantas preguntas. Que la creatividad, la sabiduría, la medida y la generosidad nos acompañen. Así podemos aprender lecciones del pasado para construir un mejor futuro.

**Joaquim Gay de Montellà**  
*Presidente de Foment del Treball*

Nos esforzamos  
para ~~llegar a donde~~  
~~nadie llega~~

  
200  
AÑOS

estamos cerca de nuestros  
más de 23 millones de  
clientes en todo el mundo.

En Gas Natural Fenosa cerca de  
18.000 profesionales trabajan cada día  
para atender las necesidades energéticas  
de hogares, industrias y comercios, con  
la visión de mejorar constantemente nuestros  
productos y servicios. Hoy estamos presentes  
en más de 30 países y damos servicio a más  
de 23 millones de clientes en todo el mundo que  
ya han podido comprobar que, para nosotros,  
ellos son el centro de todo lo que hacemos.

Porque lo importante no es lo  
que dices, es lo que haces.

[www.gasnaturalfenosa.com](http://www.gasnaturalfenosa.com)

gasNatural   
fenosa

Hecho y dicho

— Conmemorar el centenario de la Revolución rusa es una oportunidad de convergencias entre presente, pasado y futuro porque desde la toma del Palacio de Invierno en octubre de 1917 queda abierto uno de los grandes –y trágicos– portales que sacude el siglo XX y da entrada a la distorsión arrolladora de los totalitarismos. Elementos de azar y la potencia estratégica de Lenin hacen posible el adelanto de una revolución que estaba previsto que fuese protagonizada por un proletariado que no existía en la Rusia de 1917, herida por las batallas de la Primera Guerra Mundial y tutelada por un régimen zarista muy erosionado y con una capacidad reformista intermitente. Ese es el tema central del nuevo número de **F**, que aborda los antecedentes, el impacto económico, los personajes, los orígenes del terror y la repercusión del leninismo en la estética renovadora y complementan el relato de aquellos diez días de octubre que convulsionaron el mundo, según escribió el periodista norteamericano John Reed, testigo simpatizante del bando bolchevique.

Como un cruce entre espejos cóncavos y convexos, el centenario de la Revolución rusa de 1917, preludiada por la de 1905, da pie para la revisión de un paisaje histórico que arranca desde las jornadas de ese octubre hasta una vorágine de personajes que pugnan por ejercer las libertades en un momento en que las lecciones de Lenin comienzan a derivar hacia el totalitarismo –con los primeros atisbos del

Valentí Puig, director



Gulag– que en unos pocos años va a verse cara a cara con el totalitarismo de Hitler. Llegó la Segunda Guerra Mundial, Hitler ocupó media Europa antes de ser derrotado. Al final, repartido el mundo en Yalta, fue la Unión Soviética la que se apropió de Europa y alzó el muro de Berlín.

En “Temas de mañana”, **F** sigue indagando en las incógnitas de un futuro que nunca fue tan indefinible, con perspectivas sobre la globalización, el futuro según Taleb o las complejidades tecnológicas y éticas del transhumanismo. Para los lectores de **F**, la “Carta desde Pekín” o la entrevista con la directora Isabel Coixet prologan las secciones de “Artes & Co”, que cierra Luis Goytiso la firmando la página “De autor”. De 1917 a 2017, cien años nos contemplan, a menudo inescrutables, trágicos y transformadores, desajustados y fascinantes.



Cuadro de Vladimir Alexandrovich Serov

Edita

Foment del Treball

Dirección

Valentí Puig

Realización

**FACTORIA**  
PRISMA

Coordinación

Sergio Escartín

Diseño

Llorenç Perelló Alomar

Contacto

larevistadelfoment@foment.com

Impresión: Talleres Gráficos Soler, SA

Depósito legal: B-17853-2014

ISSN: 2385-7080



se edita en castellano y catalán

Disponible en:



Esta revista ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Foment del Treball no se hace responsable de las opiniones vertidas por los colaboradores en sus artículos.

© Foment del Treball. Reservados todos los derechos. Prohibida su reproducción, edición o transmisión total o parcial por cualquier medio y en cualquier soporte sin la autorización escrita de Foment del Treball.

PVP: 10 euros.

# ¿Qué servicios valora el pasajero de negocios en el aeropuerto?

Aunque cada vez estemos más acostumbrados a volar y la tecnología avance para ofrecer un servicio más ágil, no es ningún secreto que los trámites que supone coger un avión, sobre todo por viajes de negocios, no son del agrado de nadie. Este contexto es el que explica el **aumento de la demanda de los servicios para hacer el paso por el aeropuerto lo más cómodo posible para los pasajeros de negocios.** Las particularidades de cada viaje hacen que cada pasajero tenga unas necesidades diferentes, según el motivo, el destino, los acompañantes e incluso la franja horaria. Aquí recogemos los **5 servicios más valorados por los pasajeros de negocios en su paso:**

**1/ Las habitaciones** dentro de los aeropuertos permiten dormir lo más cerca posible de la puerta de embarque del avión. Los pasajeros que tienen un vuelo a primera hora de la mañana las escogen por ser la opción que evita madrugones. El segundo uso que tienen estas habitaciones es el *shower at arrival*, servicio para los viajeros que pasan toda la noche en el avión y que, antes de dirigirse a su ciudad de destino, prefieren asearse y desayunar en el propio aeropuerto.

**2/ Paso rápido por el filtro de seguridad.** El tiempo es oro, pero en el aeropuerto existen trámites de seguridad que, inevitablemente, implican colas y tiempo de espera. De ahí que cada vez más exista la posibilidad de usar servicios como el *fast track* o el *priority lane*, diferentes nombres para un mismo beneficio: minimizar el tiempo de espera en el paso por el arco de seguridad.



**3/ Salas VIP.** El espacio perfecto para relajarse, descansar, comer algo o incluso aprovechar el tiempo antes de embarcar para trabajar.

**4/ La figura del asistente personal en aeropuertos** es un servicio cada vez más extendido entre la dirección corporativa, que los aeropuertos han adaptado a su entorno para ofrecer **discreción, atención personalizada, optimización del tiempo** y, en definitiva, **mejor calidad de viaje.**

**5/ Salas de reuniones** dentro del aeropuerto. Permiten al pasajero de negocios aprovechar al máximo el tiempo. Desde despachos para una o dos personas hasta amplios espacios para grandes eventos con todos los servicios añadidos que se precisen.



## Premium Traveller

([www.premium-traveller.com/es](http://www.premium-traveller.com/es)) ofrece todos estos beneficios a los pasajeros que, ya sea por ocio o por negocio, quieren que su paso por el aeropuerto se lo más cómodo y agradable posible. Además, **Premium Traveller** es miembro de la asociación de prestadores de servicios vip de aeropuertos de Europa, la World Airports' VIP Forum.



# Sumario



## PANORAMA —

---

- 10** La revolución en cuatro estampas
- 16** Rusia antes de la revolución
- 20** La economía después de octubre de 1917
- 24** Diez personajes de un octubre

## DOSSIER —

---

- 30** La biomecánica de Meyerhold
- 32** El filme del gran octubre
- 34** La revolución de las alas cortadas
- 36** Los poetas del hombre nuevo
- 38** Cuando el icono es Lenin
- 40** Pla 'versus' Nin: el dilema ruso

## TEMAS DE MAÑANA —

---

- 44** ¿Más o menos globalización?
- 48** El futuro según Nassim Taleb
- 52** Si el transhumanismo es la respuesta, ¿cuál es la pregunta?

## CARTA DESDE —

---

- 54** Pekín. Cuando sopla el viento del norte

## ARTES&Co. —

---

**64 Entrevista** Isabel Coixet: la mirada no termina nunca / **68 Literatura** Atreverse a releer / **70 Análisis** La crítica a la crítica / **72 Artes** La danza clásica: el mejor antídoto / **74 Escultura** La visita del silencio / **76 Geografías** Una pluma perdida en San Petersburgo / **78 De autor** El cine y las películas



ManpowerGroup™

# Nos conocen por lo que hacemos. Nos reconocen por cómo lo hacemos.

Un año más, somos una empresa Top Employer, la única de nuestro sector.



[www.manpowergroup.es](http://www.manpowergroup.es)

**ManpowerGroup**, Líderes en Excelencia, Marca de Confianza.

TOP EMPLOYER

EXCELENTE

SALUDABLE

ÉTICA

ADMIRADA

RESPONSABLE

ATRACTIVA

ESTRATÉGICA

SOSTENIBLE

COMPROMETIDA





F

# Octubre 1917

—El desplome de la Unión Soviética ha abierto para los historiadores archivos y fuentes documentales que hoy permiten confirmar hasta qué punto la historiografía soviética oficial (con su eco desmesurado y acrítico entre tantos historiadores occidentales) tergiversó los hechos, utilizó la posverdad como propaganda y negó tragedias de proporción tan inmensa como el Gulag. Todo había comenzado en octubre de 1917. ¿Fue un emerger de masas organizadas o un golpe de Estado que Lenin ejecutó y que luego describió Malaparte? Según Schumpeter, ni la oportunidad de atacar ni agravios reales o inventados son por sí mismos suficientes para producir, aunque los favorezcan, la emergencia de hostilidad activa contra un orden social. Para que esa atmósfera se dé es necesario que haya grupos cuyo interés sea generar y organizar el resentimiento, alimentarlo, darle voz y liderarlo. Desde este punto de vista, cien años después, ese octubre de 1917 sigue necesitando respuestas.

**10**

La revolución en  
cuatro estampas  
*por Joseba Louzao*

**16**

Rusia antes de  
la revolución  
*por Jordi Canal*

**20**

La economía después  
de octubre de 1917  
*por Josep Lladós*

**24**

Diez personajes  
de un octubre  
*por Valentí Puig*

# La revolución en cuatro estampas

LOS DIEZ DÍAS QUE ESTREMECIERON EL MUNDO REPRESENTAN UN VUELCO HISTÓRICO CUYOS PRECEDENTES Y CONSECUENCIAS SINTETIZAMOS EN LA REVISTA **1** EN FORMA DE CUATRO ESTAMPAS QUE VAN DESDE LA LLEGADA DE LENIN DESDE ZÚRICH AL ESTALLIDO DE UNA REVOLUCIÓN TRÁGICA QUE SE ENTREMEZCLA CON LA GRAN GUERRA, LA CRISIS DE LOS ZARES Y UNA RUSIA CONSTITUCIONAL IMPRACTICABLE



por Joseba Louzao Villar

**1. UNA ESTACIÓN, UNA CANCIÓN Y UN REVOLUCIONARIO.** El ferrocarril representó, como pocos avances de la época, la génesis del mundo moderno. Los trenes lograron conquistar el espacio, acortaron las distancias e incluso hicieron que se unificara la comprensión del tiempo. Su potencial de transformación era desconocido. En Europa, unos días bastaban para atravesar todo el continente, lo que fue aprovechado por la creciente logística bélica. No fue extraño, por tanto, que muchos militares decimonónicos afirmaran que se necesitaba construir ferrocarriles antes que fortalezas. Durante la Gran Guerra se utilizaron para el transporte del armamento pesado y para la movilización de una ingente cantidad de jóvenes tropas que se dirigían al campo de batalla. Pero también sirvieron para desestabilizar al enemigo, mientras el continente se cuarteaba. En abril de 1917, uno de estos ferrocarriles unió Suiza y Rusia en un viaje que cambió el signo de la historia contemporánea rusa. La revolución se había iniciado en febrero y había derrocado al régimen de los zares. El Reich facilitó el regreso de un revolucionario ruso como Vladimir Ilich Ulianov, que se reconocía con el alias de *Lenin*, y que se encontraba en el exilio, viajando



de país en país, después de su fracasado apoyo a la Revolución rusa de 1905. Los alemanes querían jugar esta baza para conseguir una victoria frente a los rusos.

Lenin estaba con el agua al cuello y malvivía en Zúrich con la ayuda de otros exiliados y compañeros ideológicos. Se pasaba los días en la biblioteca leyendo y escribiendo panfletos revolucionarios. Todos soñaban con volver a Rusia, sobre todo cuando conocieron que la revolución de febrero había triunfado. Las derrotas en la guerra fueron azuzando el descontento entre la élite política rusa. Los liberales y los conservadores, que dominaban la Duma (el Parlamento ruso creado como consecuencia de la revolución de 1905), exigieron la capacidad de nombrar ministros. El malestar era creciente y el régimen zarista estaba incapacitado para dar respuesta a los problemas sociales y políticos. Nicolás II era el

monarca títere de un país en rebeldía. La Revolución en Rusia no se puede separar de la trágica experiencia de la Primera Guerra Mundial. De hecho, el estallido inicial de la revolución fue un motín entre el destacamento militar de Petrogrado. El zar se vio obligado a abdicar por las presiones de sus generales, que querían salvaguardar las opciones de victoria en el frente. Algunos de los diputados de la Duma se hicieron con el control del poder mientras, paralelamente, en la capital se conformaba un soviét que pretendía custodiar los intereses de obreros y soldados.

En un primer momento, Lenin rechazó la primera invitación alemana, ya que entendía que podía ser contraproducente para sus intereses, pero tras unas largas negociaciones consiguió que su plan saliera adelante: aceptaba cruzar por Alemania, pero acabando el viaje



en la neutral Suecia, desde donde los diplomáticos alemanes consiguieron los documentos que le permitieron entrar en el país a través de Finlandia. Lenin y la treintena de revolucionarios que viajaban con él llegaron a su destino el 16 de abril de 1917. Había recorrido una larga distancia en un tren precintado para el resto de viajeros durante una semana. Lenin bajó en la estación de Petrogrado, donde le esperaban algunos de sus correligionarios y una banda que hacía sonar los acordes de *La marsellesa*, el himno revolucionario por excelencia de la época que, por cierto, disgustaba tremendamente a Lenin por considerarla una canción burguesa. Pese a la grandilocuencia de la escena, aún era un gran desconocido para una inmensa mayoría de la población rusa. Sin embargo, la guerra y la revolución se dieron la mano para acelerar la historia.

## 2. UNAS TESIS PARA UN ABRIL POSREVOLUCIONARIO.

Lenin quería hacer la revolución socialista. Para ello, no era necesario esperar a que se diesen las condiciones que señalaba la vulgata marxista. En su primer discurso en la estación lo dejó claro: “La Revolución rusa ha preparado el camino y ha dado comienzo a una nueva era. ¡Larga vida a la Revolución Socialista mundial!”. Como líder bolchevique, nunca se había preocupado especialmente por la realidad. Hasta ese momento había sido más bien un teórico que se había enfrentado a la inmensa mayoría del socialismo ruso liderando a un grupo minoritario que se consideraba la vanguardia revolucionaria y que iba alejándose de todos sus posibles aliados. Entre los hombres que

Discurso de Lenin a los trabajadores de la fábrica Putilov en Petrogrado. Cuadro pintado por Isaak Brodsky y exhibido en la Galería Nacional de Praga

[Foto de Leemage/Corbis via Getty Images]

le acompañaron en estos momentos estaba Stalin, quien todavía no era una figura muy reconocida. Era el director-fundador del *Pravda* y se había curtido en la clandestinidad entre conspiraciones, experiencias en la cárcel y con penas de exilio.

La llegada de Lenin, por tanto, tuvo un decisivo impacto en la tensa vida política del país. Traía consigo una serie de ideas que quería imponer y las expresó sin ambages en la conferencia de los soviets de diputados obreros y soldados, que se celebró en el histórico palacio de Táuride un día después de su entrada en Rusia. La polémica no tardó en desatarse entre los mencheviques y los bolcheviques, las dos facciones tradicionales del Partido Obrero Socialdemócrata. Lenin defendía el ➡



Pintura del artista ruso  
Vladimir Serov, que  
retrata la toma del  
Palacio de Invierno  
[Foto de Universal History  
Archive/ UIG via Getty  
images]

---

## Lenin llegó a la estación de Petrogrado el 16 de abril de 1917 y, pese a ser todavía un desconocido para la mayoría del pueblo ruso, en su primer discurso proclamó el inicio de la Revolución Socialista mundial

---

rechazo del gobierno provisional, encabezado por liberales y socialistas moderados, que estaba sufriendo los embates externos y numerosas crisis internas. También recalcaba que el control estatal debía estar en los soviets, las asambleas de obreros, soldados y campesinos que se habían organizado originalmente durante la revolución de 1905 (“¡Todo el poder para los soviets!”) y que el país debía firmar la paz con sus enemigos. Este último punto era esencial entre todas las propuestas leninistas porque consideraba que la Gran Guerra era un instrumento del capitalismo para imponer sus intereses. Era una postura que había ido desarrollando desde el inicio de la conflagración confirmada al publicar *El imperialismo, el estado más alto del capitalismo*. Se trataba de un planteamiento que tenía un apoyo generalizado a escala popular, porque la guerra estaba generando mucho sufrimiento y solo la élite política se mantenía firme en la defensa de mantener el esfuerzo bélico.

Lenin fue consciente, desde el primer momento, de la debilidad de los bolcheviques, que se encontraban en minoría. Pero esta constatación no le amedrentó. Al contrario, se batió con firmeza contra todos los enemigos exteriores y se enfrentó a los críticos dentro de su propia organización. No resultaba sorprendente, ya que los líderes bolcheviques que participaron en la revolución de febrero habían mantenido unas posturas mucho más moderadas que las del recién llegado. Con todo, Lenin pudo vencer a sus correligionarios y, en el caótico contexto posrevolucionario, su figura fue creciendo. De hecho, no descansó en la búsqueda de cualquier flanco débil para atacar incansablemente a un frágil gobierno provisional. Ya no era el retórico bolchevique al que atemorizaba regresar a Rusia por miedo a las represalias y que pretendía dominar la revolución a golpe de epistolario.

Pero Lenin también se equivocó de estrategia en ocasiones. La sangría de la

guerra continuaba y a cada nueva derrota se iban sumando deserciones multitudinarias. El gobierno provisional había perdido, en gran medida, el control directo sobre el ejército. El soviet de Petrogrado se había convertido en el contrapeso gubernamental. Cuando no rivalizaban directamente, ya que habían declarado que las órdenes del gobierno debían estar refrendadas por los soviets para ser válidas y legítimas. Además, el descontento y los problemas político-sociales fueron una constante a lo largo de estos meses de tensión e incertidumbre.

En el mes de julio, durante tres días se produjo un intento de sublevación, que se diseminó por todo Petrogrado. En los meses anteriores, Alexander Kerenski, como ministro de la Guerra, se había embarcado en una ofensiva militar para dar un giro a la guerra. Sin embargo, el resultado fue una escandalosa derrota. Algunos soldados y marineros se amotinaron en la capital del país. Los tumultos iban creciendo en intensidad y parecía que se iba a producir un nuevo febrero en la revolución. Los bolcheviques intentaron aprovecharse de la situación buscando la toma del poder y arengando a unas masas inquietas. Pero el gobierno aún era fuerte y el soviet de Petrogrado, dominado por los socialrevolucionarios, no aceptó liderar el descontento. Tampoco desaprovecharon la oportunidad de lanzar informaciones diversas sobre la relación de Lenin con la diplomacia alemana. El resultado de esta experiencia fue la llegada al poder del polifacético Kerenski, que tenía las manos atadas y graves problemas de gobernabilidad. Era difícil responder adecuadamente a los principales problemas a los que se enfrentaba la población rusa que, ahora, sí tenían libertades constitucionales pero no comida. Para los bolcheviques fue un momento especialmente crítico. Lenin tuvo que huir disfrazado hacia Finlandia porque la fiebre revolucionaria se volvió en su contra. Otros líderes de la organización fueron detenidos. Mientras la alterada

multitud señaló a los bolcheviques como chivo expiatorio: las imprentas del *Pravda* fueron destrazadas.

La crisis política, pese a todos los intentos para reconducir la situación, no se logró frenar. El reformismo de Kerenski prometió unas ansiadas elecciones en noviembre y el control sobre el país. Pero su gobierno era una cáscara vacía que además defendía los compromisos bélicos adquiridos con los aliados rusos. El descontrol había prendido a lo largo y ancho de todo el territorio: en las ciudades se sucedían las huelgas y en el campo los campesinos iban tomando las tierras para repartírselas. El mantenimiento del orden era el punto principal de la nueva agenda gubernamental. Kerenski había asegurado mano dura. Es más, en algunos ambientes se exigía la aparición de un auténtico cirujano de hierro. Y ese hombre apareció dentro del ejército ruso: el general Lavr Kornílov. Junto a algunos soldados y el apoyo de la oficialidad más conservadora quiso llevar a cabo un golpe militar de carácter autoritario y contrarrevolucionario. La excusa fue la ocupación alemana de Riga a finales de agosto. Pero el gobierno y los soviets tuvieron el apoyo popular mayoritario y lograron detener el alzamiento.

Poco a poco, los bolcheviques habían conseguido la rehabilitación. El golpe los situaba, de nuevo, en el primer plano político. Lenin insistió en la necesidad de una nueva insurrección desde su autoexilio finés. El Comité Central del partido no secundó sus ansias insurreccionales entonces. Con toda probabilidad, una nueva sedición fallida hubiera terminado con los bolcheviques. Por tanto, había que seleccionar adecuadamente la oportunidad para no dar ningún paso en falso. Faltaban pocas semanas para que llegase el octubre de 1917. Y, en esta ocasión, los bolcheviques no iban a desaprovechar la ocasión de hacerse con el poder. De hecho, los bolcheviques comenzaron a creer en una nueva insurrección. Ade- ➤

---

## Tras unos intensos meses, los bolcheviques tomaron el poder en octubre sin apenas encontrar resistencia. El mismo día se constituyó el primer gobierno comunista con la promesa de paz, pan y tierra para el pueblo

---

más, muchos social-revolucionarios les apoyaban en sus ansias por cambiar la situación. Trotski había salido de prisión y se había convertido en el presidente del soviets de Petrogrado. Para entonces, los bolcheviques tenían un gran número de afiliados, pero la gran mayoría habían sido de última hora. Con todo, los líderes del movimiento no creían que tuvieran que rendir cuentas a estos nuevos llegados. Al contrario, sin un corpus teórico bien definido y con una organización frágil, se acercaron a grupos sociales como el campesinado o el ejército, algo que hubieran desaprobado los teóricos europeos, para alcanzar el poder con rapidez. Creían que podían cabalgar el dragón revolucionario y que la nueva sociedad comunista pedía paso. La realidad les confirmaba que había llegado la hora de la revolución socialista proletaria.

Los bolcheviques tomaron el poder en el octubre del calendario juliano que aún dominaba el día a día en Rusia. Apenas tuvieron que luchar, salvo en algunos lugares de Moscú. En las provincias, la transición se hizo de forma calmada. Y en Petrogrado se hicieron con el poder sin apenas unos tímidos intentos defensivos. El propio Lenin reconoció después que había sido tan fácil como “levantar una pluma”. Los hombres dirigidos por León Trotski se prepararon para dispersarse por los principales lugares de la ciudad: las fábricas de armas, las estaciones de ferrocarril. Según fueron tomando posiciones, los soldados comenzaron a obedecer las órdenes de Trotski. El Palacio de Invierno, en ese momento sede del gobierno provisional, fue tomado en pocas horas por los guardias rojos, destacamentos de obreros que habían sobrevivido en la clandestinidad y que se convirtieron en la fuerza militar de la revolución. El mismo día se constituyó el primer gobierno comunista formado por los comisarios del pueblo presididos por Lenin. Sus promesas respondían a las necesidades de los rusos: paz, pan y tierra.

Las tan esperadas elecciones a la asamblea constituyente se celebraron a finales de noviembre. Ya no existían los

denominados “partidos burgueses”. De esta forma, los votantes tuvieron que decidir entre bolcheviques, social-revolucionarios y mencheviques. El resultado final demostró que el bolchevismo era minoritario, ya que solo recibió un cuarto de los votos. Habían perdido frente a los mencheviques, que habían logrado la mayoría. Se trataba de un traspies importante, pero los bolcheviques tenían un as en la manga. En enero de 1918, la asamblea fue disuelta por el gobierno. El conflicto también apareció en los soviets y el comunismo se fue apropiando de todo el espacio político. A partir de ahora, todo el poder fue para el Partido Comunista, la nueva definición que utilizaban los bolcheviques. En julio, ya se había proclamado la dictadura del proletariado con una constitución que proclamaba la República Socialista Federativa Soviética de Rusia.

**4. SALVAR LA REVOLUCIÓN.** Los cuadros bolcheviques eran profesionales revolucionarios. Habían estado demasiado tiempo a la sombra, buscando la revolución. Ahora que estaban en la cima del poder no podían fallar. Pero también tenían que cambiar muchas cosas. El control centralizado y burocrático fue emergiendo. Y, paradójicamente, aunque todos lo deseaban, las críticas eran constantes. Había que eliminar a los enemigos burgueses. Por ello, pocas semanas después del asalto al poder, los bolcheviques crearon la Comisión Extraordinaria Panrusa para la Lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje, es decir, la *Checa*. Fue el 20 de diciembre de 1917. Se buscaba crear una organización de inteligencia para la defensa de los hechos de octubre. Es más, como policía secreta de la revolución, comenzó a rellenar el vacío legal creado por el propio proceso revolucionario.

El fundador de este organismo fue Feliks Dzerzhinski, un fiel seguidor leninista de origen polaco y que pretendía asentar la nueva época iniciada. Dzerzhinski se dedicó con empeño en su función, tanto es así que su figura era aterradora para la población pero también para

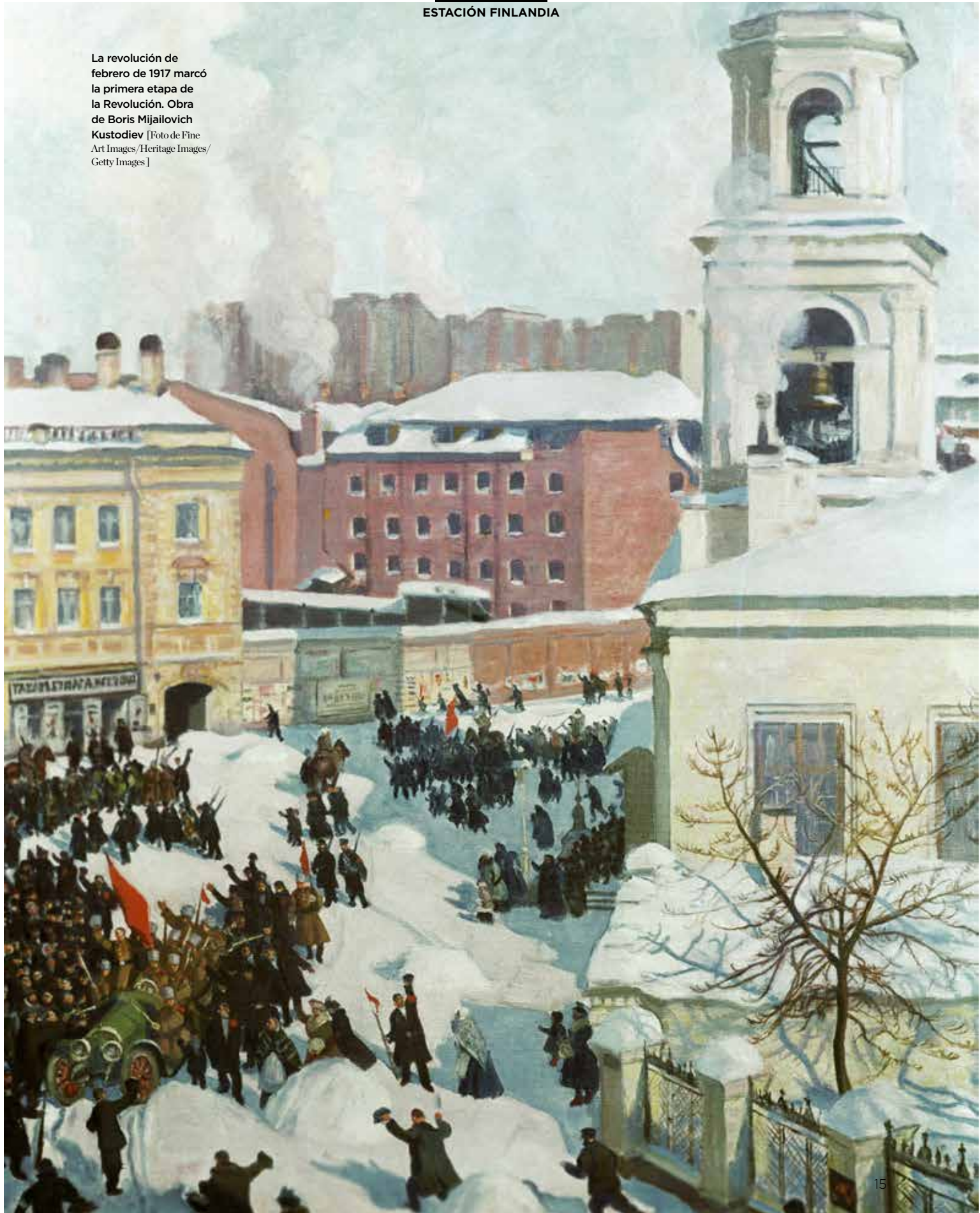
sus propios compañeros. Su intención era acabar con la contrarrevolución o cualquier desviación ideológica, procediera de donde procediera. O, lo que es lo mismo, los chequistas se ungieron como los salvadores de la revolución. Su estructura era similar a la Ojrana zarista. Había bastantes problemas: las fuerzas blancas se estaban uniendo con los cosacos en el sureste del país, Ucrania estaba enfrentada al poder soviético y los alemanes, pese al armisticio, seguían siendo una amenaza. El peligro acechaba en todos lados. Los cálculos siempre son fríos, pero dan muestra de la dimensión: 12.000 fusilados en apenas dos años.

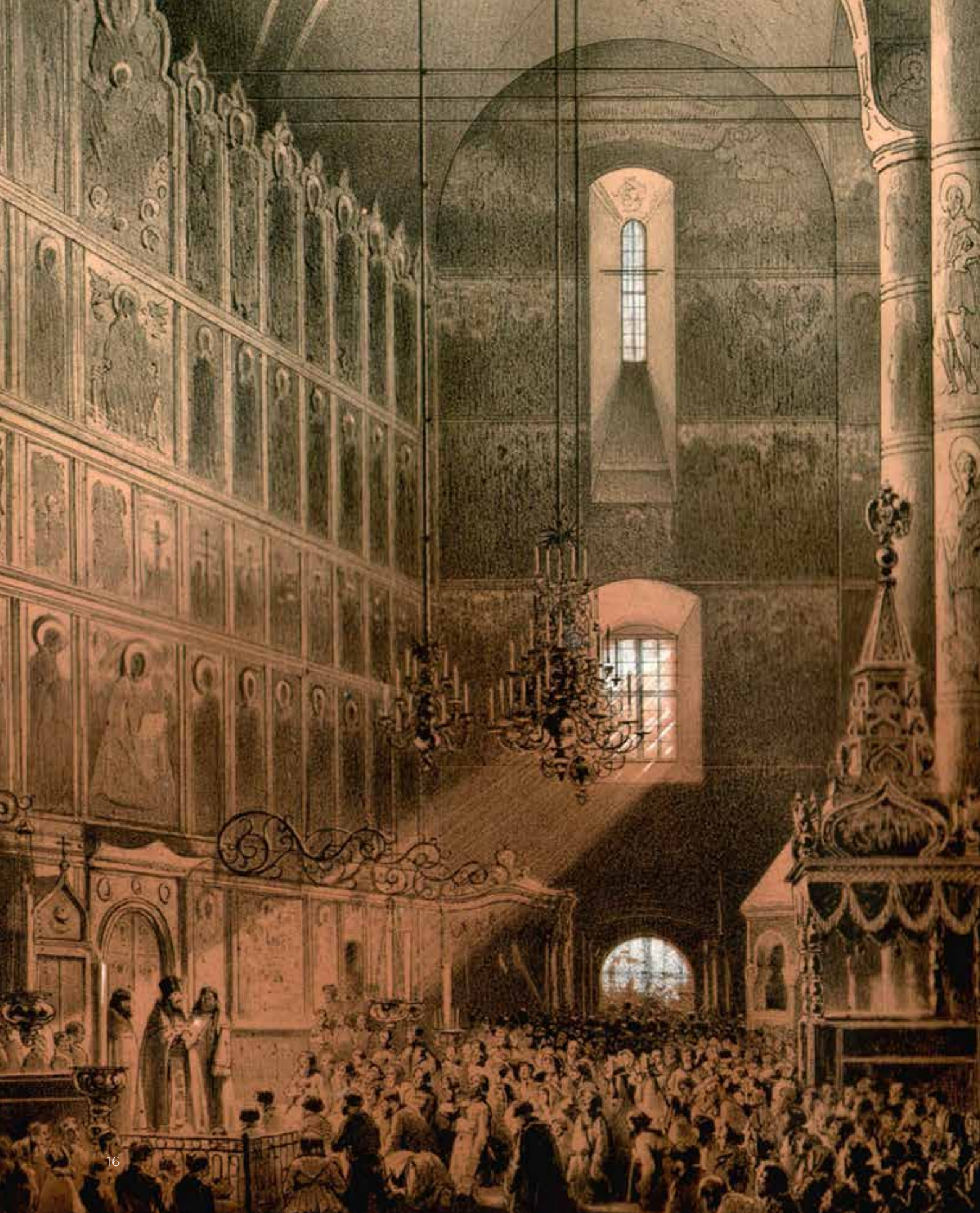
La posterior instauración del Terror rojo no se puede entender sin la labor de estos hombres. Una represión masiva y sin ningún tipo de procedimiento judicial. El propio creador de la *Checa* dijo que su objetivo era “defender a la Revolución y vencer al enemigo, aunque su espada caiga ocasionalmente sobre las cabezas de los inocentes”. Con la aquiescencia de Lenin, se fue transformando en un Estado dentro del estado. El zar y su familia iban a ser asesinados. Lenin no quería enemigos fuera, pero tampoco división dentro. Era el *ethos* de la época. El líder comunista estaba fascinado por la violencia, asentando su vocación redentora en la idea de que la verdad siempre es revolucionaria. Después supimos que Stalin se había convertido en su mejor discípulo. Cualquier instrumento era válido para reforzar su poder. Los bolcheviques eligieron el terror. Como recordaba Tony Judt, había dos tipos de revolucionarios en aquellos días: quienes no fueron capaces de asumir las consecuencias humanas de sus acciones y los que creían que se debía continuar, aun conociendo sus terribles resultados. Y es que tan importante como llegar al poder fue mantenerlo. Pretendían volver el mundo del revés. ●

---

**Joseba Louzao Villar** es historiador y profesor en el Centro Universitario Cardenal Cisneros (Universidad de Alcalá de Henares)

La revolución de febrero de 1917 marcó la primera etapa de la Revolución. Obra de Boris Mijailovich Kustodiev [Foto de Fine Art Images/Heritage Images/ Getty Images]







# Rusia antes de la revolución

LA RUSIA POSTERIOR A 1905 ES LA TENSIÓN PERMANENTE ENTRE LA RESISTENCIA DE LA AUTOCRACIA Y EL IMPULSO LIBERALIZADOR, BIEN EJEMPLIFICADA POR LOS AVATARES DE LA DUMA. ALGUNAS DE LAS REFORMAS MÁS ESPERADAS, COMO LA AGRÍCOLA, PILOTADA POR STOLYPIN, ACABARON NAUFRAGANDO. LA ENTRADA DE RUSIA EN LA ERA DEL ESTADO CONSTITUCIONAL NO LOGRÓ CONSOLIDARSE

por Jordi Canal

—La Revolución rusa constituye (según el historiador británico Edward. H. Carr) un punto decisivo de la historia, así como el principal acontecimiento del siglo XX. Mientras que la primera afirmación no admite dudas, la segunda resulta, en cambio, algo más discutible. Lo local se dio la mano desde el principio con lo universal. Trotski explicó a las claras las intenciones de los bolcheviques, que no eran otras que “volver el mundo del revés”. Esta revolución, al igual que todas las grandes revoluciones contemporáneas, no consigue esconder su condición de guerra civil. Los acontecimientos de 1917 abrieron las puertas a uno de los procesos que más muertes ha provocado en la historia de la humanidad. El mito de la revolución socialista ha coexistido a lo largo del corto siglo XX con las realidades de una dictadura totalitaria.

**EL PALACIO DE INVIERNO.** 1917 fue el año de la Revolución rusa. Como en el caso de su homóloga francesa de 1789, los historiadores no coinciden sobre su duración, distinguiendo entre cronologías más o menos largas o bien cortas. Tampoco existe acuerdo sobre hasta cuándo debemos retrotraernos en el pasado a la búsqueda de sus antecedentes o causas. Aunque los acontecimientos de 1905 constituyan el más evidente referente de la potencialidad revolucionaria en Rusia, una mirada algo más extensa y panorámica, como mínimo desde mediados del siglo XIX, permite entender con mucha más precisión las características de la sociedad y los actores de unos tiempos que, en palabras del periodista norteamericano John Reed, estremecieron al mundo. El Imperio ruso se extendía, antes de la Primera

Esta reproducción del anuncio del Manifiesto de la Emancipación de los Siervos en la catedral de la Dormición, el 5 de marzo de 1861, se halla en la colección de la Biblioteca Estatal de Rusia, Moscú [Foto de Fine Art Images/Heritage Images/Getty Images]

Guerra Mundial, hasta el Báltico, el mar Negro y el océano Pacífico, sumando cerca de una sexta parte de la superficie terrestre. En este territorio moraban unos 175 millones de

personas. La imagen de la Gran Rusia, en la que solamente algo menos de la mitad de los habitantes eran rusos y los proyectos rusificadores no faltaban, difuminaba la emergencia de conflictos intranacionales. El tratado de Brest-Litovsk (1918), que selló la paz de Rusia con las potencias centrales, significó la pérdida de Finlandia, Lituania, Letonia, Estonia, Polonia y Transcaucasia, así como el reconocimiento de Ucrania como república independiente.

A principios del siglo XX, Rusia seguía siendo un país eminentemente rural, en el que más de ocho de cada diez habitantes se dedicaban a tareas agrícolas. En 1861 se promulgó el edicto de emancipación de los siervos. Se dejaba parcialmente atrás aquella sociedad maravillosamente narrada por Gólgol en *Almas muertas* (1842). Los siervos obtuvieron su libertad personal y también tierras, previa indemnización por parte del Estado a los propietarios aristócratas, reacios a deshacerse de ellas, y reembolsadas a plazos por los receptores. La tierra no fue, sin embargo, distribuida a los individuos, sino a las comunidades rurales. En el último cuarto del siglo XIX se desarrolló con fuerza, asimismo, un proceso de industrialización, impulsado por el ministro reformista conde Witte y estimulado por capitales extranjeros. La formación de un movimiento obrero

organizado en ciudades como Moscú y San Petersburgo o en las zonas industriales del Don y los Urales coincidió, en algunos momentos (como la gran hambruna de 1891-1892), con fuertes desórdenes en el campo.

## INTERMITENCIAS DEL REFORMISMO.

Acuciado por la derrota rusa en la guerra de Crimea (1853-1856), el zar Alejandro II impulsó un conjunto de importantes reformas en las décadas de 1860 y 1870. La más destacada fue, sin duda alguna, la que afectaba a los siervos, pero no pueden olvidarse las reformas del sistema judicial, la educación superior y el gobierno municipal, la relajación de la censura, el establecimiento del principio del servicio militar universal y la ley de los *zemstvos*, que permitía organizar un sistema de autogobierno local.

Una bomba segó la vida del zar en 1881 en San Petersburgo. No era el primer intento de magnicidio en Rusia. La sociedad Voluntad del Pueblo, fundada en 1879, que agrupaba al ala más radical de la clandestina Tierra y Libertad, creada unos años antes, planeó numerosos atentados contra funcionarios imperiales y contra el propio zar. Desde la década de 1860 la *intelligentsia* rusa había empezado a especular sobre los beneficios de la violencia regicida, mientras Necháev propugnaba de manera sistemática el recurso al terror. La propaganda en el medio rural resultó un fracaso. El terrorismo populista iba a mostrarse muy activo entre 1880 y 1884. Una nueva etapa de atentados tuvo lugar entre 1902 y 1911 (más de doscientos, casi todos atribuidos a los socialrevolucionarios, herederos de los *narodniki* decimonónicos), en la que fueron asesinados ministros como Plevé o Stolypin.

La muerte de Alejandro II llevó a Alejandro III al trono. Sus años de gobierno se caracterizaron por un plan contrarreformista, la lucha contra el movimiento revolucionario y el silenciamiento de la oposición liberal. En esta etapa se reafirmó plenamente el sistema autocrático. Ni las minorías religiosas ni las nacionales escaparon a la represión. Nicolás II, que se convirtió en nuevo zar de Rusia en 1894, intentó compatibilizar el desarrollo económico y la reacción política. Las oposiciones se reforzaron en supri- ➤

mer decenio de ejercicio del poder: los liberales, que conformaban entonces el grupo más numeroso, integrados sobre todo en la Unión de Liberación y, a partir de 1905, en el KDT, el partido kadet; los socialrevolucionarios, y, finalmente, el partido socialdemócrata, fundado en 1898 y dividido, un lustro después, entre mencheviques y bolcheviques.

**POGROMOS Y DISTURBIOS.** En la primera mitad de la década de 1880 tuvieron lugar en distintas partes del imperio ataques a la población judía. Los pogromos se multiplicaron en poblaciones pequeñas y también en otras de mayor tamaño como Odesa, Kiev o Varsovia. Las autoridades contribuyeron a señalar interesadamente la peligrosidad de aquella minoría. Los servicios

secretos zaristas fabricaron un libelo sobre la conspiración judía mundial: los *Protocolos de los Sabios de Sión*. Entre 1903 y 1906, los ataques volvieron a estar a la orden del día. Cientos de miles de judíos se instalaron en Europa, América o Palestina. No pocos de los que permanecieron en Rusia acabaron uniéndose a movimientos revolucionarios. Los pogromos, sin embargo, no terminaron en 1917. Como asumiera tras abandonar la fe comunista el hijo del gran rabí Yehezkel, el bibliófilo e historiador Chimen Abramsky (el de la famosa “casa de los veinte mil libros”), la Unión Soviética no puso fin al antisemitismo.

En su monumental obra *La Revolución rusa* (1990), Richard Pipes otorga una singular notabilidad a los disturbios y huelgas a gran escala en las universidades del im-

perio que estallaron en febrero de 1899. La agitación se mantuvo en los años siguientes, coincidiendo con la consolidación de una línea opositora creciente en los *zemstvos*. Concesiones y vía represiva se combinaban en la respuesta estatal. La politización de las universidades se intensificó y estas se convirtieron en una de las principales plataformas de impulso a la oposición al régimen.

La expansión rusa hacia Oriente, a finales del siglo XIX, acabó enfrentando al imperio zarista con Japón. El proyecto de ferrocarril transiberiano, la ocupación de Manchuria, las apetencias sobre Corea y el menosprecio hacia el país del sol naciente propiciaron el estallido de la guerra ruso-japonesa de 1904-1905. Desde el ataque nipón a la flota rusa del Pacífico en Port Arthur, en febrero de 1904, los japoneses se impusieron una vez tras otra a sus vecinos. Las derrotas rusas provocaron protestas internas, des-

**Pintura del Domingo Sangriento, con la guardia imperial rusa tiroteando a los manifestantes a las puertas del Palacio de Invierno, residencia del zar Nicolás II** [Foto de Sovfoto/ UIG via Getty Images]



## La Primera Guerra Mundial resulta esencial para explicar el derrumbe imperial que precedió a la Revolución rusa de 1917. La situación se hizo insostenible y toda unidad quedó quebrada

crédito, indignación y huelgas. La flota enviada desde el Báltico fue aplastada en Tsushima en mayo de 1905. Al mes siguiente se amotinaron los marineros del acorazado Potemkin, en una acción convenientemente recreada en el cine por Eisenstein veinte años después.

**UN DOMINGO SANGRIENTO.** Una marcha pacífica para hacer entrega de una petición a Nicolás II, el 9 de enero de 1905, encabezada por el padre Gapón, que en los años anteriores había organizado algunos grupos obreros en la legalidad y estaba en contacto con los sectores liberales y con el movimiento de los *zemstvos*, fue reprimida por las tropas frente al Palacio de Invierno. Los soldados dispararon sobre la multitud. Aquel Domingo Sangriento murieron 200 manifestantes y otros 800 resultaron heridos. La imagen tradicional del buen zar, protector del pueblo, quedó seriamente dañada. Las protestas arreciaron y se produjeron acciones huelguísticas con centenares de miles de trabajadores implicados.

Aunque inicialmente poco decidido a hacer concesiones y a renunciar a las formas autocráticas, a las que se sentía vinculado por herencia, Nicolás II acabó firmando un manifiesto, en octubre de 1905, en el que se concedían libertades civiles y políticas y se anunciaba la creación de un órgano representativo, la Duma. En los meses anteriores, con la aciaga guerra con Japón como telón de fondo, las movilizaciones y protestas habían adquirido, tanto en el campo como en las ciudades, enormes dimensiones, aunando las demandas de apertura política con otras como mejoras laborales, reformas agrarias o reivindicaciones nacionales. Los bolcheviques iban a exagerar más adelante su papel en los hechos de 1905, interpretados como un eslabón de una cadena que conducía inexorablemente a 1917; el gran protagonista del momento fue, en realidad, el movimiento liberal.

Mencheviques y bolcheviques siguieron colaborando después de la escisión de 1903. Estos últimos se reafirmaron como partido independiente en 1912, al tiempo que *Pravda* salía a la calle como periódico legal. Su crecimiento fue desde entonces muy notable. El bolchevismo combinaba la tradición marxista con la de los revolucionarios rusos del siglo XIX y apostaba por el mundo de los obreros, que en 1917 representaban dos terceras partes de la formación. Lenin, que pasó muchos años en el exilio antes de la célebre llegada a la estación de Finlandia, se convirtió en su dirigente principal e ideólogo.

**ESTALLA LA GRAN GUERRA.** La etapa de la historia de Rusia posterior a 1905 supone un permanente tira y afloja entre la resistencia de la autocracia y el impulso liberalizador, bien ejemplificado en los avatares de la Duma. Algunas de las reformas más esperadas, como la agrícola, pilotada por Stolypin, acabaron naufragando. La entrada de Rusia en la era del Estado constitucional, por decirlo en palabras de Carrère d'Encausse, mostró de manera clara sus límites. Alemania declaró la guerra a Rusia el 19 de julio o el 1 de agosto de 1914, según si se toma en cuenta el calendario juliano en vigor en tierras rusas hasta febrero de 1918 o el occidental. Las viejas y nuevas disputas en los Balcanes estaban en la raíz del enfrentamiento. El estado bélico permitió un paréntesis parcial en las tensiones internas. La Iglesia apoyó con entusiasmo la guerra, con la mirada puesta en la mítica y deseada Constantinopla. Algunas victorias al margen, los fiascos militares se sucedieron en 1914 y, más aún, en 1915. Una contienda larga no favorecía a Rusia, inestable en lo político y social y deficiente en los sectores industrial y del transporte. Nicolás II asumió personalmente el mando de las fuerzas armadas en agosto de 1915 y se instaló en el cuartel general de Moguilev, lejos de Petrogrado (la antigua San Pe-



tersburgo, patrióticamente rebautizada al empezar la guerra).

La Primera Guerra Mundial resulta esencial para explicar el derrumbe imperial que precedió a la Revolución rusa de 1917. La situación se hizo insostenible y toda unidad quedó quebrada. Presionado por las derrotas militares y el desabastecimiento, por el desgobierno y la corrupción (el caso Rasputín, como muestra), por las huelgas y protestas populares, por los amotinamientos de las guarniciones en Petrogrado y la organización del soviet de esta ciudad, y, asimismo, por las críticas de la Duma y de los núcleos opositores moderados hacia el sistema autocrático, Nicolás II firmó un documento de abdicación, el 2 de marzo de 1917, que se dio a conocer dos días después. El zar dejaba el poder en manos de un gobierno provisional controlado por liberales y demócratas, presidido por el príncipe Lvov. En 1917 concluían, a fin de cuentas, poco más de tres siglos (las conmemoraciones del tricentenario habían tenido lugar en todo el imperio en 1913) en los que la dinastía de los Románov estuvo al frente de Rusia. ●

El zar Nicolás II de Rusia (1868-1918) llevando a las tropas a la guerra en la portada del periódico francés 'Le Petit Journal'. El grabado es obra de Louis Bombed (1862-1927) [Foto de Stefano Bianchetti/Corbis via Getty Images.]

Jordi Canal, EHES (París)

# La economía después de octubre de 1917

TRAS LOS CONFLICTOS POSTERIORES A LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE, Y AL PERIODO CONVULSO ENTRE GUERRAS, EMERGIÓ UNA UNIÓN SOVIÉTICA AMBICIOSA Y EXPANSIONISTA, SEGÚN EL MODELO DE LA PROPIEDAD COLECTIVA DE LOS MEDIOS DE PRODUCCIÓN Y LA PLANIFICACIÓN CENTRALIZADA. LA URSS SE HABÍA CONVERTIDO EN UNA DE LAS DOS GRANDES SUPERPOTENCIAS DE LA POSGUERRA Y SE VISLUMBRABA COMO UNA ALTERNATIVA A LA CAPACIDAD DE LAS ECONOMÍAS DE MERCADO. AL FINAL, EN UN PANORAMA DE GUERRA FRÍA Y TENSIÓN GEOPOLÍTICA, EL SISTEMA SE COLAPSÓ Y EL BLOQUE SOVIÉTICO SE DESMORONÓ DE FORMA VERTIGINOSA

— ◆ —  
por Josep Lladós

— **Superados los conflictos** posteriores a la revolución bolchevique, las vicisitudes del periodo convulso entre guerras y el cataclismo bélico, emergió una Unión Soviética triunfante, de dimensiones colosales, políticamente ambiciosa y expansionista, que presumía de los logros económicos conseguidos mediante un modelo basado en la propiedad colectiva de los medios de producción y una planificación centralizada en periodos quinquenales. El país se había convertido en una de las dos grandes superpotencias de la posguerra y se vislumbraba como una alternativa real que cuestionaba el liderazgo y la capacidad de las economías de mercado para garantizar un desarrollo sostenible y equitativo de la sociedad. Tres décadas más tarde, en un contexto de Guerra Fría y tensiones geopolíticas constantes, el sistema se colapsó y el bloque soviético se desmoronó vertiginosamente.

En realidad, ningún país había resurgido de la guerra en unas circunstancias económicas tan favorables como los Estados Unidos, que disfrutaron de los dividendos más generosos de la paz. Pero la distancia económica con sus socios y aliados era profunda. Casi todos ellos, además de padecer la destrucción de la conflagración bélica, también habían sufrido las penurias de una década previa

de depresión y nacionalismo económico. La pomposidad de los resultados económicos anunciados a mediados del siglo XX por el país de los soviets contrastaba con unas economías occidentales en plena reconstrucción interna, sostenidas por el apoyo vital del plan Marshall, que restauraban unas relaciones de mutua confianza en el delicado conjunto del nuevo sistema monetario y financiero internacional diseñado en Bretton Woods y apenas exploraban las ventajas de la integración económica.

## La Nueva Política Económica de Lenin.

La visión desoladora no era muy diferente en una Unión Soviética que fue el país con mayor devastación económica y humana durante el conflicto. Pero el sufrimiento del pueblo ruso era una manifestación recurrente. Las revueltas estallaron en 1917, en plena Primera Guerra Mundial y en un contexto de enorme privación económica e indignación social. La rebelión de febrero derrocó el régimen zarista, pero la revolución definitiva fue liderada por los soviets (asambleas populares formadas por campesinos, obreros y soldados) en el mes de octubre. Lejos de traer la paz anhelada, la siguieron cuatro años de dura guerra civil hasta el establecimiento de la llamada "Nueva Política Económica"

Imagen del Kremlin durante la revolución de octubre de 1917  
[Foto de Imagno/Getty Images]



diseñada por Lenin, con concesiones a la propiedad privada en algunas actividades económicas no estratégicas y unos resultados económicos apreciables. La muerte del líder de la revolución y el ascenso de Stalin al poder representó un punto de inflexión radical, orientado desde un primer momento hacia el logro de una autosuficiencia basada en la colectivización de los recursos económicos, una estricta planificación centralizada y un férreo control del Estado sobre los ciudadanos. Con el establecimiento de planes quinquenales, y bajo la supervisión de la oficina de planificación, todos los recursos del país se controlaron y destinaron a la consecución de los objetivos de producción previstos. Los mecanismos de mercado fueron sustituidos por la planificación y aspectos como los costes de producción o las preferencias de los consumidores fueron disciplinadamente supeditados a la obtención de las metas establecidas.

**Planes quinquenales.** La primera etapa de planificación, que duró hasta la invasión alemana de 1941, se caracterizó por la crisis de la producción agrícola, una creciente urbanización y unos resultados desiguales en la industria. Por una parte, la resistencia de los campesinos a la colectivización fue considerable, las purgas y los conflictos constantes y las granjas estatales que emergieron fueron incapaces de alcanzar los niveles de producción requeridos para satisfacer las necesidades de la población. Por otra, la industrialización progresó con decisión pero a costa de una segmentación creciente en favor de los bienes de capital y la industria militar. Sin embargo, la movilización de cuantiosos recursos, la reasignación de los usos de la tierra y las nuevas políticas educativas estimularon el desarrollo económico y social. Finalizada la guerra, se reactivó el impulso planificador para recuperar una economía absolutamente devastada. A pesar de la pobreza generalizada, la riqueza de recursos naturales y humanos disponible propició en los primeros años una fuerte expansión de la actividad económica, nuevamente focalizada principalmente en la industria pesada y militar, con resultados considerablemente positivos en la productividad laboral y la capitalización de la economía, a pesar de la crisis persistente en la producción de alimentos. Los objetivos de la nueva ola



Una mujer trabajadora en una planta de tractores gigantes en Bielorrusia como parte de los planes quinquenales de Stalin

[Foto de Bettmann Archive/Getty Images]

planificadora comprometieron también a las economías vinculadas en Europa oriental, subsidiarias desde ese momento a los intereses estratégicos del órgano planificador, en el marco del llamado “Consejo de Ayuda Económica Mutua”.

**Economía del deshielo.** La muerte de Stalin, tras un período de intensa represión política, abrió una etapa de tímida apertura y reforma bajo el liderazgo de Kruschchev, quien continuó con las políticas de planificación. A pesar de los favorables resultados públicamente anunciados, el éxito de los objetivos previstos era muy heterogéneo entre sectores y empresas. El déficit de calidad en la producción de bienes de consumo era constante y los problemas del sector agrario para abastecer las necesidades del consumo interno se convirtieron en un cuello de botella endémico. Ni las granjas estatales ni las cooperativas agrarias toleradas eran capaces de ofrecer una producción suficiente, circunstancia

que finalmente facilitó el consentimiento de pequeñas parcelas privadas, autorizadas a comercializar sus excedentes en el mercado. La puesta en explotación de grandes cantidades de tierras vírgenes, en un contexto de falta de entusiasmo y ausencia de incentivos económicos, tampoco evitó que el coloso soviético terminara importando cereales de los principales productores occidentales.

A finales de los sesenta, el “milagro” soviético empezó a mostrar indicios de desfallecimiento, con episodios de revuelta severamente castigados en algunas economías satélite, que evidenciaban un creciente descontento social y los costes de limitar la inserción internacional en las relaciones comerciales bilaterales con la Unión Soviética, de cuyo país también importa las deficiencias estructurales. Pero los resultados del modelo económico de planificación centralizada solo se valoraban y ponían en marcha cuando se comparaban con la evolución de su principal rival. ➔

## La muerte del líder de la revolución y el ascenso de Stalin al poder representó un punto de inflexión radical, orientado desde un primer momento hacia el logro de una autosuficiencia basada en la colectivización de los recursos económicos

**En un mundo bipolar.** Mientras tanto, la rivalidad en el ámbito científico, tecnológico y militar y las metas soviéticas alcanzadas en la carrera espacial no solo exaltaron la propaganda de los éxitos y las virtudes económicas del sistema, también aceleraron la competición armamentista y convirtieron al adversario en una amenaza más creíble. También pusieron de manifiesto las bondades del llamado "socialismo real" para transformar rápidamente una sociedad rural, mediante la planificación y movilización masiva de recursos humanos y materiales, y dirigirla hacia estadios de desarrollo económico superiores. Lo cierto es que el camino transcurrido desde

la obsoleta Rusia zarista fue encomiable. Pero en ese éxito ya estaban presentes las semillas del fracaso posterior, si bien pocos vislumbraban entonces el colapso que se produciría.

Esclavos de la constante comparación y competición mutua, los dos protagonistas de la hegemonía bipolar existente acumulaban ropa sucia en el armario.

Desigualdad social, represión o racismo eran realidades compartidas, mientras que el intervencionismo político y militar en otros países iba trasladando obsesivamente la lógica excluyente de la Guerra Fría a todo el planeta. En realidad, ambos rivales nunca estuvieron económicamente en condiciones

de igualdad. La amenaza fue mucho más militar y política, en el marco del concepto de destrucción mutua garantizada, que económica. Los mecanismos de crecimiento y las características intrínsecas de una economía dirigida fueron acercando la pugna hacia su desenlace final. La economía soviética sustentó y mantuvo su crecimiento económico durante mucho tiempo en la acumulación de recursos, principalmente la inversión en capital físico. Con la acumulación de capital mejoró la productividad y la renta por habitante, pero ya desde los años setenta el crecimiento económico fue inferior. Incluso en los períodos de estancamiento o de crecimiento reducido en la economía mundial, el sistema soviético presentaba resultados aún más exiguos.

**El presidente de EEUU, Richard Nixon, saluda al presidente ruso, Leonid Brézhnev, tras el acuerdo de vuelo espacial entre los dos países**

[Foto de Popperfoto/Getty Images]



**Debilidad de la centralización.** Entre los distintos motivos que explicarían unos resultados decrecientes de la acumulación de recursos, algunos tienen que ver con las debilidades inherentes a un sistema económico centralizado. La voluntad de tener el control de toda la economía al servicio de unos objetivos sociales concretos requería la centralización de todas las decisiones relevantes y la supervisión mediante estructuras demasiado jerarquizadas. Pero a medida que la economía crece en dimensión, también gana en complejidad. El sistema había permitido reflotar a una sociedad del atraso económico y superar la destrucción de la guerra en un tiempo récord, pero a costa de un gran derroche de activos y sin parámetros de eficiencia económica. Concentraba sus esfuerzos en actividades y objetivos considerados prioritarios en detrimento de otras demandas sociales y económicas que fueron ignoradas o menospreciadas. Al no considerarse objetivos estratégicos, el nivel de vida de la población y la calidad y diversidad de los bienes de consumo, viviendas o productos intermedios se sacrificaron para sostener el desarrollo de la industria pesada y la estructura militar. Salvo los proyectos de máxima prioridad

estratégica, la medida cuantitativa de la producción se convirtió progresivamente en un sustitutivo imperfecto de la calidad.

El reto fue abrumador para el sistema a medida que sus resultados contrastaban vívidamente con los logrados por las economías organizadas a partir de la lógica del mercado. Desde la era Kruschev los dirigentes experimentan la necesidad de renovación e inician una serie de tímidas reformas orientadas a retocar el funcionamiento del sistema sin desafiar su naturaleza. Estos intentos perduran en el período Brézhnev, aunque no cuestionan la organización burocratizada, la ausencia de análisis coste-beneficio ni la planificación excesivamente centralizada. El desenlace se precipita cuando en los años ochenta se implanta la perestroika, una política que introduce cambios legislativos y operativos de resultado más profundo.

**Gap en productividad.** El carácter esencialmente extensivo del crecimiento económico también propició el descalabro final. A diferencia de otras economías en transición que también impulsaron su desarrollo mediante un proceso acelerado de acumulación de capital (como Japón, Corea, Taiwán o Singapur), su incidencia en el crecimiento económico fue claramente decreciente en el tiempo. La causa principal se encuentra en inversiones que no propiciaron aumentos de productividad en el trabajo ni se acompañaron de mejoras sustantivas de eficiencia. Con el paso del tiempo, el creciente gap en productividad forzó la predisposición de los dirigentes a acelerar aún más la capitalización de la economía. Pero con la escasa elasticidad de sustitución entre capital y trabajo y la asignación ineficiente de los recursos existentes, una mayor inversión no revertía en mejoras de rendimiento económico ni en un mejor bienestar de la población. La ausencia de las señales indicadas por los cambios de precios, las preferencias de los consumidores o la libre movilidad de los factores productivos dificultaron la reorientación indispensable de la planificación. Y, al perdurar el estancamiento de los niveles de vida y alejarse progresivamente las características de la oferta de las necesidades de la demanda, el sistema fue perdiendo legitimidad como medio de organización política y social. La aceleración del cambio tecnológico y la creciente



asunción de competencias económicas y gastos sociales por parte del Estado en las economías occidentales, en el marco del Estado del Bienestar, distanció progresivamente los niveles de vida de los dos modelos de sociedad.

Solo el sector militar y espacial, con una concentración extraordinaria de recursos y esfuerzos (14% del PIB en el periodo 1970-1989), generó innovaciones y se mantuvo en la frontera tecnológica. Pero una excesiva especialización puede inducir efectos de desviación de inversiones y una inadecuada asignación de los recursos, además de inhibir el desarrollo de actividades alternativas con mayor potencial de crecimiento. En particular, en un contexto de los recursos investigadores prioritariamente orientados hacia defensa y el sector espacial, la ausencia de incentivos de mercado convirtió en ineficiente la cuantiosa adjudicación de fondos para la innovación tecnológica e inhibió la difusión de las innovaciones entre los diferentes sectores de la economía. Irónicamente, la acumulación de capital se convirtió en un factor generador de crisis en el sistema. Inicialmente, el objetivo de desarrollo industrial sacrificó la agricultura y las necesidades de consumo de la población. Posteriormente, la carrera armamentista y la lucha por la hegemonía

militar sacrificaron los intereses colectivos del sistema.

**Colapso del sistema.** El colapso final y la penuria económica generalizada hicieron evidentes las limitaciones y perversiones del sistema, pero los altibajos de la historia de la URSS dejaron huella en las economías occidentales. Evidenciaron la trascendencia de los factores institucionales y valoraron las virtudes de la planificación económica y del trabajo cooperativo en otros entornos económicos: más recursos *per se* no proporcionan necesariamente mejores resultados económicos en ausencia de un sistema racional y eficaz de organización de la producción y la distribución. Su amenaza ayudó también a alcanzar los consensos necesarios para incluir en la agenda política la conveniencia de un equilibrio razonable entre eficiencia y equidad. Regulación de mercados y políticas económicas asignativas, redistributivas y estabilizadoras son hoy los principales engranajes de las economías más avanzadas. ●

**Josep Lladós** es profesor de economía y empresa (UOC)

**Imagen de 1986 con colas para poder comprar en la panadería**  
[Foto de Peter Turnley/Corbis/VCG via Getty Images]

Nicolás II (1868-1918),  
zar de Rusia 1894-1917,  
con su esposa e hijos,  
incluyendo a Tsarevich  
Alexei, quien sufrió  
hemofilia  
[Foto de Photo12/UTG via  
Getty Images]



## Diez personajes de un octubre

ACOSTUMBRA A DECIRSE QUE TODA REVOLUCIÓN REPRESENTA UN CAMBIO DE PERSONAL. O DICHO DE OTRO MODO, SIN CAMBIO DE PERSONAL NO HAY REVOLUCIÓN. ASÍ OCURRIÓ CON LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y DEBÍA OCURRIR CON LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE. LOS ROMÁNOV SALEN DE ESCENA SANGRIENTAMENTE Y, MEDIANTE EL TERROR POLICIAL, LOS BOLCHEVIQUES DE LENIN SE IMPONEN A MENCHEVIQUES Y LIBERALES



por Valentí Puig





## Alexandra Fedorovna

(1872-1918)

Nacida Alix de Hesse-Darmstadt, nieta de la emperatriz Victoria, como alemana era mal vista por el pueblo ruso, y más aún a causa de la Gran Guerra en la que Rusia se enfrentaba a las potencias centrales. Bella y fría, mujer inestable, ciclotímica, muy frágil, con notoria influencia en su marido y una pasión mística por Rusia que la zozobra constante por la hemofilia de su hijo, Alexei, lleva a un ensimismamiento receloso. Influye mucho en Nicolás II y abre las puertas de la corte a Rasputin, un falso monje energúmeno y manipulador que dice tener grandes poderes curativos y consigue quitar y poner ministros hasta ser asesinado por fieles al zar. Eso lleva a preguntarse qué hubiera sido de Rusia si, en lugar de la funesta influencia de Rasputin, el zar hubiese contado con los consejos de un gran reformista como Stolypin (asesinado en 1911). Durante las audiencias de su marido, ella escucha por un orificio de la pared medianera.



## Felix Dzerzhinski

(1877-1926)

Revolucionario polaco durante largos años condenado a trabajos forzados, es pieza clave en la aniquilación del impe-

rio de la ley y la supremacía del terror. Dirige la Checa, uno de los elementos definitorios del sistema bolchevique, fundada para controlar y suprimir toda oposición y con la perspectiva de ser un Estado en el Estado. Dzerzhinski instrumenta el Terror Rojo que prologa los campos de concentración del archipiélago Gulag. Al día siguiente del *putsch* bolchevique, la vida seguía con su bullicio habitual (tranvías, ópera, cafés, teatros imperiales) pero ciento cincuenta millones de personas, aún sin saberlo, habían entrado en una dimensión desconocida. Según instrucciones precisas de Lenin, la preparación del terror debe hacerse en secreto. La “conciencia revolucionaria” sustituye la legalidad. En realidad, como policía política, la Checa (predecesora del KGN) sigue la pauta existente en el antiguo régimen, pero con más medios e impunidad. El ascetismo de Dzerzhinski lo equipara a los maestros del terror revolucionario especialmente en la idea de que ejecutar a inocentes impresionará a las masas.



## Alexander Kerenski

(1881-1970)

Dirigente del partido socialista revolucionario que quiso ser el hombre fuerte que detenía la revolución y acabó huyendo de la ejecución para vivir un largo exilio. Lenin dijo que Kerenski era una traición a la causa de la revolución y del proletariado. Inútilmente, intentó galvanizar a un ejército ya deshecho, con un cuarto de millón de bajas y quince millones de movilizados. Llegaba la inflación. Cerraban las empresas. De gran elocuencia, un componente histriónico y siempre en tensión nerviosa, llevado por impulsos irreflexivos, caía fácilmente

en la teatralidad, cierto frenesí político, volátil. Pudo ser el hombre fuerte de un reformismo radical, pero la proliferación extensiva de los soviets le va cerrando puertas. La fragmentación del reformismo se diría irremediable, sin fórmulas viables, muy lejos ya de una monarquía regentada. Kerenski se instala en las estancias imperiales del Palacio de Invierno. Restablece la pena de muerte en el frente. Priva de voto al zar y la zarina. Se aleja de la derecha pero no controla la izquierda. Es una invitación a la anarquía. El precario Estado ruso se estaba disolviendo. Kerenski no consigue ahormar el parlamento para su rol de hombre de hierro. Con jugadas a corto plazo, Kerenski ataja y cede, quién sabe si llevado por la ambición política más que el realismo. Presumiblemente, sin la revolución de octubre no habría habido ni Segunda Guerra Mundial ni Guerra Fría. Durante la guerra civil rusa, Kerenski no estuvo con los blancos ni con los rojos. Fue su grandeza y su tragedia. Cuando murió exilado en Nueva York, la Iglesia ortodoxa no accedió a darle sepultura.



## Lavr Kornílov

(1870-1918)

Al general Kornílov (según Richard Pipes, para quien el colapso del zarismo no siendo improbable, tampoco era inevitable) se le atribuye injustamente haber promovido un golpe contrarrevolucionario. Desde los inicios de la revolución, se suceden complots y conjuras golpistas para detener el empuje bolchevique y restaurar el orden, tanto para mantener la estabilidad como para evitar una derrota bélica desastrosa. En realidad, Kornílov se atuvo al orden legal y su presunta afiliación reaccionaria procede de un enrevesado malentendido



**Stalin y Lenin (de izquierda a derecha) durante su asistencia al Octavo Congreso del Partido Bolchevique**  
 [Foto de © Hulton-Deutsch Collection/CORBIS/Corbis via Getty Images]

con Kerenski. Pequeño y flaco, valeroso y admirado por sus tropas, hombre de ojos asiáticos, dice que dimitirá si no se pone coto al poder revolucionario. Va del frente a Moscú. Es el ídolo de la gente de orden que espera un salvador. Urge restaurar la disciplina militar y frenar la contraofensiva alemana. En el Kremlin, se arrodilla ante la virgen de Iberia. La Bolsa está eufórica. Kerenski malinterpreta la llegada de Kornílov. Lo encarcela, custodiado por jinetes cosacos que le veneran. Con la guerra civil, el general Kornílov sirve en las filas de los rusos blancos y cae en combate.



## Vladimir Lenin

(1870-1942)

Arquetipo del revolucionario profesional a quien Rusia le importaba mucho menos que la revolución mundial. Como estratega, su método fue el golpe de Estado y no la revolución de masas. Frente a los mencheviques, su meta era la dictadura del proletariado. Con su corbata de pequeños topos blancos y su traje oscuro de panta-

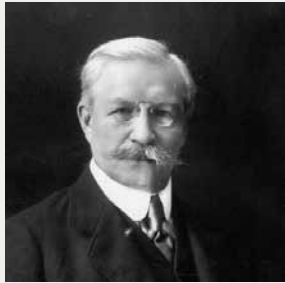
lón ancho, al sugerirle que apacigüe a los más insatisfechos por el golpe bolchevique, afirma que una revolución no puede hacerse sin fusilamientos. Cabe preguntarse qué hubiese sucedido con la revolución de haber tenido éxito alguno de los atentados contra Lenin. Decepcionado, Gorki dice que Lenin es un frío prestidigitador a quien poco importa el proletariado. Muchas cosas hubiesen sido distintas si al Estado Mayor alemán, informado por los socialistas austriacos, en 1917 no se le hubiese ocurrido usar a Lenin como peón en la guerra con Rusia. Y así fue como Lenin y sus allegados llegaron a la estación de Finlandia en San Petersburgo, para debilitar a Rusia como el “bacilo de una peste”, según dijo Churchill. Comenzaba la revolución de octubre en la gran Rusia agotada y diezmada por la guerra. Según se considere, Lenin fue desleal a su patria, con tal de propagar la causa de la violencia revolucionaria. Había impulsado a los bolcheviques como mayoría frente a lo que consideraba la minoría menchevique. En realidad, era al revés: los mencheviques eran mayoría en sus tesis de que primero debía producirse una revolución burguesa y luego la socialista. El precedente es ese momento descrito por Tocqueville y que es aplicable a todas las revoluciones: el gran riesgo que se genera cuando un régimen autoritario inicia procesos de reforma. Los soviets triunfaron a pesar de su derrota en las urnas. El terrorismo nihilista (como en las novelas de Conrad) se dispone a ocupar el vacío de poder. El ejército se extravía en la línea de combate, con gran éxito estratégico alemán. La guerra civil se impuso fatalmente. Se iban a consolidar el terror y el pleno totalitarismo.



## Yuli Martov

(1873-1923)

Líder de los mencheviques, el partido que, al igual que los socialdemócratas, tuvo más seguidores que los bolcheviques. Es el amigo que Lenin siempre lamenta haber perdido. En el último reducto de la Duma, la voz cavernosa de Martov resuena en el vacío. Cree fuera de lugar la liquidación del kerenskismo. Anuncia con alarma el inicio de una guerra civil y que hace falta un poder reconocido por la democracia entera, una solución pacífica y constitucional, pero la nueva dictadura arroja cualquier apaciguamiento porque (como ha escrito Lenin) no es en interés de la libertad que el proletariado necesita del Estado sino en interés de la supresión de sus adversarios. Es decir: cuando pueda hablarse de libertad ya no habrá Estado. Ni tampoco partido menchevique, representativo de una socialdemocracia que se radicaliza para acabar siendo eliminado por los bolcheviques. En 1920 se fue de Rusia y en Berlín dirigió *El Correo Socialista* hasta su muerte.



## Pavel Miliukov

(1859-1943)

Historiador y líder del Partido Constitucional Demócrata (los kadets, fundado en 1915), representa un liberalismo muy traqueteado y frágil, atrapado entre fuerzas tectónicas incontrollables. La discontinuidad parlamentaria de la Duma desazona a liberales y socialdemócratas. Cuando Miliukov pretende articular la presión burguesa, su momento ya ha pasado y no hay margen para “salvar a la monarquía del monarca”. Al estallar la revolución, sale del parlamento (con su amigo el jurista Vladimir Nabokov, padre del novelista) entre una multitud revolucionaria que reclama todo el poder para los soviets. Con la abdicación del zar, los kadets todavía creen que se mantendrá la propiedad privada y que Rusia debe respetar la alianza que le ha llevado a la guerra con las potencias centrales. Pero tras el golpe de Estado bolchevique, recuperar la estabilidad de la vieja Rusia es una quimera. La tradición parlamentaria y el rigor político que Miliukov representa ya son un despojo. En la emigración, Miliukov llega a la conclusión de que, a diferencia de Europa, Rusia carece de la sólida cohesión y la capacidad imprescindible de consolidarse y preservarse institucionalmente.



## Nicolás II

(1868-1918)

Pasivo y carente de destrezas políticas, su reinado transcurre acosado por las

contradicciones terminales del Ancien Régime, en un orden semiconstitucional que no lograría detener a los bolcheviques. Desconcertada, la burguesía abandona a la monarquía. Entre la genética autocrática y los intentos reformistas, los Románov (abrumados por un sinfín de atentados terroristas) dudan entre la pacificación social y la represión. En la vieja divisoria entre occidentalización y eslavismo (Europa o Asia), las iniciativas constitucionales chocaban una y otra vez con el terrorismo revolucionario. Aun así, no parecía inminente la caída de los Románov, incluso con el desgaste de la guerra. Lenin, por ejemplo, inicialmente creía que haría falta una nueva generación para conseguir el poder. En aquel momento la inversión extranjera todavía llegaba con notable fluidez. Finalmente, el azar y la pugnacidad de la *intelligentsia* comunista acabaron con lo que quedaba de la monarquía. Frío e indiferente, a juzgar por su diario se diría que el zar no entendió nada de lo que pasaba. Nicolás II abdica y al poco Lenin ordena su ejecución y la de su familia.



## Iósif Stalin

(1878-1953)

Seminarista georgiano expulsado, su vida tiene por fundamento el poder sin perdón, hecho de voluntad y fuerza. Oscuramente, prelude su terrible mandato posterior, los atroces años estalinistas que la acción de Lenin inspiró. Stalin no deja de hablar ruso con acento georgiano. Su vulgaridad abruma, al mismo tiempo que su perfidia es aplastante. Cuando el partido bolchevique necesita financiación, Stalin la obtiene atracando bancos. Sin haber destacado en los orígenes de la revolución, como organizador brutal y astuto llama la atención de Lenin, en aquellos días distanciado de

Trotsky, a quien considera un plagiaro, un veleta. A Stalin le nombra comisario para las nacionalidades. Confía en él hasta sus últimos días. Abrupto, despiadado, Stalin acabará siendo uno de los hombres con más poder en la historia de la humanidad. “Contra los mencheviques todos los medios son buenos”, dice. Trabaja más que nadie, sin dormir. Administra una larga paciencia. Rostro rudo, grave, con rastros de viruela. Bebe en abundancia, canta tonadillas caucásicas. En Yalta, en 1945, el mariscal Stalin va a repartirse el mundo con Roosevelt y Churchill.



## León Trotsky

(1879-1940)

Es el *condottiero* bolchevique, de perfil intelectual, melena negra, judío de Ucrania, de mirada ardiente. Implacable, de oratoria eficaz y metafórica, enfática, de arrogancia curtida por las batallas, lleva las negociaciones con Austria y Alemania para lograr un armisticio, cuyo precio territorial será gravoso para Rusia. Al haber presidido el soviets de Petrogrado, su poder militar lo abarca casi todo. Reconoce en su historia de la revolución rusa que en octubre de 1917 los bolcheviques no tenían el apoyo de las masas, como luego no tendrían los votos. Con la barbilla replegada bajo el mentón, cruza las inmensidades rusas para imponer el ejército rojo. Lleva en el bolsillo *La Iliada* o *La Odisea*. Sabe tanto de terror como Lenin o Stalin. Agitar las masas le embriaga. Es la tesis de la revolución permanente. Al morir Lenin, Stalin prescinde de Trotsky. En el exilio lidera la oposición antiestalinista y muere de un golpe de piolet en el cráneo, a manos de un agente proestalinista, en México. ●



PORQUE  
NOS SENTIMOS  
DIFERENTES



ENVÍA UN ASM  
| @ASM\_oficial  
asmred.com  
902 11 33 00

F

# Aquella quimera revolucionaria

—Nuevas formas y dialécticas, nuevas estéticas, surgieron del impacto transgresor representado por la revolución bolchevique, como la ilusión de un gran cambio que iba a crear un nuevo hombre. Entre lo nuevo y lo viejo, entre la tradición y la ruptura, poetas, cineastas, pintores y escenógrafos emprenden un viaje quimérico que acabó siendo trágico, con tantos casos de suicidio, silencio forzoso o interminable estancia en el Gulag. El leninismo, siempre desconfiado ante la aventura estética, impone el canon unívoco del realismo social. Además, los movimientos de renovación artística habían comenzado ya en la última etapa de los Románov con una gran acogida en toda Europa. Esa circunstancia de nuevo induce a reconsiderar las posibilidades de creación libre que potenciaba el reformismo mientras que la iconografía de Lenin la coartaba y acusaba de complicidades con el decadentismo y la reacción.

**30**

La biomecánica  
de Meyerhold  
*por Jordi Coca*

**32**

El filme del  
gran octubre  
*por Ponç Puigdevall*

**34**

La revolución de  
las alas cortadas  
*por Mariam Vizcaíno*

**36**

Los poetas del  
hombre nuevo  
*por Sam Abrams*

**38**

Cuando el icono  
es Lenin  
*por Iván de la Nuez*

**40**

Pla 'versus' Nin:  
el dilema ruso  
*por Xavier Pla*

# LA BIOMECÁNICA DE MEYERHOLD

El teatro de Meyerhold, contrario al ilusionismo y a la supuesta verdad que respiraba la escena naturalista, pretendía que el espectador fuera consciente de que aquello era teatro, que los personajes eran actores y que en la escena nunca nada es real. Su final es un caso trágico del choque entre arte y revolución

por Jordi Coca

— Meyerhold (1874-1940) encarna una de las evoluciones estéticas e ideológicas más intensas del siglo XX. Actor, director teatral y teórico ruso, inicialmente formado en los criterios escénicos de finales del siglo XIX —dominados por las influencias del peor romanticismo y por la centralidad excluyente de la figura del primer actor o de la primera actriz—, su honestidad artística lo conducirá con los años a ser víctima de la locura soviética que, además de hacerle la vida imposible, lo torturó hasta la muerte. Entre estas torturas se cuenta el asesinato de su esposa Zinaida Reich, degollada por los servicios secretos. Finalmente, a Meyerhold lo fusilaron, básicamente por oponerse al llamado “realismo socialista” y con las pintorescas acusaciones de ser trotskista, espía de los británicos y de Japón, y traidor a las esencias revolucionarias.

Todo había comenzado en 1898, cuando el siempre menospreciado Nemiróvich-Dánchenko lo invitó a formar parte de la gran aventura del Teatro de Arte de Moscú que acababan de fundar con Stanislavski. Durante cuatro años todo fue bien, pero Meyerhold, fascinado por el simbolismo, impulsó después un alejamiento progresivo de la escena naturalista de Stanislavski, que trabajaba para encontrar un método actoral que situara en primer plano la verosimilitud. De hecho, Meyerhold quería que el escenario dejara de ser un medio donde teóricamente se reproducía la realidad, y buscaba una convención espacial en que fueran posibles todas las búsquedas. En 1902 fundó la Sociedad del Nuevo Drama, donde proponía montajes que desfiguraban tanto el espacio escénico como el maquillaje y los movimientos de los actores.

Pero para llevar a cabo esta aventura necesitaba autores dramáticos, y, además del belga Maurice Maeterlinck, claramente simbolista, se veía obligado a estrenar obras de Chéjov o de Ibsen. En 1905, el éxito internacional de Maeterlinck llevó a Stanislavski a contar de nuevo con Meyerhold para su compañía con el encargo de dirigir *La muerte de Tintagiles*. Pero lo hizo con ciertas reservas y finalmente la obra ni siquiera llegó a estrenarse. También fue un error la aventura escénica de Meyerhold en San Petersburgo con la actriz Vera Kommissarjevskaia, que lo contrató para dirigir su compañía. Ella quería hacer el teatro de siempre, mientras que Meyerhold buscaba una especie de convención consciente. Es decir: en contra del ilusionismo y de la

supuesta verdad que respiraba la escena naturalista, Meyerhold quería que el espectador fuera siempre consciente de que aquello era teatro, que los personajes eran actores y que en la escena nunca nada es real.

De hecho, el fracaso en San Petersburgo le empujó a incrementar las búsquedas formales y, mientras dirigía dos teatros imperiales, elaboró a partir de 1908 una estética que se nutría tanto de las técnicas del teatro oriental —especialmente del kabuki japonés—, como de la *commedia dell'arte* y del mimo. Simultáneamente, Meyerhold montaba óperas de Wagner, de Strauss y de Gluck, y, casi clandestinamente y con el seudónimo de Dr. Dapertutto, trabajaba con las técnicas del cabaret y del

Vsévolod Meyerhold, junto a su mujer, la actriz Zinaida Reich en 1920. A la derecha, un diseño de escenario para su teatro experimental [Foto de Álbum / Culture-Images/FAI]





mundo del circo, para terminar proponiendo lo que él denominará el “teatro de lo grotesco”, una estética nacida de las chabolas de feria en las que el espectador recibe la apariencia de irrealidad como la perfecta plenitud de la vida. Por ejemplo, es cuando el clown llora exageradamente y, pese a saber que es mentira, nos emociona, y es también la comicidad amarga de cuando el viento se lleva nuestro sombrero e intentamos perseguirlo inútilmente durante un entierro. En la esencia de lo grotesco, que siempre tiene algo de estilización, se produce la mezcla perfecta entre comicidad y tragedia.

Al estallar la revolución de 1917, Meyerhold vivía inmerso en un profundo proceso de cambio que parecía coincidir con la transformación social que suponía la eliminación del zarismo. Se creó una comisaría de instrucción pública que también representaba a los teatros, y Anatoli Lunacharski, que era su responsable, nombró a Meyerhold director de la sección de Petrogrado. Se pretendía hacer un teatro que desterrara las formas burguesas anteriores y que impulsara el acercamiento al proletariado subvirtiendo los valores estéticos y morales que se consideraban caducados. Meyerhold era la persona idónea para este proyecto y, efectivamente, con la colaboración de amigos como Maiakovski, inició la creación de espectáculos de masas, con contenidos profundamente políticos sin que ello supusiera ninguna abdicación estética. *Misterio bufo* sería un ejemplo de lo que

se proponían hacer juntos. Trabajaban con los artistas plásticos constructivistas y, como se ha dicho, Meyerhold seguía incorporando sus innovaciones e influencias. Era un teatro revolucionario para la revolución de octubre, y, lógicamente, también se necesitaba una nueva técnica de entrenamiento actoral, la biomecánica, cuyo objetivo era conseguir un movimiento esencialista y armonioso de los intérpretes en el que todas las partes del cuerpo participaran en una preparación no únicamente gimnástica que les permitiera saltar, bailar, rodar, respirar...

Sin embargo, esta euforia tenía los días contados y en 1930 Maiakovski se suicidó de un disparo en el corazón. Ya hacía tiempo que había comenzado la planificación económica y la industrialización salvaje. Stalin conducía el país hacia la represión brutal, cruel y enfermiza; la marginación del trotskismo era únicamente un signo de la consolidación de una dictadura criminal que, desde el punto de vista artístico, solo admitía el realismo socialista como propaganda. Todo lo que se había construido antes, toda investigación, todas las novedades, toda la nueva poesía, todos los cambios, se convertían en sospechosos y signos de reacción. Era necesario, pues, eliminarlos y, efectivamente, fusilando a Meyerhold se mataba también el progreso artístico y la más elemental de las libertades: ya no se podía opinar. ●

---

**Jordi Coca** es escritor y doctor en Artes Escénicas

# EL FILME DEL GRAN OCTUBRE

Lenin creía que el cine era el arte más importante para el nuevo estado comunista. Mediante un decreto de 1919, nacionaliza el cine soviético. En un territorio tan extenso (160 millones de personas, más de 100 idiomas y 11 husos horarios), el cine podía explicar los principios bolcheviques y exaltar la nueva realidad de la URSS. A la vez, la ilusión del momento histórico genera nueva ambición estética

per Ponç Puigdevall

— Es casi seguro que los pastores de los Urales, por ejemplo, debían desconocer que la primera película rusa databa del año 1908, que en 1913 ya había 1.400 salas de exhibición o que existía un cineasta, Evgeni Bauer (1865-1917), que era un experto en el dibujo de las filigranas de la luz, que decía que la belleza tenía que aparecer antes que la verdad, que en sus películas aparecían pocos trabajadores porque en Crimea solo veraneaba la aristocracia, o que una de sus protagonistas pasaba literalmente por encima del cadáver de su antiguo amante para no llegar tarde a Maxim's. Las mujeres fatales, los salones que parecían invernales, las transparencias de los trajes durante los bailes, los collares de diamantes, la piel de los abrigos, la conmoción de la estética de la inmovilidad que creó Bauer, no podían ser del agrado de Lenin, que veía en el cine un fenómeno tan revolucionario y vertiginoso como el social que él había encabezado, sin tradiciones que lo paralizaran ante el futuro: en vez de escrutar las pasiones individuales, había que difundir el amor colectivo e incondicional al nuevo régimen.

Lenin todavía no había dicho que, de todas las artes, el cine era la más importante para el nuevo estado comunista, pero en 1919 firma un decreto que nacionaliza el cine soviético y abre la primera escuela de cinematografía del mundo: en un territorio tan extenso, poblado por 160 millones de personas que hablaban más de 100 idiomas y que tenían 11 husos horarios diferentes, el cine podía ser una de las herramientas más útiles para explicar los principios bolcheviques y construir y exaltar la nueva realidad de la URSS. Sin que nadie lo hubiera previsto, gracias a la confluencia

Uno de los carteles de la película 'El acorazado Potemkin', firmado por los hermanos y diseñadores rusos Georgii Stenberg y Vladimir Stenberg [Foto de Buyenlarge/Getty Images]

de tres factores, se estaba cerca de escribir una de las páginas de más arboladura, deslumbrantes y lúcidas de la historia del cine. El primero nació en un despacho: la instauración de un porcentaje obligatorio de documentales en la producción filmica global para constatar lo que ocurría en los frentes de la guerra civil, para agitar la conciencia de un pueblo en su mayoría analfabeto. El segundo fue la consecuencia de la miseria del momento: los estudios de Moscú se quedaron sin película virgen y material técnico. El tercero fue la ilusión que el momento histórico producía en la ambición de un grupo de jóvenes (nacidos con el cine) que también querían protagonizar una "revolución de octubre" artística para desarrollar su originalidad hasta la exageración. Más allá de perseguir un modelo narrativo y realista para garantizar la transparencia y la continuidad entre los planos, el documental abrió la posibilidad de elaborar ideas complejas a través de unas imágenes que prescindían de los recursos del relato convencional; la escasez de los medios dis-







ponibles estimuló la imaginación y, convirtiendo la necesidad en virtud, estableció las bases de la llamada “escuela soviética del montaje”; y la euforia de Lev Kuleshov (1880-1970), de Dziga Vertov (1886-1954), de Serguéi M. Eisenstein (1898-1948), de Vsevolod Pudovkin (1893-1953) era un pozo tan inagotable de talento, vigor y personalidad que todavía hoy sus insólitos impactos visuales, sus montajes paroxísticos con secuencias de grupos de planos contruidos a través de la unidad mínima posible de un fotograma, ponen a prueba (y colman) los límites de la percepción y la inteligencia asociativa del espectador.

A partir del efecto que Kuleshov demostró, que en el cine la significación no depende tanto de la realidad fotografiada como de la función que se asigna a las imágenes, que se podía dotar de varias cargas emocionales a un único primer plano inexpressivo de un actor, según el contenido de los planos que se yuxtaponía (un plato de sopa, una niña muerta, una mujer), la escuela soviética del montaje inicia su periplo, pero

cada uno a su manera. Vertov, que no asistía nunca a los rodajes, y para quien lo que era filmado por sus operadores tan solo era un material que transformaba en discurso cinematográfico en la sala de montaje tras un proceso de visualización e interpretación, creía en la impasibilidad inhumana de la cámara: es el “cine ojo”, una propuesta que rechazaba todo lo que podía falsear la realidad, como si volviera a las fuentes primigenias del cine, a la pureza y la inocencia de Lumière. El propósito de Eisenstein y sus métodos (buscar la colisión de dos imágenes impetuosamente contrarias para crear una tercera inédita e imprevisible), en cambio, es transportar al espectador “de la imagen al sentimiento y del sentimiento a la idea”. En el extremo opuesto de sus metáforas intelectuales, en cambio, estaban las metáforas visuales y analíticas de Pudovkin, que aislaba dentro de cada escena los elementos que la componían.

La sobriedad y la simplicidad lineal de esta gran odisea colectiva que es *El acorazado Potemkin* (1925), de Eisenstein, o la síntesis entre la crudeza documental y el expresionismo barroco de *La huelga* (1924), de *Octubre* (1927), o *El hombre de la cámara* (1929), de Vertov, una película que siempre será totalmente nueva, como si saliera de las manos del mago que maravilla a unos niños en uno de sus episodios, o *Según la ley* (1926), de Kuleshov, un prodigio de metamorfosis de la narración convencional sin aparentemente apartarse de ella, o la depuración estilística y la complejidad constructiva de *La madre* (1926), de Pudovkin, podrían hacer olvidar que la riqueza de este periodo es tan pletórica que aparecen obras maestras allá por donde se mire. Más allá de la épica y la heroicidad de estas películas canónicas, sería injusto no recordar el *ménage à trois* que narra Abram Room en *Cama y sofá* (1928) –con guion de Viktor Shklovsky–, las sátiras de Boris Barnet, equiparables a los libros del tándem Ilf-Petrov o Zoshchenko, el aliento poético ingenuo y brutal de Dovzhenko, o el fuego de artificios de composiciones plásticas que es el melodrama de Ilya Trauberg, *El expreso azul* (1929), la película más sorprendente, al fin y al cabo, de este periodo glorioso de la historia del cine, decapitado cuando Stalin obtiene el poder completo e implanta el realismo social. No es extraño el cambio de planteamiento: podría discutirse mucho hasta qué punto la utopía comunista, expresada a través de la vanguardia más radical, llegaba a arraigar en los pastores de los Urales, por ejemplo, ya que se formulaban desde una abstracción tan rotunda que difícilmente lograban los objetivos previstos de agitación y propaganda. ●

**Ponç Puigdevall** es crítico de libros y novelista

# LA REVOLUCIÓN DE LAS ALAS CORTADAS

La pintura rusa, iniciada ya la mutación moderna en las postrimerías del zarismo, recibe empuje de la revolución bolchevique hasta que –como ocurriría con el cine, la literatura o el teatro– los postulados totalitarios imponen sus convencionalismos estéticos frente a la creatividad de las vanguardias



por Mariam Vizcaíno

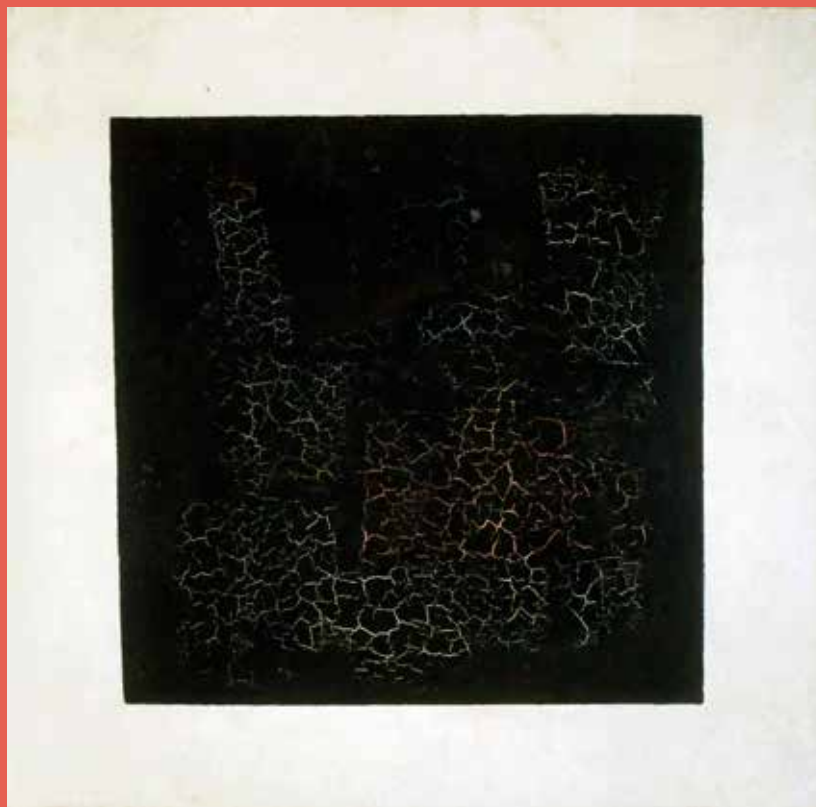
— La revolución artística en Rusia llegó antes que la bolchevique y su vuelo fue tan corto y tan accidentado que apenas pudo sobrevivir un par de décadas. Antes de su llegada, era la Academia de San Petersburgo quien, bajo el mecenazgo de los zares, mantenía encendida la llama de un pasado solemne. La pintura a finales del siglo XIX seguía las mismas directrices que en el resto de Europa: la copia exacta del natural. Levítán y Repin capturaban entonces con sus pinceles el alma rusa, que dormitaba en los campos y en la vida

diaria de sus gentes. Era el apacible reinado de la mimesis. Fue la generosidad de coleccionistas como Shchukin, un próspero comerciante textil, la que finalmente destapó la caja de las furias para que las nuevas tendencias pudieran abrirse paso. Cada domingo abría sus salones atestados de pinturas. Se llenaban entonces de susurros y miradas hambrientas de jóvenes artistas que asimilaban, en atenta quietud, las pinceladas vibrantes de Monet, el colorido asalvajado de Matisse y el ascetismo geométrico de Cézanne.

También los viajes, realizados a París con no pocos sacrificios –Tatlin fue en 1914 a conocer a Picasso–, fueron recompensados con una savia nueva. Gontcharova, Larionov y toda una generación de audaces que se arremolinaban en grupos-torbellino, como La Sota de Diamantes y La Cola del Burro, asumieron alegremente todo lo que la vanguardia europea podía ofrecer. Hacia 1913, antes de estallar la Primera Guerra Mundial, ya estaban preparados para inaugurar sendas no transitadas: el rayonismo y el cubofuturismo, que aunque eran solo reelaboraciones de lo que ya se hacía en Europa, hicieron palpitar Moscú y San Petersburgo con una nueva ilusión.

**APARECE MALEVICH.** No fue sin embargo hasta la llegada de Kasimir Malevich cuando se creó una vanguardia rusa que pudiera ofrecer al mundo una visión tan radical como el resto de los ismos. Llevado por su deseo de alcanzar lo que él llama el “trascendentalismo cósmico”, en 1915 pinta *Cuadrado negro sobre fondo blanco*, y así funda la abstracción geométrica, una vuelta de tuerca a la abstracción lírica que Kandinsky acababa de instaurar. Había nacido el suprematismo, en palabras de Janso, “uno de los más significativos saltos de la imaginación simbólica y espacial de la historia del arte”. La forma de la pintura era simple, la dificultad para ejecutarla casi

nula, pero el trasfondo era complejo y encapsulaba una promesa: la supremacía de la forma pura. Un banderín de enganche para la Bauhaus primero y para el mini-



La obra ‘Cuadrado negro sobre fondo blanco’ (1915), pintura del autor Kasimir Malevich [Foto de Fine Art Images/Heritage Images/Getty Images]

Maqueta del 'Monumento a la Tercera Internacional' (1919), obra de Vladimir Tatlin, exhibida en la antigua academia de artes de Petrogrado [Foto de Sovfoto/UG via Getty Images]

malismo americano de los años sesenta después, que convertirán el “menos es más” en uno de los parámetros definitivos del diseño moderno. Cuando en 1917 Lenin y sus bolcheviques llegan al poder, Malevich, que en un principio se mostró partidario de la revolución, se va replegando al comprobar que su convicción de que el arte tenía que ser espiritual no encajaba en la nueva ideología. El suprematismo empezó a ser observado con sospecha y en consecuencia, ya a principios de los años veinte, aunque seguía boqueando, había perdido fuelle.

#### EL MOMENTO CONSTRUCTIVISTA.

Una nueva vanguardia, que había emergido tímidamente en 1914, tomó el relevo, esta vez en perfecta sintonía con los principios bolcheviques: el constructivismo liderado por Vladimir Tatlin. El arte salía de su estado contemplativo para servir al pueblo y someterse a las exigencias del Estado. A ese carro en el que se celebra la función social del arte se suben Stepánova, Rodchenko, Popova y otros camaradas entusiastas que crearán una identidad visual para el comunismo con audaces fotomontajes, geométricos diseños textiles y carteles publicitarios que aún hoy no han perdido un ápice de su potencia. Saben que, solo si se transforman en “productivistas”, la revolución les reconocerá como hijos legítimos.

Como la industria es la apuesta de los nuevos tiempos para vencer a la naturaleza, el enemigo ancestral de Rusia, a los nuevos artistas les invade también una gran simpatía por los materiales. Experimentan con el hierro, el vidrio y el plástico, al tiempo que arrumban la pintura sobre lienzo y el cincelado de las piedras nobles. Los proyectos se suceden



pero las realizaciones, en un país con un atraso técnico descomunal, son escasas. La maqueta del *Monumento a la Tercera Internacional*, construida por el propio Tatlin en 1919, es un símbolo de esa utopía del progreso que no llega a materializarse. En 1921, Trotski y Lunacharski, que apoyaron inicialmente el constructivismo, se ampararon en la NEP, la nueva política económica de Lenin, para cuestionar su utilidad. La liquidación total de la vanguardia llega en 1932, año en que Stalin publica un decreto por el que el “realismo socialista” pasaría a ser el único estilo oficial del régimen. A partir de ahora solo se admitirá un arte que el pueblo pueda entender. La abstracción queda descartada y se anula toda posibilidad de experimentación.

#### LIQUIDACIÓN DE LA VANGUAR-

**DIA.** Algunos artistas que no estaban dispuestos a renunciar a su visión del arte, como los hermanos Gabo, se exiliaron. Otros, los que no pudieron irse, vieron cómo se les cegaban todas las salidas. Con este portazo, la revolución corta definitivamente las alas a la libertad creadora. Cuando Hitler llega al poder actúa con una simetría espeluznante, orquestando también una campaña para denigrar a la vanguardia. Es bien sabido que los totalitarismos temen a las novedades del espíritu, pero su miedo a lo que vuela por encima de sus puntos de mira al final no sirve de nada: la agitación política se desvanece, mientras que el arte siempre vence al tiempo. ●

**Mariam Vizcaíno** es doctora en Historia del Arte por la Universidad Complutense de Madrid

# LOS POETAS DEL HOMBRE NUEVO

Los años de apogeo del arte moderno de signo rupturista en Rusia tienen una nómina de creadores punteros de la nueva forma de hacer cultura en las tres primeras décadas del siglo XX. Esta intensidad creadora no fue fruto directo de la revolución que, en muchos sentidos, la precedió. En realidad, la gran modernización de la cultura rusa comenzó antes, hacia la década de 1860



por Sam Abrams

— Cuando estalló la revolución el 25 de febrero, la poeta Anna Ajmátova, por la noche, asistió al estreno de la obra de teatro *Mascarada* del romántico Mijáil Lermontov, montada por el rompedor director Vsévolod Meyerhold en el Teatro Alexandrinski en Leningrado. Y uno de los motivos del suicidio nunca aclarado del reconocido poeta y dramaturgo futurista, Vladimir Mayakovski, fue precisamente el estrepitoso fracaso del estreno de su obra teatral, *El baño público*, el 30 de enero de 1930, dirigida por un colaborador destacado de Meyerhold en el Teatro Dramático de la Casa del

Pueblo en Leningrado. Dos estrenos de Meyerhold encarnan perfectamente dos momentos trascendentes de la revolución: el inicio dramático, convulso y ilusionante de 1917 y el cambio de rumbo drástico: “Un año de grandes cambios”, afirmaba Stalin en un artículo de *Pravda* en 1929, que marcó la desaparición de la estética vanguardista y la imposición sin fisuras del “realismo socialista”.

Los años del apogeo del arte moderno de signo rupturista en Rusia, entre 1917 y 1930, es decir, entre la Revolución de Febrero y de Octubre y la atroz política de colectivización del sector agrícola,

nos han legado una nómina de creadores que se ha convertido auténticos iconos y referentes a escala mundial de la nueva forma de hacer cultura durante las tres primeras décadas del siglo XX. Músicos como Igor Stravinsky; directores de teatro o ballet como Meyerhold, Konstantín Stanislavski o Serguéi Diaghilev; directores de cine como Serguéi Eisenstein; pintores como Kasimir Malevich, Marc Chagall o Vasily Kandinsky; novelistas como Mijáil Bulgákov o Yevgueni Zamiatin, y poetas como Anna Ajmátova, Boris Pasternak, Osip Mandelstam, Marina Tsvietáieva o Vladimir Mayakovski.

Ahora bien, debemos recordar que esta verdadera lluvia de artistas extraordinarios no fue fruto directo de la revolución que, en muchos sentidos, podemos decir que la precedió. De hecho, el gran movimiento de modernización de la cultura rusa comenzó antes, hacia la década de 1860. La verdad es que el mundo de la cultura, el arte y la literatura anunció la revolución y luego la acompañó con gran incidencia y, finalmente, se desmarcó de ella con actitudes abiertamente críticas y hostiles o silencios calculados o forzados. En este sentido, debemos considerar la emergencia de dos movimientos artísticos, el acmeísmo en 1910 y el futurismo en 1912, que desbordaron el campo de la teoría estética para convertirse en verdaderos motores de una reforma integral de la sociedad rusa. Eran como las puntas de lanza de una conciencia global de la necesidad de un inmenso salto adelante.

Los cinco poetas citados forman parte de la época conocida como “la edad de plata” de la lírica rusa del siglo XX. Y los cinco poetas adoptaron puntos de vista distintos ante la revolución con



La poeta rusa  
Anna Ajmátova,  
posando en su domicilio  
[Foto de Fine Art Images/  
Heritage Images/Getty Images]



una coincidencia básica: todos la saludaron con ilusión pensando erróneamente que se trataba de llevar su rebelión artística hacia el terreno de las altas esferas del gobierno, la política y la economía. Todos pecaron de la misma ingenuidad de sobredimensionar su importancia y su capacidad de intervención. Y todos pagaron un precio demasiado elevado por su equivocación.

Mayakovski, quizás la figura más emblemática del grupo, el poeta de mayor incidencia pública y política, tuvo que ver cómo Stalin y su entorno lo marginaron cada vez más, sobre todo a partir de 1928, hasta que su posición fue absolutamente insostenible y se quitó la vida, aunque existe la teoría de que no fue un suicidio sino un asesinato. Pasternak celebró el ambiente de la revolución en sus primeros poemarios a partir de *Por encima de las barreras* (1916) y *Mi hermana la vida* (1922), pero tras la muerte de

Lenin en 1924 se desengañó y su producción poética se resintió gravemente y lo convirtió en un poeta oculto. Ajmátova, más cauta, reservada e intransigente, pasó de ser la poeta más celebrada de su tiempo a ser considerada “la poeta puta”, una rémora de la cultura burguesa sentimental y autocomplaciente. Entre 1925 y 1940, por presiones oficiales, no pudo publicar nueva obra. Osip Mandelstam era considerado como el gran genio de la nueva poesía rusa desde la publicación de su primer libro de poemas, *Piedra* (1913). Con el tiempo, sin embargo, su situación se fue erosionando hasta que murió en un campo de tráfico en 1938, perseguido con placer por Stalin. Marina Tsvietáieva, la más precoz del grupo, que publicó *Álbum de la tarde* en 1910 con 18 años, siempre tuvo las cartas marcadas porque su marido, el también poeta Serguéi Efron, fue un ruso blanco. Tsvietáieva se encontró dividida entre

dos lealtades, la revolución y su marido, aunque, en realidad, su primera y única fidelidad era a su obra literaria. Después de años de tensiones, idas y vueltas del extranjero, se suicidó en 1941.

El resultado es desalentador: dos suicidios, un asesinato y dos supervivientes rigurosamente vigilados. Pero quedan sus obras, que revolucionaron absolutamente todos los aspectos de la poesía, desde la lengua hasta la rima, pasando por la versificación, el ritmo, la sintaxis y la articulación de las ideas. En conjunto, son el testimonio conmovedor y exigente de la grandeza y la integridad irrenunciable del espíritu humano, sometida a esa prueba por el puño de hierro de la política cuando se pone al servicio de un sistema de gobierno brutalmente arbitrario, unívoco, despiadado y destructivo. ●

---

**Sam Abrams** es escritor y profesor

# CUANDO EL ICONO ES LENIN

Alojado en el mausoleo perdura el legado iconográfico más importante que nos ha dejado Lenin: su cuerpo. Nos permite constatar una vez más que, más que el alma de la revolución, Lenin fue su encarnación. Más que su fantasía, su realidad. Y más que su ilusión, su poder. Lo decía él mismo: “Salvo el poder, todo es ilusión”

por Iván de la Nuez

— **Uno.** Nada más estallar el conflicto entre Rusia y Ucrania, se difundió por internet una aplicación que nos permitía seguir, en tiempo real, cómo eran abatidas las estatuas de Lenin en todo el territorio ucraniano. Estamos hablando del año 2013. Es decir, ni Rusia era la Unión Soviética (disuelta en 1991) ni Putin ostentaba el cargo de primer secretario del Partido Comunista. Pero en Ucrania muchos entendieron que ese conflicto los retraía a otro tiempo (es decir, el de la pertenencia al comunismo) y otro espacio, que era el de la pertenencia a la URSS. Así que no se encontró un icono mejor para ca-

nalizar la reacción antirrusa y, de paso, actualizar ese animismo contemporáneo que consiste en demoler estatuas enemigas. De hecho, una ley ucraniana prohíbe hoy todas las que provienen de la época comunista. En cualquier caso, conviene admitir que Lenin no es el Che Guevara, capaz de adornar cualquier camiseta en cualquier lugar del mundo, por remoto que sea. Ciertamente es un símbolo de la revolución, el socialismo, el Estado soviético. Pero eso no lo ha convertido en una mercancía de fácil intercambio simbólico en el poscomunismo.

Es un “icono”, sí, pero digamos que se

resiste, de momento, a ser un “fetiche”.

Y eso que lo hemos visto en un anuncio de telefonía móvil en Polonia (“¡Sigue hablando!”), retirado a la carrera por un rechazo social parecido al de Ucrania. O como actor de reparto en un anuncio de coches, junto a Gandhi, Martin Luther King o Ho Chi Min, y en el que el propio Che, Fidel Castro o Marx protagonizan el clímax del *spot*: “It’s Time to Another Revolution!”. O en una miniatura, junto a santos y napoleones, en un anticuario de la nueva economía en la Cuba del raulismo. O, incluso, muy cerca de Odessa, convertido en el Darth Vader de *La guerra de las galaxias*, esta vez gracias al artista Alexandr Milov. Ya metidos en terrenos más tiernos, no

El rublo, que fue la unidad monetaria de la Unión Soviética entre 1919 y 1991, también contó con billetes dedicados a Lenin  
[Foto de Thinkstock]



hay que olvidar su nombre en el título y espíritu de una de las películas emblemáticas de la Ostalgia alemana: *Good Bye Lenin*.

Pero la verdad es que el líder bolchevique no tiene, sobre todo en Occidente, la presencia ubicua del Che Guevara. Ni dispone de la filmografía continua que ronda a su examigo Trotski. Y aunque habite, como Mao, en un mausoleo, no hay en Rusia un acuerdo tácito para mantener intocada su memoria, tal y como sucede en la China del nuevo modelo capitalcomunista. De hecho, el propio Stalin está mejor valorado en el presente ruso. Tampoco es que encontremos en Londres un festival con su nombre, como sí lo tiene Marx. Ni que su clásico libro *¿Qué hacer?* haya asaltado las listas como el ensayo más vendido en tiempos de los indignados, algo que le correspondió a *El manifiesto comunista*. Incluso su presencia probada en el origen del movimiento dadaísta no ha sido suficiente para asegurarle un sitio en el arte contemporáneo. Al menos, hasta que dos rusos afincados en Nueva York (Komar y Melamid) adaptaron, en plena era Reagan, su figura en términos neoclásicos (o posmodernos). Y así, en la estela de un Jacques-Louis David, nos entregaron a Lenin como un Marat ruso, en esa bañera pétrea que es el mausoleo de la plaza Roja en el que ha habitado durante décadas. Una confluencia perfecta entre el terror revolucionario, la vanguardia y el realismo socialista.

**Dos.** En ese mausoleo se aloja, probablemente, el legado iconográfico más importante que nos ha dejado Lenin: su cuerpo. Y la constatación de que, más que el alma de la revolución, fue su encarnación. Más que su fantasía, su realidad. Y más que su ilusión, su poder. “Salvo el poder, todo es ilusión”, solía afirmar él mismo, y su pregunta sobre cómo conseguirlo en medio de la crisis (cómo vehicular el descontento) hoy vuelve a atizarnos desde los tiempos remotos de la revolución bolchevique. Si Lenin se preguntaba, en 1902, “¿qué hacer con Rusia?”, hoy es Rusia la que se pregunta “¿qué hacer con Lenin?”. En concreto, ¿qué hacer con su cuerpo? ¿Enterrarlo o mantenerlo como reclamo de peregrinación en la plaza Roja?

¿Acomodarlo en el cementerio como el más conocido de los soldados o dejarlo como un icono pendiente para próximas batallas?

Si la relación de las revoluciones con sus líderes (o dictadores, héroes, Mesías) ha sido complicada mientras estos estaban vivos, la administración de sus restos ha sido todavía más problemática una vez que han muerto. Quizá porque todos, como Marat, han sido portadores de esa representación que acaba por desbordarlos violentamente. Tal vez porque, como ha imaginado Peter Weiss, no hay Amigo del Pueblo que no esté sacudido por la somatización de esa “muchedumbre tumultuosa” que lleva dentro. Para calmar los ardores de ese tumulto, el comunismo encontró un paliativo en la tradición necrófila del mausoleo y así consiguió venerar en la quietud (incluso de cuerpo presente) a sus primeros jefes. No fueron todos, por supuesto. A Ceausescu los rumanos no le dieron tiempo, y Fidel Castro, alérgico a la muerte misma, despejó en su testamento cualquier posibilidad de veneración física. Aun así, la petrificación de esos líderes en países de tradiciones y creencias disímiles testimonia una tendencia política “mortuoria” por encima de culturas específicas. También acreditan la fantasía de que estos prohombres apuntalarían, desde sus atalayas de mármol, la buena marcha del futuro. Una vez desplomado ese futuro, ¿qué ocurrió con los mausoleos? El de Dimitrov fue fulminado en Bulgaria en 1990, apenas derribado el muro de Berlín, mientras que el de Ho Chi Minh se mantiene todavía junto al lema que lo preside: “Socialismo para siempre”. No hace falta decir que el de Mao convive sin problemas en la plaza de Tiananmen con el modelo de capitalismo de Partido Único implantado en China.

**Tres.** El de Lenin, por su parte, persiste en la plaza Roja, aunque no tranquilo precisamente. En *Los embalsamadores de Lenin*, unas memorias escritas al alimón por Ilya Zbarsky y Samuel Hutchinson, se habla de la historia del mausoleo y, asimismo, del secreto de la fórmula para la conservación del cuerpo. También del escarnio de este legado insepulto en la Rusia poscomunista.



El servicio postal soviético dedicó durante muchos años gran parte de sus colecciones a la figura del mítico revolucionario ruso  
[Foto de Thinkstock]

Sobre todo desde que los fondos públicos fueron insuficientes para mantener la momia. El caso es que el cuerpo de Lenin también hubo de adaptarse a los nuevos tiempos de la iniciativa privada. Y si su momia, semiabandonada por el presupuesto estatal, ha sobrevivido hasta hoy ha sido por las aportaciones al laboratorio de oligarcas y mafiosos que han abrazado este ritual simbólico del comunismo para asegurarse la inmortalidad que el nuevo capitalismo parecía negarles. Esto por no hablar del más vulgar arreglo de los cuerpos acribillados en sus guerras de hoy, tan lejanas de las del soldado desconocido como de las de este revolucionario hiperconocido.

“Los hechos son tozudos”, decía Lenin. Sus desechos, también. Con esa testarudez (factual y corporal, simbólica y mortuoria) se mantiene su legado iconográfico en el presente y, acaso, la incógnita de su valor futuro. ●

**Iván de la Nuez** es ensayista y comisario de exposiciones

# PLA 'VERSUS' NIN: EL DILEMA RUSO

Andreu Nin, el revolucionario temperamental, dogmático implacable, seguidor de Trotski en tiempos de Stalin, y Pla, el escéptico individualista, pese a su amistad llegaron a una gran discrepancia sobre la revolución rusa. En 'El quadern gris', en 1918, Pla escribe: "Los rusos están ahora implantando la justicia en su país. Sufrirán muchísimo. Lo pasarán muy mal. Se verán obligados a crear un Estado meramente policial, frío, siniestro. Pasarán mucha hambre y mucha sed, deberán ampliar todas sus cárceles, deberán anular todo lo que hace la vida agradable. Y, aun así, no implantarán ninguna forma de justicia"

◆  
por Xavier Pla

— Durante los años veinte del siglo pasado, el viaje a Rusia formó parte del currículo obligado de todo escritor desdoblado en corresponsal o reportero. En paralelo al gran auge del viaje a Rusia en la cultura francesa, para algunos periodistas hispánicos ir a Moscú se convirtió en un verdadero reto que ponía a prueba su capacidad de análisis de la actualidad política y los obligaba a una necesaria renovación del discurso periodístico, aquel que eclosionó durante los años de la Segunda República con nombres inolvidables hoy como Manuel Chaves Nogales.

Desde 1923, Josep Pla y Eugeni Xammar eran los corresponsales en Berlín de los dos grandes diarios catalanistas del momento, el primero para *La Publicitat* y el segundo para *La Veu de Catalunya*. Con el apoyo económico de Francesc Cambó y las gestiones pseudodiplomáticas de Joan Estelrich, viajaron juntos en tren a Rusia los meses de julio y agosto de 1925. Pero la figura clave de su estancia en Moscú fue el escritor y político trotskista Andreu Nin, que entonces ya era miembro de la Internacional Sindical Roja (ISR). Nin, futuro traductor de Dostoevski al catalán, vivía en la capital soviética, era

concejal municipal en representación de los comunistas refugiados, y fue quien les proporcionó la información que necesitaban para sus crónicas periodísticas. En

pocas horas estalló el contraste entre la defensa acérrima de la Revolución que hacia el cicerone catalán y la visión crítica del liberal aburguesado

Xammar, que se fue a los pocos días, visiblemente molesto, "convencido de que aquella utopía humana imperante en Rusia era una tontería de dimensiones inenarrables, contraria a la libertad humana y totalmente adversa al pueblo ruso". En cambio, se reveló de manera evidente la postura abierta y comprensiva ante la nueva realidad comunista, en un principio, de un joven y curioso Pla que, dando prioridad a la observación y la información para sus lectores —le interesaba sobre todo la instauración de la Nueva Política Económica—, dejó en un segundo plano el trabajo de extraer conclusiones.

Como si suspendiera momentáneamente su juicio. Pla permaneció allí unas semanas más y, solo unos meses después, aunque en el mismo año 1925, publicó el libro *Rússia. Noticias de la URSS. Una encuesta periodística*.

Nin, el revolucionario tempera-



Imagen de Andreu Nin,  
fundador del Partido Obrero de  
Unificación Marxista  
[Foto de Album]



mental, dogmático implacable, seguidor de Trotski en tiempos de Stalin, y Pla, el escéptico individualista formado en la tolerancia de Montaigne y posterior seguidor de las tesis de J. M. Keynes, entablaron una conversación amistosa que duró años. Se habían conocido en las redacciones de los diarios poco después de la Primera Guerra Mundial. Tenían amigos comunes en la peña del Ateneu Barcelonès. Y al respecto intelectual se unía un afecto personal que creció, en Pla, tras la trágica muerte de Nin en 1937. Lo cual no significa que no discreparan duramente y que, cuando llegó la hora de las conclusiones aplazadas de 1925, Pla fuera muy duro con su persona y severísimo con su ideología.

En 1959 Pla publicó *l'homenot* sobre Nin, reescrito en 1970 en el volumen 16 de su *Obra completa*, tras otro viaje a Moscú para la revista *Destino* un año antes. Allí amplía su retrato biográfico. Las anécdotas del primer viaje son más elaboradas: el robo de la pluma que sufrió Xammar en plena plaza Roja ante la indiferencia general, los paseos de noche por las barriadas de Moscú escuchando los monólogos de Nin en medio de patrullas de soldados o, por supuesto, la famosa escena de un arroz “a la catalana” en la dacha del cicerone. El Pla maduro recrea la atmósfera y las palabras de una larga conversación con Nin y, como hace a menudo, reinterpreta las vivencias como si fueran las de juventud. Nin aparece descrito como un nietzscheano dogmático, un resentido social, un dialéctico de una frialdad policial, “el ofendido que había triunfado pero que llevaba dentro toda la gangrena de la humillación”. En un momento determinado, después de la comida, entre cigarrillos y vodka, a través de una estrategia casi novelesca, Pla dice que se saca del bolsillo del impermeable un libro de Alexander Herzen en versión inglesa: *From the Other Shore*. Esta traducción fue prologada por Isaiah Berlin y se publicó por primera vez en 1956, por

tanto, no es verosímil que Pla la llevara a Moscú treinta años antes. El periodista político del siglo diecinueve, que fue testigo en París de la Revolución de 1848, es presentado como un liberal y reformista por un Pla que enseguida se identifica con él. La presencia del ejemplar del libro pone nervioso a Nin, que califica al autor de “revolucionario anacrónico y despistado”.

Pla lo provoca leyéndole extractos de un largo fragmento del capítulo “Before the Storm”:

la finalidad de la vida es la vida misma, sacrificar el presente en un futuro imprevisible es una forma de ilusión que lleva a la destrucción de las cosas que tienen valor para el hombre y la sociedad, para garantizar la libertad del mañana los revolucionarios abolen la libertad del hoy, el hombre podría aprovechar el presente pero quiere también poseer el futuro.

Herzen critica a los socialistas “utópicos y utilitaristas” y a Mazzini, “que pedía holocaustos humanos para un mundo mejor”.

Pla termina recitando de pie una defensa de la libertad individual. Nin se irrita

muchísimo: el libro, le responde, lo deberían haber incautado en la frontera, sería mejor destruirlo y, tras un violento tira y afloja, Nin abre la tapa de la estufa de la habitación, mete dentro el libro y la cierra.

En *El quadern gris*, compendio de todas sus reflexiones de madurez vital, Pla dijo a sus compañeros de tertulia en

café de Palafrugell, en un 16 de marzo de 1918, palabras premonitorias: “Los rusos están ahora implantando la justicia en su país. Sufrirán muchísimo. Lo pasarán muy mal. Se verán obligados a crear un Estado meramente policial, frío, siniestro. Pasarán mucha hambre y mucha sed, deberán ampliar todas sus cárceles, deberán anular todo lo que hace la vida agradable. Y, aun así, no implantarán ninguna forma de justicia”. ●

Xavier Pla es profesor de literatura catalana contemporánea en la Universidad de Girona y director de la Cátedra Josep Pla



Imagen de Josep Pla, autor del libro ‘Rússia. Noticias de la URSS. Una encuesta periodística’  
[Foto de Album]

# POLÍGONO DE LA ZONA FRANCA DE BARCELONA. LA MEJOR UBICACIÓN PARA ESTAR CONECTADO A TODAS PARTES



ESTACIÓN DE MERCANCIAS A 0,2 KM



LINEA 9 DE METRO



PUERTO DE BARCELONA A 0,1 KM



AEROPUERTO DE EL PRAT A 7 KM



Condiciones de alquiler flexibles:

- Parcelas en arrendamiento entre 4.500 y 62.000 m<sup>2</sup>.
- Precios desde 7.700 €/mes.

+Info: [comercial@el-consorci.com](mailto:comercial@el-consorci.com) | [www.elconsorci.net](http://www.elconsorci.net) |  +34 932 638 111





---

# Temas de mañana

---

—Los dilemas de la segunda década del siglo XXI van a generar un cuerpo de reflexión al que **F** pretende contribuir desde el primer día. ¿Más o menos globalización? ¿Qué margen tiene la previsibilidad? ¿Dónde lindan el transhumanismo y la conciencia? Vivimos en un laberinto de cuestiones que no solo tardaremos en desentrañar sino que van mucho más allá de las inquietudes del presente y se plantean las grandes cuestiones de la geopolítica en el año Trump, el peso de Rusia en Oriente Próximo o, como ha ocurrido recientemente, el caso de los llamados “vientres de alquiler”, pasando por los enigmas que la neurociencia investiga y resuelve. Nanotecnología, el poder de la robótica, la telefonía móvil, el futuro de la gobernanza: en realidad ya no son temas de mañana sino el puente entre dos épocas.

**44**

¿Más o menos  
globalización?

*por Joan Tugores Ques*

**48**

El futuro según  
Nassim Taleb

*por Lluís Torras*

**52**

Si el transhumanismo  
es la respuesta, ¿cuál  
es la pregunta?

*por Ricard Ruiz de Querol*

# ¿MÁS O MENOS GLOBALIZACIÓN?

A la hora de valorar el grado de apertura financiera, se puede defender que necesitamos volver a los ritmos de movilidad internacional de capitales de antes de la crisis y que, como ahora sabemos, tenían ingredientes de fragilidad: ¿o es mejor alcanzar unos parámetros de inversiones internacionales más sólidas y sostenibles?

por Joan Tugores Ques

— En los últimos tiempos, y hay que sospechar que también en los próximos, los debates sobre un eventual retroceso de la globalización (“desglobalización” lo llaman algunos) y si esta dinámica es deseable o catastrófica, llegarán a tener un protagonismo más que notable. Puede parecer que, después de varias décadas en que la globalización parecía tan inexorable como irreversible, repentinamente los debates siguen la dirección contraria, con un protagonismo inicial de las actuaciones de la Administración Trump en los Estados Unidos, las eventuales respuestas de otros grandes actores, con China a la cabeza, y que pueda suceder en una Europa en la que al *Brexit* se sumarán en 2017 procesos electorales en Holanda, Francia y Alemania. Pero no se trata ni de una cuestión nueva, ni tampoco, como todas las que tienen un cierto grado de complejidad (que en estos debates es enorme), puede encontrarse una respuesta sencilla ni simplista.

Dani Rodrik, profesor en la JFK School of Government de la Universidad de Harvard, ha explicado cómo tuvo problemas en 1997, hace ya veinte años, para encontrar editor para un libro con el explícito título *¿Ha llegado la globalización demasiado lejos?*. Presentaba los argumentos para unas tensiones entre “mercado global y estabilidad social” que si no se hacían bien las cosas podían crecer. Finalmente, fue el liberal Instituto de Economía Internacional, convertido hoy en el Instituto Peterson de Economía Internacional, el que editó el texto (en un ejemplo de pluralidad y lucidez) que tuvo un amplio eco incluso en algunos documentos de la Administración Clinton, pero un menor impacto en la *realpolitik*.

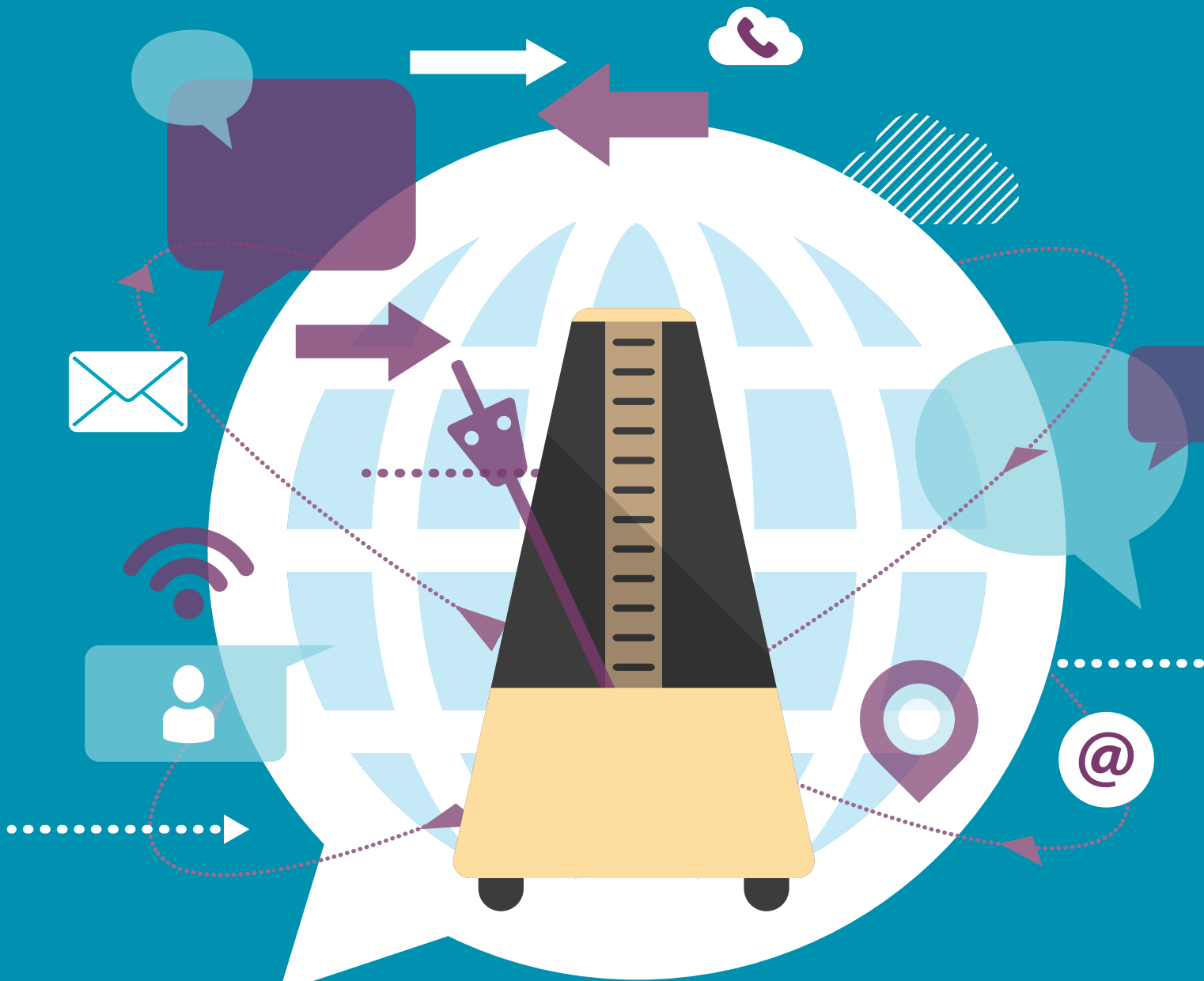
**QUÉ CAPITALISMO GLOBAL.** Hace poco más de diez años, en 2006, Jeffrey Frieden, también profesor de Harvard, publicó el libro *Capitalismo global*, en el que analizaba si podía repetirse la historia que llevó al auge de la internacionalización a finales del siglo XIX y principios del XX y la posterior y estrepitosa caída iniciada con la Primera Guerra Mundial, con dificultades para retomar pautas similares de apertura hasta las dos décadas finales del siglo XX. Explica cómo aquella primera oleada de globalización pudo funcionar mientras los afectados por los mecanismos de ajuste económico y social no contaron con suficiente poder político para hacer frente a reglas como las del patrón oro, en un contexto en que eran escasas las responsabilidades asumidas por los poderes públicos en áreas como la estabilización económica o la protección social. Y plantea ya en aquellos momentos de dominante optimismo previo a la crisis de 2008 si algunos factores podían conducir a una nueva caída del capitalismo global, entre los que las tensiones crecientes en términos de desigualdades (que incluso el FMI y la OCDE estaban empezando a reconocer como un problema serio) y el empobrecimiento de los márgenes de maniobra de las políticas públicas, junto a otra cuestión de principios del siglo XX: la aparición de nuevas potencias que desafiaban las hegemonías establecidas.

Ambas argumentaciones coinciden en un punto vital: las evaluaciones de las dinámicas globales no deben hacerse en términos de contraposición entre blanco y negro, sino en términos de grado y de matizados y delicados equilibrios alcanzados o no. Rodrik hace referencia explícita a la “necesidad de rescatar” la globalización no solo de los populistas que quieren

revertirla de manera cruda, sino también de sus *cheerleaders*. Efectivamente, aquellos que la han impulsado acriticamente como una receta de manual sin valorar sus impactos sociopolíticos ni proponer medidas complementarias operativas que la hicieran asumible por sectores más amplios de la sociedad. Esto quería decir distribuir de modo más equitativo las importantes ganancias de eficiencia y productividad asociados a la globalización, los llamados “dividendos de la globalización”. Cuando se ha querido introducir la noción de inclusividad (crecimiento inclusivo, comercio inclusivo, globalización inclusiva, incluso la declaración final del G20 en la cumbre de Hangzhou, en China, de septiembre de 2016) puede que haya parecido demasiado oportunista y poco sincero. No es la primera vez que buenas ideas que no llegan a tiempo pierden efectividad.

**DIVIDENDOS DE LA GLOBALIZACIÓN.** Afirmar que lo que necesitamos no es ni más ni menos globalización sino una globalización mejor gobernada, con más calidad institucional y dimensiones sociales puede parecer que es una forma de eludir con tibieza responder a la cuestión: ¿más o menos globalización? Pero evitar el maniqueísmo es tan impopular como necesario. Que un indicador de apertura retroceda no es necesariamente positivo ni negativo. Por poner solo un ejemplo, a la hora de valorar el grado de apertura financiera, se puede defender que necesitamos volver a los ritmos de movilidad internacional de capitales que teníamos justo antes de la crisis y que ahora sabemos que contenían ingredientes de fragilidad, que han servido para propagar a escala global los activos tóxicos





quieren escuchar las interpretaciones que coinciden con las preconcepciones de cada uno) pueden ocultar.

Y, naturalmente, las interacciones entre globalización y tecnología dan lugar a un amplísimo repertorio de consideraciones. Los avances en campos como la robótica, las impresiones en 3D, la biotecnología, etc. que están conduciendo a la llamada “Cuarta Revolución Industrial” ofrecen expectativas de mejora de eficiencia colosales pero también recelos de algunos sectores sociales, que se suman a los que generan otros aspectos de la globalización. Quizá sea oportuno recordar que el libro en el que David Ricardo expuso la teoría de las

ventajas comparativas, el argumento más poderoso en favor del comercio internacional, ahora hace 200 años, en el capítulo 7 de los *Principios de economía política y tributación* (publicado en 1817) también incluyó (a partir de la tercera edición de 1821) un capítulo, “La cuestión de la maquinaria”, en el que analizó con mayor rigor que otros analistas de su momento (y muchos de los actuales, se podría añadir) los efectos de grandes innovaciones técnicas en los mercados de trabajo y en el conjunto de la sociedad. Es necesario, pues, que el debate sobre el futuro a corto y medio plazo de la globalización sea especialmente matizado ya que tiene muchos matices.

## Durante el ascenso de la globalización en las últimas décadas se impuso la sensación (y para mucha gente, la realidad) que la política era una “provincia” de la economía

Incluso el FMI ha avalado (por ejemplo, en la edición de diciembre de 2016 de su publicación *Finanzas y Desarrollo*) contribuciones que hacen referencia a la necesidad de replantear la globalización en términos más cualitativos que cuantitativos, de mayor solidez y, si se quiere, de inclusividad. Probablemente hay que reconducir algunos aspectos de lo que Dani Rodrik ha llamado “hiperglobalización”, pero sin generar nuevas ineficiencias y distorsiones que pueden tener efectos tanto o más graves que los problemas que se pretenden corregir. El verdadero problema es conseguir que este replanteamiento no repita otro de los errores habituales en las dinámicas de las sociedades humanas: que el péndulo vaya de un extremo a otro y algunas medidas para enderezar situaciones acaben generando unas dinámicas de proteccionismo, eventuales guerras comerciales y otras fricciones que sabemos cómo empiezan pero no cómo acaban. Para resolver los problemas (graves) de la forma en que ha funcionado la globalización lo menos indicado es una interacción peligrosa entre unas malas decisiones económicas y unos planteamientos políticos igualmente erróneos que se retroalimenten.

**EVITAR LOS EFECTOS PENDULARES.** Lamentablemente, tenemos algo más que indicios de que esta puede ser la vía iniciada. O, mejor dicho, tenemos indicios y temores de que esta peligrosa retroalimentación volverá a ser el camino elegido. Hay que evitar los extremos de los péndulos: Frieden ha explicado de qué modo los intentos de restablecer un buen funcionamiento de la política y la economía después de la Primera Guerra Mundial cometieron dos errores de signo contrario: en algunos casos quisieron restablecer sin más el sistema global previo, como el retorno al patrón oro en algunos países, que aumentó la conflictividad social; en otros casos, se intentaron suprimir las ganancias asociadas a la economía abierta, como sucedió en

los experimentos de socialismo cerrado. Solo cuando las circunstancias políticas lo permitieron, tras la Segunda Guerra Mundial y después de tres décadas en sesión continua de crisis, restablecer unos equilibrios razonables entre dimensión interna e internacional, entre mercados y políticas públicas, entre preocupaciones por la eficiencia y la cohesión social, pudo retomarse la senda del crecimiento.

Las interacciones entre economía y política merecen especial atención. Parafraseando a Anatole Kaletsky, se podría decir que durante el ascenso de la globalización en las últimas décadas se impuso la sensación (y para mucha gente, la realidad) que la política era una “provincia” de la economía: las reglas económicas (con un creciente peso de parámetros internacionales o, en el caso del Viejo Continente, europeo) se imponían a los márgenes de actuación discrecional de los poderes políticos democráticos, lo que provocaba fricciones y generaba recelos que finalmente estallaron. Pero también se podría afirmar que las reacciones más recientes se dirigen al extremo contrario y convierten las decisiones económicas en una “provincia” de planteamientos políticos que, aprovechando el descontento de unos y la desorientación de otros, plantean con éxito electoral propuestas que se presentan como una panacea de todos los agravios acumulados. Estas propuestas suelen tener en común que capitalizan el desencanto para justificar respuestas fuertes, a menudo autoritarias, y que utilizan los mecanismos democráticos para poner en sintonía países occidentales con otros sistemas que, de este modo, estarían ganando una batalla decisiva.

**ESTABILIDAD Y AJUSTES.** Probablemente no es casualidad que en la última edición (enero de 2017) del documento *Global Risks Report* que publica desde hace 11 años el World Economic Forum, ninguno de los cinco primeros sea estrictamente económico, sino geopolíticos, tecnológicos y

medioambientales. Pero las interacciones entre *performance* económica y el ascenso de la política son notables: se ha discutido en qué medida la competencia de China se ha traducido en pérdidas de puestos de trabajo en algunas circunscripciones de los Estados Unidos que dieron la vuelta al voto en 2016; se ha debatido en qué medida las injerencias informáticas de Rusia han incidido en los propios resultados. Pero la cuestión más trascendental es si al final China y Rusia estarían conduciendo a los Estados Unidos y, eventualmente, a algunos países europeos, a aceptar gobiernos y gobernantes fuertes, más cerca del capitalismo autoritario que del tradicional y fértil durante mucho tiempo capitalismo liberal. Cuando en 2011 Dani Rodrik argumentaba que en caso de conflicto entre democracia y globalización se impondría la primera probablemente no esperaba los cambios en los formatos y resultados de los procesos democráticos que se están produciendo. Por tanto, y en resumen, ni más ni menos sino mejor: necesitamos ajustes que estabilicen la globalización a un alto nivel, que corrijan excesos ineficientes y distorsiones sociales, pero sin volantes que pueden llevar a inestabilidades, trayectorias imprevisibles y, eventualmente, a sacudidas con elevados costes y damnificados. ¿Pero vamos en esta dirección? No lo parece. Corremos, otra vez, el serio riesgo de volver a incurrir en dinámicas en las que las respuestas políticas que capitalizan el descontento con algunos efectos de la globalización conduzcan a recetas tan malas tanto desde el ámbito económico como del político. ¿Por qué nos cuesta tanto a los humanos encontrar equilibrios razonables y vamos de un extremo al otro de los péndulos? Todos tenemos una parte de responsabilidad en intentar superar esta maldición que parece proceder de la historia. ●

Joan Tugores Ques es catedrático de Economía de la Universidad de Barcelona

# EL FUTURO SEGÚN NASSIM TALEB

Las sólidas intuiciones de Nassim Taleb configuran una interpretación de la realidad que está influyendo en nuevas visiones de futuro en las que las categorías de frágil y antifrágil representan el colapso o la solidez



por Lluís Torras

— Escribir sobre el futuro suele ser un ejercicio brioso con el que conviene ser cauto visto el rendimiento que suele dar la bola de cristal. Advertido lo obvio, lo cierto es que pertrechados con una buena teoría que no datos históricos (cuya interpretación suele ser siempre aviesa), lo que sí podemos hacer es advertir principios generales sobre aquello que *a priori* tiene más probabilidades de sobrevivir en el tiempo y lo que no. De esta forma, substrayendo lo que tiene muchos números de colapsar en el tiempo, cada vez más rápido y disruptivo, podemos adivinar pistas sobre el escenario que nos espera por delante. Se trata de aplicar la vía negativa, es decir, no centrarse tanto en lo nuevo, sino poner el foco en substraer aquello que tiene más probabilidades de colapsar. Ese es el método del filósofo de origen libanés **Nassim Taleb**.

Hace falta asentar bien la distinción entre frágil y lo que **Taleb** refiere como “antifrágil”. Lo frágil es aquello sensible a cualquier cambio. Por su parte, lo robusto es lo que permanece indiferente a la volatilidad. Por eso, argumenta **Taleb**, lo contrario de frágil, algo afectado negativamente por la volatilidad, no puede ser algo robusto, neutral a lo volátil, sino que necesitamos un tercer concepto que recoja la propiedad de beneficiarse de la volatilidad, el desorden o, simplemente, el paso del tiempo. Cuando esto sucede, hablamos de lo “antifrágil”. El viento apaga una vela y aviva el fuego.

Lo frágil, de forma inevitable, con el paso del tiempo, acaba colapsando; lo antifrágil, con el tiempo se refuerza. Lo primero lo asociamos a lo centralizado, planificado, diseñado de arriba abajo,

la regulación positiva o lo grande; lo segundo, con lo descentralizado, espontáneo, armado de abajo hacia arriba, el derecho consuetudinario o lo pequeño. La idea de antifrágil, al final, se halla detrás de todo lo que ha tenido la capacidad de cambiar con el tiempo.

## El futuro pertenece a lo antifrágil

Las civilizaciones humanas avanzan impulsadas por la acumulación de capital, lo que da lugar a sociedades cada vez más interconectadas y complejas, con un número creciente de interdependencias. La revolución digital ha acelerado este proceso de cambio, lo que ha facilitado la internacionalización de la división del trabajo y ha dado lugar a nuevos mercados globales capaces de producir más y mejores productos a precios cada vez más competitivos. La cara oculta de estas mejoras es la de un entorno más interconectado y, por lo tanto, más complejo, disruptivo e incierto donde la quiebra de un banco en Nueva York tiene efectos en el sector minero de Mongolia. Nos espera un futuro crecientemente volátil lo que pone, aún con más intensidad que en décadas pasadas, lo frágil contra las cuerdas. Con cada cambio, lo frágil perece y lo antifrágil se refuerza.

El auge y la caída de imperios, por ejemplo, es un caso típico y recurrente del colapso derivado de querer dirigir sistemas complejos: cualquier economía lo es, de forma centralizada. Paradigmático es el caso de la Unión Soviética. Otros imperios, como el romano, duraron siglos en la medida en que las diferentes provincias mantuvieron un grado muy elevado de autonomía. Las instituciones articuladas de forma es-

pontánea, desde abajo hacia arriba, sin la necesidad de un diseño predeterminado (pensemos en el derecho romano) son más antifrágiles ya que incorporan una gran cantidad de información acumulada en el tiempo y no únicamente la sapiencia que pueda reunir un Parlamento en un momento puntual que, reconózcanoslo, a veces no es mucha.

**Hayek** distinguió entre “orden espontáneo” y “orden planificado” en su crítica al socialismo *La fatal arrogancia*, una distinción puesta de nuevo en valor por Taleb.

El colapso de un orden planificado hunde sus raíces en su mal maridaje (imposibilidad científica, según Ludwig von Mises) de este tipo de organizaciones e instituciones con el conocimiento necesario precisamente para diseñarlas y dirigir las que, por lo general, es un saber de naturaleza dispersa, subjetiva, de carácter tácito y difícilmente articulable. Este hecho fundamental hace que cualquier intento por planificar el orden social se haga a ciegas y sea el inicio de una serie interminable de consecuencias no previstas.

## Dibujar el futuro por la vía negativa

Apliquemos este principio a escenarios de futuro. Sin salir del ámbito de la política, la Constitución norteamericana el año pasado cumplió 230 años, alimentada a su vez por ideas del Viejo Continente desarrolladas y asentadas dos siglos antes. Se trata de una manera de organizar la *polis* que ha demostrado su capacidad para aprender de crisis y errores, lo que hace que sea probable que dentro de un siglo siga siendo el pilar principal del sistema político estadounidense. Por el contrario, parece ➤



Nassim Nicholas Taleb, autor y profesor de la Universidad de Nueva York, posa ante la cámara en una entrevista realizada en China [Foto de Jerome Favre/ Bloomberg via Getty Images]



casi impensable que en un siglo no hayan sucumbido los regímenes de Cuba, Corea del Norte o Venezuela y eso no debiera sorprender a nadie.

Si bien los sistemas constitucionales liberales tienen *a priori* más probabilidades de sobrevivir en un entorno de volatilidad creciente, lo contrario sucede con cualquier monopolio manufacturado políticamente, es decir, ámbitos de actuación protegidos de factores y agentes de estrés mediante intervenciones artificiales diseñadas desde arriba y que, por su propio diseño, tienen una alta probabilidad de colapsar en favor de soluciones más adaptativas y flexibles. En definitiva, cualquier sistema que favorezca una concentración excesiva, con poca competencia entre modelos, se acaba anquilosando y siendo altamente vulnerable a cambios repentinos en el entorno y fuente inagotable de crisis de carácter sistémico.

El intento de construir una unión política en Europa cuyo impulso no sea la base (desde abajo) constituye una ensoñación, que no es nueva, con pocas posibilidades de prosperar. De hecho, los intentos en el pasado de unificar el continente europeo han sido la excepción y no la norma como sucede, por ejemplo, en China, cuyo desarrollo histórico va ligado al ciclo unión-desunión de las diferentes dinastías y no al sistema de libre competencia de unidades políticas pequeñas como sucede en nuestro entorno. Por su parte, después de dos milenios funcionando con un sistema autocrático-confuciano (centralizado en lo político, no en lo económico), parece imposible que China pueda transformarse en un sistema democrático de corte occidental. Seremos más descentralizados o no seremos.

El Estado del Bienestar en su vertiente uniformadora (estatista, no confundir con nivel de gasto público) tiene también los días contados si no encuentra fórmulas más imaginativas para permitir una gestión más dinámica y descentralizada de los recursos sin que ello sea contrario a la efectiva garantía de la universalidad de las prestaciones básicas de educación, sanidad o pensiones para garantizar la igualdad de oportunidades. La libre elección es siempre

Imagen tomada en enero de este año en Pyongyang, donde se ve a la población de Corea del Norte aclamando al líder Kim Jong-un durante uno de sus discursos  
[Foto de STR/AFP/Getty Images]



más antifrágil que la imposición de un modelo único. Esto, en la práctica, implica un escenario futuro donde los ciudadanos tendremos necesariamente que recuperar parte de las responsabilidades delegadas en el pasado al Estado central: la responsabilidad individual es antifrágil y su delegación en entes burocráticos centralizados muy frágil. Seremos más responsables o no seremos.

La necesidad acabará forzando este tipo de soluciones aunque la transición puede ser de forma paulatina o brusca en el caso que de que estos sistemas lleguen a su punto de colapso. Incluso estructuras esencialmente jerárquicas como los ejércitos o los servicios de inteligencia tendrán que flexibilizar

sus estructuras si quieren competir con redes de enemigos con cada vez más capilaridad y menos estructura. La guerra cibernética, por ejemplo, ha obligado a los Estados a rediseñar los sistemas y las estrategias de inteligencia a favor de esquemas más descentralizados para evitar una excesiva vulnerabilidad ante posibles ataques.

**Estructuras más ligeras integrables**

El mundo corporativo ha sido el primero en dar muestras de las capacidades y potencialidades que se derivan de la capacidad de saber trabajar en red y de forma descentralizada. Las nuevas tecnologías de la información han abaratado enormemente los costes de tran-



sacción y han dado lugar a estructuras empresariales más ligeras, con balances más pequeños, menos jerárquicas, lo que les permite una mayor adaptabilidad al cambio. Internet constituye la metáfora más plástica de la naturaleza descentralizada del conocimiento de la que hablaba **Hayek**. El crecimiento exponencial de la capacidad para computar, almacenar y conectar datos a tiempo real y de manera descentralizada se sitúa en el éxito de las nuevas plataformas colaborativas (por ejemplo, AirBnB o Uber), que son una de las principales palancas disruptivas de cambio en el escenario actual.

El futuro pertenece a aquellas compañías que consiguen aligerar sus balan-

ces y gestionar estructuras más llanas y cercanas del cliente y que, en definitiva, su modelo de negocio se ajuste mejor a la naturaleza del conocimiento. Hoy en día, el valor de una compañía ya viene determinado más por su capacidad para acumular, gestionar y compartir sus sistemas y generar valor a partir del conocimiento que no por el volumen de sus activos: AirBnB (plataforma colaborativa que permite a usuarios arrendar casas, pisos y habitaciones de otros usuarios en todo el mundo) ya vale más que las cadenas hoteleras Hyatt y Hilton juntas.

Estas fuerzas centrifugas también han tenido un gran impacto en la propia idea de poder, que hoy ya no es lo que

era. El poder de los grandes focos de poder por influir (megaempresas, Estados, grandes medios de comunicación) se ha ido diluyendo en internet. Por su parte, las redes sociales han facilitado una democratización del poder que, bien utilizada, puede suponer más y mejores resortes de control en nuestras sociedades democráticas en el futuro.

### El paso del tiempo: la prueba del algodón

El paso del tiempo es una potente guía para intuir cambios a largo plazo al ser la prueba del algodón para identificar lo que *a priori* es antifrágil. El Génesis describe la embriaguez de vino al terminar Noé el Arca, mientras que en el Valle del Nilo en el 4000 a. C. ya se dominaba el arte de la cerveza. Por eso, pensaríamos en un futuro en el que se bebe más vino y cerveza, siendo poco probable que sigamos bebiendo la mayoría de los infinitos refrescos con base de azúcar que hoy se extienden por los lineales de grandes superficies. En el ámbito de la medicina y la gastronomía también coexisten dos maneras de hacer ciencia: una frágil y otra más antifrágil. Volvemos al futuro según lo interpretan los análisis tan lúcidos de Nassim Taleb. Del primer grupo surge la generación de estudios sucesivos en la que de forma recurrente se aconseja el consumo de alimentos antes desaconsejados o viceversa. Lo que se mantiene constante es la recomendación epicúrea de comer de forma frugal y equilibrada y que con toda seguridad seguirá formando parte en el futuro de lo que consideramos una dieta sana.

Con los soportes físicos para el transporte de información digital puede suceder algo similar que con los refrescos modernos, de forma que la tecnología de *pendrives*, DVD y demás tecnologías de soporte, como tabletas o Kindles, podrían retirarse para dejar paso a soluciones digitales mejor interconectadas unas con otras o incluso con nuestro propio cuerpo, algo hoy imposibles de imaginar. Por otro lado, tecnologías como el papel o el libro seguramente seguirán con nosotros pese a los bits y *bytes*. Es un consuelo. ●

.....  
**Lluís Torras** es consultor y asesor

# SI EL TRANSHUMANISMO ES LA RESPUESTA, ¿CUÁL ES LA PREGUNTA?

Frente a las propuestas tecnofuturistas existe un deber de reflexión de la máxima intensidad. Ocurre con las tesis transhumanistas que propugnan una mutación de la naturaleza humana. Pero la tecnología solo proporciona opciones, corresponde a la filosofía formular bien las preguntas pertinentes



por Ricard Ruiz de Querol

— Una de las características distintivas de nuestra época no es solo el desarrollo y la aplicación de la ciencia y de la tecnología, sin duda alguna extraordinario, sino el grado de preeminencia que se otorga a ese desarrollo en el presente y el futuro de la sociedad. El progreso no se concibe sin desarrollo tecnológico. Más aún cuando en estos años de poscrisis la tecnología se considera como la principal fuente de crecimiento económico, cuando no la única. Resulta pues hasta cierto punto esperable que emerjan propuestas tecnofuturistas que extrapolan muy hacia el futuro las consecuencias de un desarrollo tecnológico que en algunos ámbitos parece haber adquirido una dinámica exponencial.

En el dominio de las tecnologías de la información, por ejemplo, la evidencia de que el poder de cálculo accesible se multiplica al tiempo que se reduce su coste ha llevado a futurólogos como Ray Kurzweil (actualmente un directivo de Google) a postular que antes de dos décadas los ordenadores tendrán una inteligencia superior a la de los humanos. Una perspectiva que se refuerza ante la evidencia de que las técnicas de programación basadas en redes neuronales hacen posible crear autómatas con una capacidad pareja o superior a la de los mejores especialistas en tareas tan diversas como jugar al ajedrez, al go o al póker, clasificar imágenes o identificar células cancerosas en imágenes médicas.

Para algunos, ello augura en un tiempo relativamente breve la posibilidad de aplicar una “superinteligencia” superior a la de los humanos en prácticamente todas las disciplinas, incluyendo la creatividad científica, la sabiduría práctica y las habilidades sociales. Al combinar estos avances con los que tienen lugar en las tecnologías de materiales, de sensores y actuadores y de la robótica en general, hay futurólogos que proclaman la perspectiva de la creación de autómatas casi humanos, o incluso suprahumanos. Es un objetivo que para otros podrá (también) conseguirse añadiendo a la biología humana, en una simbiosis íntima, productos tecnológicos derivados de la microelectrónica, la ingeniería genética, la nanotecnología, la inteligencia artificial u otras tecnologías aún por descubrir. Los autodenominados transhumanistas, cuya figura más conocida es Neil Bostrom, consideran como una urgencia moral superar de este modo las limitaciones del organismo humano para así adquirir una capacidad intelectual y sensorial suprahumana, modificar artificialmente temperamentos, hábitos y emociones en aras de acceder a una vida mejor, así como eliminar (posiblemente) todas las enfermedades para alargar la vida.

Por atractiva que esta propuesta transhumanista pueda resultar para algunos, parece prematuro especular acerca de sus consecuencias sin antes

valorar su verosimilitud y la de sus fundamentos. De entrada, la propuesta transhumanista es una manifestación más de un fundamentalismo tecnológico cada vez más extendido. Se trata de una ideología reduccionista, que considera incuestionable que todo lo existente, incluso la naturaleza humana, es material y por tanto científicamente investigable. Niega la realidad de cualquier entidad o cualidad cuya existencia se postule fuera del alcance de la ciencia.

Una manifestación de esta postura intelectual es la hipótesis de que el ser humano es en esencia una máquina cuyo comportamiento y propiedades están determinados por la extraordinaria capacidad de computación del cerebro y el proceso biológico de la información plasmada en el código genético. La realidad parece ser más compleja. Los avances en investigación genética ponen de manifiesto que el ser humano es algo más que la suma de sus genes. La naturaleza de la conciencia y la posibilidad de que sea producto de un cálculo computacional es una cuestión abierta. Son solo dos ejemplos aún pendientes de investigación y debate.

La ideología transhumanista se caracteriza también por un determinismo tecnológico que adopta dos variantes. Por una parte, se postula que la evolución de la tecnología resulta de un impulso universal, análogo al de la evo-



lución de la naturaleza. Por otra parte, según la segunda variante, la humanidad tiene un deber moral respecto a la tecnología: toda tecnología que pueda ser desarrollada debe serlo. Es difícil separar este determinismo tecnológico de la ideología utilitaria y economicista de las sociedades modernas. El rol de la tecnología como herramienta de desarrollo económico es evidente. Pero también la magnitud de sus efectos colaterales, en el medio ambiente y en la desigualdad económica, por citar solo los dos más patentes. En otro orden de cosas, la realidad y las consecuencias de la posverdad contrasta radicalmente con la perspectiva idílica de la sociedad de la información y el conocimiento a la que habrían de conducirnos las tecnologías de la información.

Conviene, además, tomar en cuenta que tecnología y sociedad no son dos realidades que evolucionen de modo independiente. Peter Drucker sostenía que la sociedad del futuro, como las anteriores, estará condicionada por nuevas teorías, ideologías, problemas e instituciones. Si se acepta este punto de vista, se habría de conceder a la reflexión filosófica, sociológica y política una relevancia por lo menos similar a la de la investigación tecnológica. Es cada vez más cierto que los avances tecnológicos, y con mayor intensidad las propuestas transhumanistas, obligan a reflexionar en profundidad sobre la naturaleza humana. Eso conduce a los dominios de una filosofía cuyo objetivo no ha de ser solo entender la realidad, sino orientar cómo modificarla. La tecnología solo proporciona opciones; corresponde a la filosofía formular bien las preguntas pertinentes. Y a la política, en su mejor acepción, escoger las mejores respuestas. ●

---

**Ricard Ruiz de Querol** es doctor en Física por MIT y en Sociedad de la Información por la UOC. Trabaja como socio para Coperfield for Social Good

F

# Carta desde Pekín

—El crecimiento económico de China y la pervivencia de un partido comunista que se está convirtiendo en una suerte de *nomenklatura* tecnocrática han convertido a Pekín en un experimento urbano sin precedentes porque, a diferencia de otras grandes ciudades de la nueva China, el sustrato de tradiciones que ha superado los años aciagos del maoísmo sigue latiendo a la vuelta de la esquina. Lo escribe para **F** una periodista conocedora de la realidad china en todas sus vertientes, Macarena Vidal Liy. Su “Carta desde Pekín” describe esa potente amalgama de lo viejo y lo nuevo, de las tradiciones de arraigo milenario y de las mutaciones sociales a las que la política de Deng Xiaoping abrió las puertas con el efecto, entre otras cosas, de millones de chinos superando el umbral de la pobreza. Nuevo y viejo Pekín, vertiginoso y remansado.



# CUANDO SOPLA EL VIENTO DEL NORTE

Pekín es antigua, antiquísima. Tres mil años nos contemplan. Ha visto nacer y morir dinastías enteras. Ha sido imperio, república, reino de taifas, dictadura nacionalista y autoritarismo comunista, antes del actual capitalismo híbrido. La han habitado príncipes, eunucos, monjes, iluminados, comerciantes, guerreros, invasores y espías. El emperador Yongle (1360-1424) le dio sus murallas. Pekín siempre cambiante



por Macarena Vidal Liy

— Pekín, Beijing, Peiping, Cambuluc, Yanjing, ciudad de Jin. Son algunos de los nombres que ha recibido a lo largo de la historia para esta megalópolis contradictoria, abigarrada, fascinante, desmesurada y cambiante, siempre cambiante. Con vocación imperial, ha sido baluarte defensivo, corte refinada, centro de conspiraciones, modelo de ingeniería socialista y ahora aspira a ser faro del mundo y ejemplo de modernidad. Es cosmopolita y tradicional, burocrática y relajada, lujosa y paupérrima. Todo cuanto se diga de ella es cierto, y falso, y todo lo contrario. Es, sí, una ciudad dura, contaminada, inhóspita e inabarcable: contiene 22 millones de personas, 40 millones de móviles activos, 5 millones de coches, 876 líneas de autobús y 19 de metro. Su norte y su oeste se cierran con montañas, la frontera que otrora debía impedir el paso a los bárbaros y que ahora bloquean la salida a las partículas contaminantes. A su este y sur, la llanura está sembrada de fábrica tras fábrica de acero y carbón, las principales responsables de su aire ponzoñoso. El gris apagado y el ocre son sus colores dominantes en barrios interminables de edificios rectangulares idénticos. No es, desde luego, una capital bella: la escritora Lionel Shriver llegó a describirla como “la ciudad más fea que he visto”.

Pero, ¡qué cambio cuando sopla el viento del norte y limpia el aire! Pekín entonces se lanza a las calles y explota en color y en sonrisas. En los días azules, ondean las banderas rojas (el color de la patria y también de la felicidad y la buena suerte), relucen los rosas y amarillos de sus bloques de viviendas, vibran los naranjas, los verdes, los colorados de las frutas en sus mercados al aire libre. Es también una ciudad romántica, cuando quiere y donde quiere. Visitar un parque en primavera (el de Chaoyang, por ejemplo, en el oeste) es asistir

al espectáculo de decenas de parejas de novios en trajes de boda. Esparcidas a pocos metros unas de otras, cada una sin hacer caso de las demás, se miran con arrobo mientras sus respectivos equipos de fotógrafos y ayudantes immortalizan sus poses en el que les deseamos que sea el día más feliz de su vida.

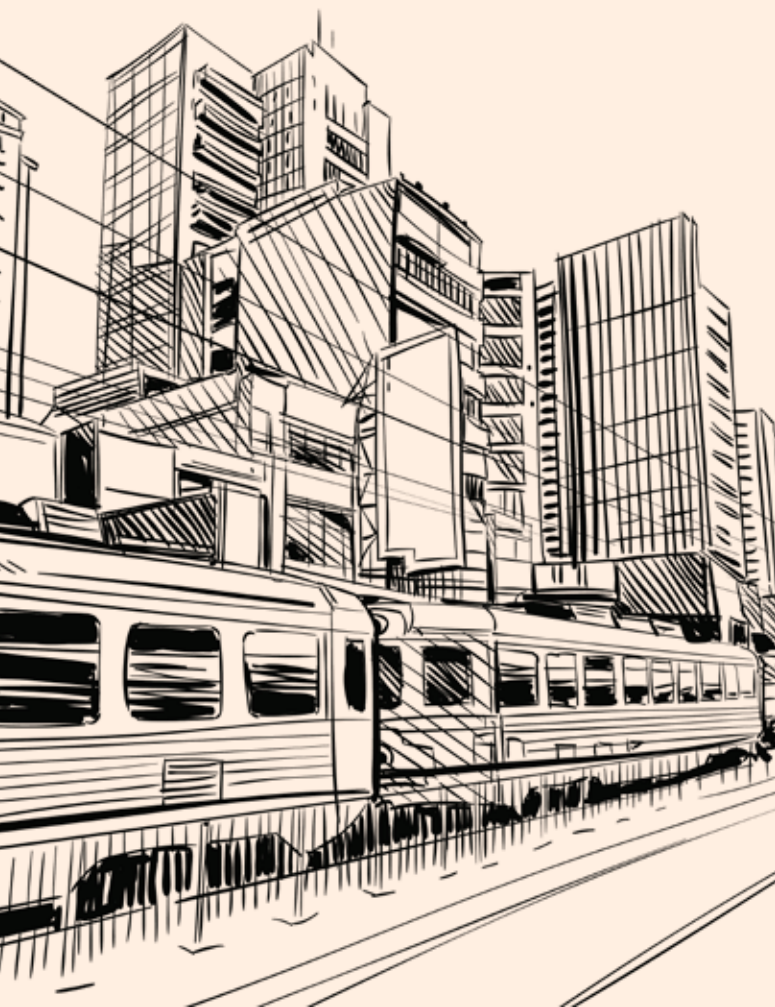
Pekín es acogedora, en sus barrios de *hutong*, las callejuelas de casas tradicionales, los *siheyuan* (los patios de cuatro lados), en las que los vecinos se conocen desde siempre. En los días de calor, salen a la calle para jugar una partida de cartas o de *mah jong*, el juego de mesa nacional. Los espontáneos se suman, miran, fuman, dan su opinión, se rien, regañan a los jugadores. Alguien habrá sacado la ropa a secar entre dos postes; a veces, lo que cuelgan es pescado encurtido, o embutidos a airear. Probablemente haya una mocha (sí, ha leído bien, una fregona) cerca. Siempre las hay, en los sitios más insospechados en la calle.

Pekín es tierna. En sus muchos jardines, los árboles centenarios reciben el soporte de muletas para que sus ramas más pesadas no se venzan y sigan apuntando al cielo un tiempo más. En el parque del Gimnasio de los Trabajadores, como cada día por la tarde, llega un jubilado en bicicleta. A hombros, posadas sobre una pértiga, ha sacado a pasear a sus palomas. Les deja que den unas vueltas por el cielo, que hagan ejercicio, hasta que las llama con un silbido. Ellas descienden, disciplinadamente vuelven a posarse en la pértiga y, tan silenciosamente como llegaron, emprenden el regreso a casa. En otros espacios públicos, especialmente al amanecer ➤









---

## Pekín es una ciudad dura, inhóspita e inabarcable, con 22 millones de personas y 5 millones de coches

---

que hace apenas unas décadas aún se dedicaban al cultivo. Se ha hecho adicta al comercio electrónico, a pagar con el teléfono, a que una legión de repartidores (los *kuaidi*) sean ubicuos, como las mochas. Llevan a domicilio los productos que se han adquirido apenas unas horas antes.

Pekín también finge ser antigua: el popular barrio turístico de Qianmen, al sur de la plaza de Tiananmen, reproduce una calle comercial centenaria, pero data de hace menos de una década. Y a veces parece antigua sin quererlo ser: los rigores de un clima desértico, extremadamente frío y seco en invierno y tórrido y pegajoso en verano, combinados con una construcción a toda prisa para llegar a tiempo a las Olimpiadas, dan a muchos bloques de apartamentos relativamente nuevos un aspecto prematuramente envejecido. Esta ciudad tiene una relación complicada con su historia. Le encanta alardear de su pasado milenario: el cráneo del *Hombre de Pekín*, un homínido que vivió entre 230.000 y 770.000 años atrás, se encontró en sus afueras, en Zhoukoudian. En una conversación típica con un turista extranjero el interlocutor local no dejará de recordar que la cultura china “tiene 5.000 años de historia”. La ciudad presume, y con razón, de extraordinarios monumentos patrimonio de la humanidad. La Gran Muralla, a sus afueras. El Templo del Cielo. El Palacio de Verano. El Templo de los Lamas. La Ciudad Prohibida, el centro de la capital del Imperio del Centro, no deja de asombrar nunca por su tamaño y sus tesoros.

Pero si presume de historia, también la esconde o la elimina. Los *hutong* viven una existencia precaria: barrios enteros de ellos han sido demolidos en nombre de las avenidas anchas, la fluidez del tráfico y el progreso. Sus murallas históricas fueron derribadas en los años cincuenta para abrir paso al segundo anillo de circunvalación, y hoy apenas quedan algunos pedazos. Sus imponentes puertas, en su inmensa mayoría, persisten solo como nombres de puentes y paradas de metro: Chongwenmen, Chaoyangmen, Fuxingmen. Otros testimonios de su historia sobreviven pero languidecen en el semiolvido: la tumba del jesuita Mateo Ricci, que posibilitó el intercambio de culturas entre los dos mundos, ha quedado arrinconada en un pequeño cementerio detrás de la Escuela de Administración de Pekín; edificios históricos, como la primera Bolsa de Valores de la capital, se han convertido con el

o mientras cae la noche, los aficionados practican movimientos de tai-chi. O son grupos de mujeres las que quieren ejercitarse: bajo la guía de una de ellas, bailan al unísono en filas al ritmo de sus canciones favoritas, melodías patrióticas tradicionales o el último éxito pop.

Pekín es antigua, antiquísima. Sobre sus capas de historia, 3.000 años nos contemplan. Ha visto nacer y morir dinastías enteras. Ha sido imperio han, mongol, manchú, república, reino de taifas, dictadura nacionalista y autoritarismo comunista, antes de asentarse en su actual capitalismo con características chinas. La han habitado príncipes, eunucos, monjes, iluminados, comerciantes, guerreros, invasores y espías. Un emperador de la dinastía Ming, el emperador Yongle (1360-1424), le dio sus murallas y su característico eje norte-sur. Y es moderna, modernísima. Arquitectos como I. M. Pei, Zaha Hadid y Paul Andreu, entre otros, han dejado su impronta arquitectónica sobre terrenos

tiempo en corralas; otros son ahora sedes oficiales inaccesibles al público.

Y en algunos casos la consigna es olvidar. Tiananmen, por supuesto. Pero también los episodios de la Revolución Cultural (1966-1976). El Estadio de los Trabajadores, el Camp Nou pequinés, fue en su día escenario de sesiones de purga: las masas de aficionados bullangueros con camisetas verdes y amarillas que vitorean a su equipo, el Guoan, eran hace cincuenta años hordas enfurecidas deseosas de violencia contra el enemigo político. Ya no existe (lo secaron) el lago donde, agobiado por la persecución, se suicidó el escritor teatral Lao She, uno de los padres de la literatura moderna china junto con el inmenso Lu Xun.

Si en su relación con el pasado anda de puntillas, Pekín abraza decididamente el futuro. Le gusta ostentar su opulencia. Más alto, más grande, más novedoso siempre. Y de ninguna manera podría ser mejor que mediante la arquitectura: son célebres en todo el mundo el Nido, el estadio de las Olimpiadas del 2008, o la sede de la televisión estatal, en forma de dos letras L y apodada cariñosamente por los pequineses como *Los Pantalones*. El Distrito Central de Negocios, el CBD, donde se codean las grandes multinacionales con las empresas chinas más punteras, es su Manhattan. Allí se inaugurará este año el Z15, el que será el rascacielos más alto de Pekín. Inspirado en un *zun*, una jarra tradicional china, tendrá 108 pisos de altura y medirá 528 metros, el doble del largo que tenía el Titanic. En 2019 se completará el nuevo aeropuerto, al sur de la ciudad, que promete dejar en mantillas las novedades que introdujo Norman Foster en la Terminal 3 del actual.

Pero no todo es negocio. A Pekín le gusta reír, beber, cantar karaoke. Aunque su principal afición es comer. Comer y comer. El saludo informal chino no es “¿Qué tal?”, es “¿Has comido?”. Las relaciones sociales se desarrollan en torno a una mesa, siempre. Shanghái, admiten los pekinenses, tiene los mejores restaurantes, los más bonitos. Hong Kong, los mejores cocineros. Pero Pekín, ¡ah, Pekín!, es donde se come mejor. La oferta es enorme, infinita. Sus restaurantes, sin incluir los de hoteles, acumulan nada menos que 1,12 millones de mesas: a cuatro sillas por cada una, podrían acomodar a todos los habitantes de las ciudades de Madrid y Barcelona juntos. Todas las posibilidades están disponibles: cocina occidental, desde los grandes clásicos franceses hasta la pizza, pasando por muestras más desconocidas: *jachapuris* de queso de Georgia, *plovs* de arroz de Azerbaiyán. Claro está, se encuentran las diferentes escuelas asiáticas: tailandesa, vietnamita, japonés, coreano del sur y del norte, mongol. Y, por supuesto, están todas las representaciones posibles, desde las va- ➔





---

Si en su relación con el pasado anda de puntillas, Pekín abraza siempre decididamente el futuro. Le gusta ostentar su opulencia. Más alto, más grande, más novedoso

---

riedades más refinadas a las opciones más caseras, de las cocinas regionales del Imperio del Centro, en tabernas, restaurantes oficiales de los gobiernos de las provincias, en hoteles de lujo, en pequeños establecimientos familiares. La cocina de Dongbei, la antigua Manchuria, con sus aderezos contundentes. La delicadeza de Shanghái y sus sabores de toque dulzón. El Xinjiang uighur, y sus sabores a comino y cordero, que evocan sus conexiones turcas y nos hacen pensar en la Ruta de la Seda. La picante comida sichuanesa, con su pimienta que cosquillea en la boca y el chile, ese chile que trajo el galeón de Manila y se acomodó para siempre en las cazuelas de Chengdu y Chongqing. La suavidad cantonesa y su énfasis en la pureza de sabores. El exotismo de Yunnan, la provincia comedora de queso y de jamón parecido al serrano.

Y, por supuesto, la cocina propia de Pekín: el pato laqueado es el rey. Siempre servido con sus tortas de harina, su salsa de ciruela y sus verduritas. Pero a partir de ahí empiezan los desacuerdos. Hay escuelas diversas de opinión: ¿Debe prepa-

rarse a la antigua? ¿Qué verduras exactamente? ¿Es mejor comer la piel rebozada en un poco de azúcar? ¿Caldo cocido con la carcasa después de la carne, sí o no? Los tradicionalistas apuestan por establecimientos con el respaldo que da la historia, como Bianyifang o Quanjude. Ambos son “comercios honrados por el tiempo”, aquellos que comenzaron a hacer negocio en los tiempos de los emperadores y han llegado a nuestros días. Quanjude comenzó a servir pato al sur de Tiananmen, en Qianmen, en 1864. Hoy este restaurante, que fue favorito del primer ministro Zhou Enlai, cuenta con sucursales por toda la ciudad.

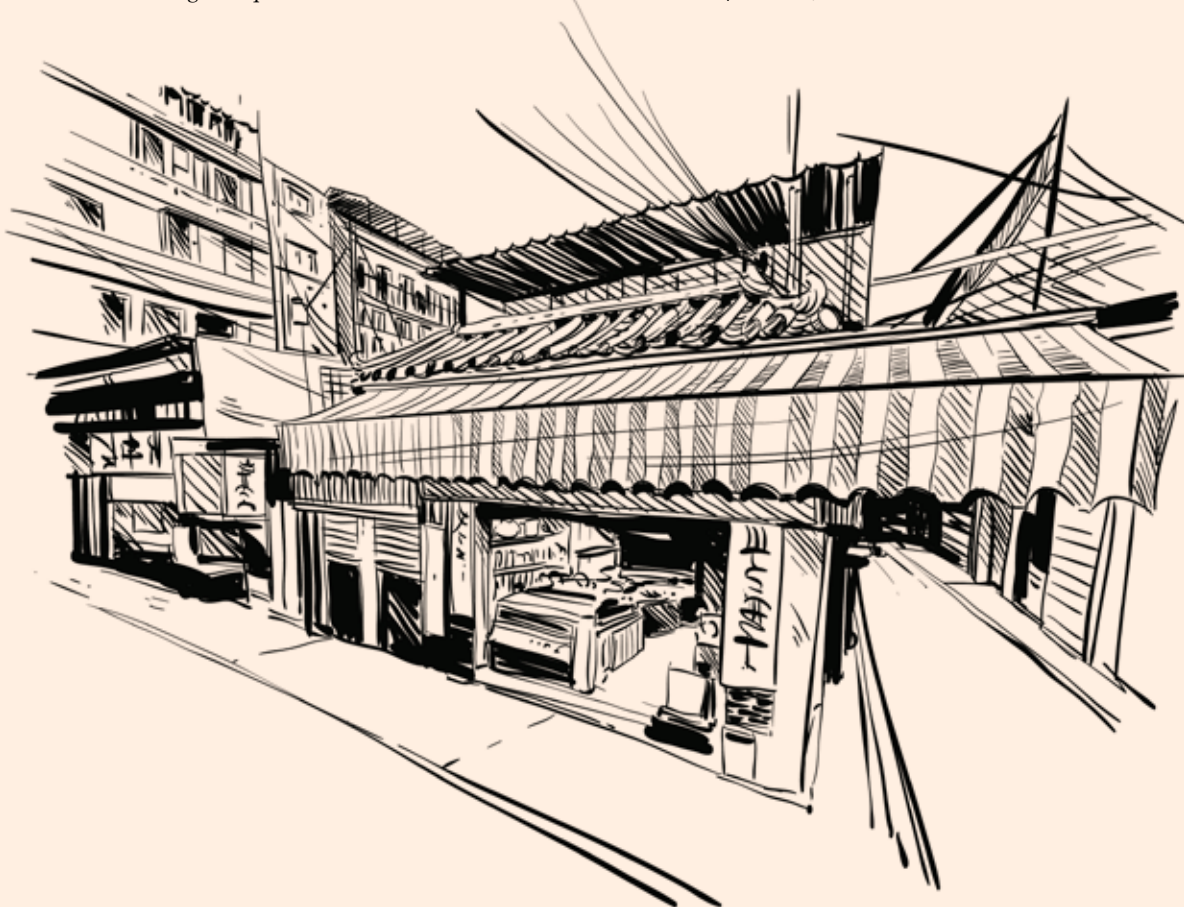
Hay otras opciones menos ortodoxas. El establecimiento de la familia Hua, en la calle de los Fantasmas (restaurante tras restaurante durante metros y metros, iluminados con farolillos rojos), permite disfrutar de la experiencia en un patio tradicional. La propuesta de Duck de Chine incluye un toque afrancesado y vanguardista. Por su parte Dadong, el chef que ha ayudado a Ferran Adrià a ampliar su conocimiento de la cocina china, ofrece

lo que llama “aves supermagras”, y una serie de verduritas para acompañarlas que habrían hecho enarcar las cejas con sorpresa a la propia Cixi. Pero la emperatriz, de temperamento *gourmet* como era, las habría disfrutado. ¿Una experiencia culinaria típica de Pekín? En la calle. Cuando empiezan a subir las temperaturas, los restaurantes populares sacan sus taburetes a la calle. Pronto, eso sí: para un pequinés, la hora de cenar ronda las seis de la tarde. Pero ayudados por las botellas de medio litro de Yangqing, la barata cerveza local, y los pinchitos de cordero o calamar a la brasa que se prodigan por doquier, el *renao* (el jaleo, el buen rollito) puede durar hasta muy entrada la noche. Por no hablar de los puestos callejeros de comida, repartidos por todas partes y que, apostados en grupo en las esquinas, llegan a convertirse en auténticos mercados. Es clásico el *jianbing*, un rollo de huevo, carne y verdura, desayuno apresurado de oficinistas y cena de emergencia de madrugada para los que han salido de juerga. Pero también los tallarines, en sopa o secos, con aderezos diversos, o el *zhou*, una sopa espesa de arroz blanco a la que se le añaden condimentos e ingredientes a gusto del consumidor y según la especialidad del cocinero.

Si hablamos de cerveza, Pekín, como en muchos otros lugares, vive una revolución. Han surgido decenas de microdestilerías, algunas más afortunadas que otras, que mezclan con los ingredientes tradicionales algún toque local: en los locales de Great

Leap Forward o Jing-A, la pimienta de Sichuán o té blanco son algunas de las opciones. Si en lugar de cerveza prefiere un cóctel, las opciones son variadas. Pero tienen un sabor especial si se prueban en alguno de los locales que han proliferado en las zonas de *hutong*. Algunos de tamaño mínimo, como Mai. Otros con aire caribeño, como Mas. Pero el alcohol por excelencia, en Pekín y el resto de China, es el *baijiu*, el licor blanco. No hay banquete que se precie (o no había, antes de la campaña oficial contra la corrupción) en el que no se consuma este líquido, de alta graduación y cierto sabor a barniz. El grito de “*ganbei*” puede parecer una invitación a brindar; en realidad es una orden de beberse toda la copa. En una cena con clientes o amigos posiblemente escuche muchas. Advertido queda, el del *baijiu* es un sabor adquirido. Tras el *renao*, llega la hora de ir a la cama. O, si aún se tienen fuerzas, dar un paseo por una de las capitales más seguras del mundo y recorrer los *hutong* con otra luz y otra mirada. Posiblemente aún encuentre algo abierto. Una pequeña tienda de alimentos, un carrito de comida, un mercado que empieza a preparar la llegada de clientes. Porque Pekín (Beijing, Beiping, Cambuluc) es una ciudad contradictoria, desmesurada, inabarcable, cambiante. Pero sobre todo es, y será siempre, incansable. ●

Macarena Vidal Lly es corresponsal jefe de ‘El País’ para Asia, Pekín



# SOLUCIONES PARA EMPRESAS



**EPSON**<sup>®</sup>  
EXCEED YOUR VISION



---

# Artes&Co.

---

## **64 Entrevista**

Isabel Coixet: la mirada  
no termina nunca

*por Sergi Doria*

## **68 Literatura**

Atreverse a releer

*por Ada Castells*

## **70 Análisis**

La crítica a la crítica

*por Fèlix Riera*

## **72 Artes**

La danza clásica: el mejor antídoto

*por Valèria Gaillard*

## **74 Escultura**

La visita del silencio

*por Enric Boluda*

## **76 Geografías**

Una pluma perdida en San Petersburgo

*por Mauricio Wiesenthal*

## **78 De autor**

El cine y las películas

*por Luis Goytisolo*





# ISABEL COIXET: LA MIRADA NO TERMINA NUNCA

Mirada sin fin de la directora Isabel Coixet detrás de la cámara y ante la vida. Considera que la gente capta con el móvil un sinfín de cosas, pero lo importante es qué quieres mirar y por qué lo quieres mirar: al final lo sustancial sigue siendo la construcción de la mirada



TEXTO Sergi Doria — FOTOGRAFÍAS Jordi Play

— Se podría afirmar que Isabel Coixet (Barcelona, 1960) cumple este año medio siglo con el ojo pegado a una cámara. A nuestra directora más internacional le regalaron una Super-8 cuando hizo la primera comunión.

Si los hermanos Lumière inmortalizaron la llegada del tren a la estación, la primera película de Coixet, allá por 1967, podría haberse titulado *Mancha de cocacola en un vestido blanco*. Con la Super-8 que le habían regalado, además del típico reloj de primera comunión, aquella niña con gafas comenzó a mirar el mundo a su manera. “Luego se rompió, me compraron otra de segunda mano, pero cada cartucho de película y el revelado costaban una pasta. Había que pensar antes de lanzarte a filmar”, recuerda. Ahogados en imágenes, la opulencia icónica actual acaba por desgastar la curiosidad; de ahí el valor de cada plano que criba el montaje: “La gente capta con el móvil un sinfín de cosas, pero lo importante es qué quieres mirar y por qué lo quieres mirar. Al final lo sustancial sigue siendo la construcción de la mirada. Me considero un dinosaurio: veo cine de forma tradicional y prefiero hacer películas que series de televisión”.

Nadie más consciente que Coixet para enfrentarse a los más de 22.500 vídeos de gente anónima que puso el ojo en sus vidas cotidianas. La directora los destiló en 404 para *Spain in a day*. Secuencias de un 24 de octubre y nueve meses de montaje. Un hilo narrativo para aprehender eso que llamamos “intrahistoria”: de un matrimonio centenario que se ama como el primer día a los jóvenes condenados a la emigración hablando con sus padres por Skype; de niños intentando atrapar un rayo de luz a matrimonios invidentes que pasean al hijo; de refugiados que alcanzan las playas del sur en pateras a

la red de solidaridad familiar que atenúa el vacío.

Hija de padre catalán y madre salmantina, sus mayores le abrieron las puertas del cine Texas de la calle Bailèn, donde la abuela era la taquillera. De aquellos primeros escarceos cinéfilos destaca títulos que la marcaron para siempre: *La pasión de Juana de Arco* de Dreyer, *El séptimo sello* de Bergman, *Hiroshima mon amour* de Resnais. Después de estudiar Historia, Coixet se puso a trabajar en una agencia de publicidad: “Me lo tomé como si estuviera en la Escuela de Cine, me familiaricé con los equipos de rodaje, formé parte de producciones en Londres y Los Ángeles. Vi mundo...”. De sus primeras labores cinematográficas recuerda cuando a los dieciséis años participó en el montaje de *Nunca en horas de clase* de José Antonio de la Loma, secuela ibérica que aprovechaba el impacto de *Fiebre del sábado noche*: “Era un trabajo de hormiga. A cada dieciséis fotogramas tenía que poner la marca del copión, de esta manera se ordenaba la película para los montadores”. Gracias a que sabía inglés fue periodista en *Fotogramas*. En la memoria de aquella etapa, una trifulca con un Mel Gibson cargado de alcohol mientras el director de *Mad Max-2*, George Miller, intentaba poner paz.

Conversamos con la directora en Miss Wasabi Films, la productora que creó en 2000. En las paredes, un póster de la legendaria película de Jean Vigo *Zero de conduite*, el panel de un oculista, un Goya, un biombo japonés que debe evocar el *Mapa de los sonidos de Tokio*. Volvemos a sus películas tomando como pretexto otro aniversario: treinta años del rodaje de su ópera prima, *Demasiado viejo para morir joven*. Ese rodaje, apunta Coixet, constituye una parábola de todos los males que todavía hoy arrastra el cine español: “No fue una buena ➔➔

---

“Para hacer buenas películas hay que contar con los mejores y trabajar con buenos actores es muy fácil”

---

experiencia. La película estaba subvencionada por la ley Miró, que utilizaron muchos productores sin escrúpulos para aprovecharse de la subvención y aplicar el lema de ‘Toma el dinero y corre’. En aquella época se rodaban muchas películas que no llegaban a los cines. Yo me sentí muy perdida, tanto, que tardé ocho años en rodar la siguiente y la produje con el dinero que había ganado trabajando en publicidad”.

En *Cosas que nunca te dije* (1996) la experiencia fue más gratificante. Residente por aquella época en San Francisco, Coixet rodó en un pequeño pueblo de Oregón: dieciséis milímetros, cuatro semanas y un reducido grupo de actores que, esta vez sí, estaban comprometidos con el proyecto. Desde entonces, las películas de Coixet conjugan su vocación cosmopolita con repartos internacionales de primer orden; un cuerpo actoral que prioriza la calidad y el poder de convicción de la directora a otras opciones mejor pagadas pero muy banales. “Para hacer buenas películas hay que contar con los mejores y trabajar con buenos actores es muy fácil”, recalca.

Con *La librería*, que se estrenará en septiembre de este año, basada en la novela homónima de Penélope Fitzgerald (*The bookshop*), Coixet vierte en imágenes una novela que devoró hace una década. La peripecia de Florence Green, una mujer que en los años cincuenta quiere hacer realidad el sueño de abrir una librería en el pueblo, aparentemente tranquilo, de Hardborough. Lo que ella concibe como un bien a la comunidad acabará creando un conflicto cuando las fuerzas vivas se alien en su contra.

No es la primera vez que Coixet lleva a la pantalla una obra literaria y trae a colación un encuentro con Philip Roth cuando ella se hizo cargo de la adaptación de *Elegy* (2008): “El guionista no se atrevía a enfrentarse al escritor y me envió una de las escenas con la que Roth no estaba de acuerdo para que la defendiera. Él me leyó su libro en voz alta. Le dije que era magnífico, pero que la película sería otra cosa. Roth se puso a gritar y se quejó de las adaptaciones de sus novelas. Le respondí que si no tenía ninguna necesidad económica, y era evidente que no: ¿por qué vendía los derechos de sus obras?”.

Cuando en diciembre de 2016 el Gremio de Editores de Catalunya reconoció con el premio Atlántida la pasión lectora de la cineasta, Coixet regaló al auditorio un relato personal. Para esquivar las dichosas fiestas de Navidad, un año decidió perderse con un coche alquilado por el desierto de Death Valley (el célebre Valle de la Muerte). En medio de aquella desolación reparó en un cartel: “Club Europa. Gas. Food and Fun”. Al entrar con la intención de comer algo, se topó con una anciana muy parecida a Marlene Dietrich en un tétrico hangar que recordaba un escenario de David Lynch; la extravagante anfitriona quiso animar el ambiente haciendo un *playback* de *Lili Marlene*. Después de ofrecerle un bocadillo de queso caliente y una cerveza, le preguntó: “¿Cómo es Europa?”. Y Coixet le habló de Italo Calvino, de Marguerite Yourcenar, de Josep Pla, de Milan Kundera, de Vaclav Havel, de Modiano, Malraux y Boumil Hrabal. Y de Cartier-Bresson y de John Berger. Y de Angelopoulos y Juliette Binoche. La señora que decía parecerse a Marlene se llamaba Lotte. Le contó que su tía, a la que no llegó a conocer nunca, estuvo casada con un escritor europeo que se suicidó en Brasil en 1942. Era Stefan Zweig.

Una historia de tal altura moral parece exclusiva de la imaginación literaria. “Pero es absolutamente real”, asegura. Por respeto a su admirado Zweig, la directora habla muy claro del proceso secesionista que marca, con obsesión enfermiza, la hora catalana: “Es un debate estéril que no lleva a ninguna parte. Conozco la historia de Europa y no es el momento de más fronteras y más pasaportes y más muros. Si no pensamos como europeos nos hundiremos”. Porque también se cumplen cincuenta años desde que Coixet se decidió a decir lo que piensa. Fue en el colegio cuando espetó a sus compañeros que no le gustaba el fútbol y uno de ellos la derribó de un sopapo: “Me incorporé, contuve las lágrimas, y dije que me gustaba el fútbol. Siempre me arrepentí de esa frase: a mí no me gusta el fútbol y debo afirmarlo como tantas otras cosas”. La mirada de Isabel Coixet, como los matices de la historia, no termina nunca. ●

---

**Sergi Doria** es periodista cultural y autor de la novela ‘No digas que me conoces’



# ATREVERSE A RELEER

¿Qué libros son nuestros “amigos íntimos”, los que una vez releídos no nos fallarán? Un clásico supera el paso de los siglos porque contenía distintas dimensiones de lectura y las más escondidas no las descubrimos hasta que nos atrevemos a releerlo porque, de entrada, nos centramos en el argumento y no es hasta más tarde que comprendemos toda su profundidad. Pasados los años, las posteriores lecturas nos hablan más de nuestra memoria, de cómo somos

por Ada Castells

— Con su habitual socarronería, el escritor Jorge Luis Borges afirmaba que releer es más importante que leer, aunque evidentemente para releer antes había que haber leído. Además de la evidencia de esta afirmación, la pregunta que se nos plantea es ¿qué se esconde tras un adjetivo tan concreto como “importante”. ¿Por qué es más “importante” releer que leer? O dicho de otro modo, ¿por qué es más útil? ¿Más enriquecedor? ¿Más placentero? Si trasladamos la diferencia entre leer y releer al campo de la pintura, el matiz se nos antoja más comprensible. Es muy diferente visitar por primera vez una exposición, disfrutar de la sorpresa de cuadros que no hemos visto nunca —apreciar la narrativa que nos propone el comisario—, que dirigirse a la sala de una pinacoteca para contemplar una obra específica que ya conocemos, como hacía Reger, ese excéntrico personaje de Thomas Bernhard que cada día a la misma hora observaba la pieza de un museo para encontrar sus imperfecciones.

El filósofo y académico argentino Santiago Kovadloff da en el clavo cuando plantea que entre la curiosidad y el interés auténtico hay una diferencia esencial. La primera se alimenta de estímulos, reclama novedad, y el segundo exige constancia y espíritu crítico. Una trabaja en extensión; la otra, en profundidad. En el campo de las relaciones humanas también podemos detectar esta nada sutil diferencia. No es lo mismo la gente que tenemos en la lista de teléfonos que guardamos en el móvil que los amigos a los que llamamos en momentos vitales. Y aquí llegamos a la primera cuestión que se nos plantea: ¿Qué libros son nuestros “amigos íntimos”, los dignos de volver a visitar con la certeza de que no nos fallarán? Hay quien ha osado describir los

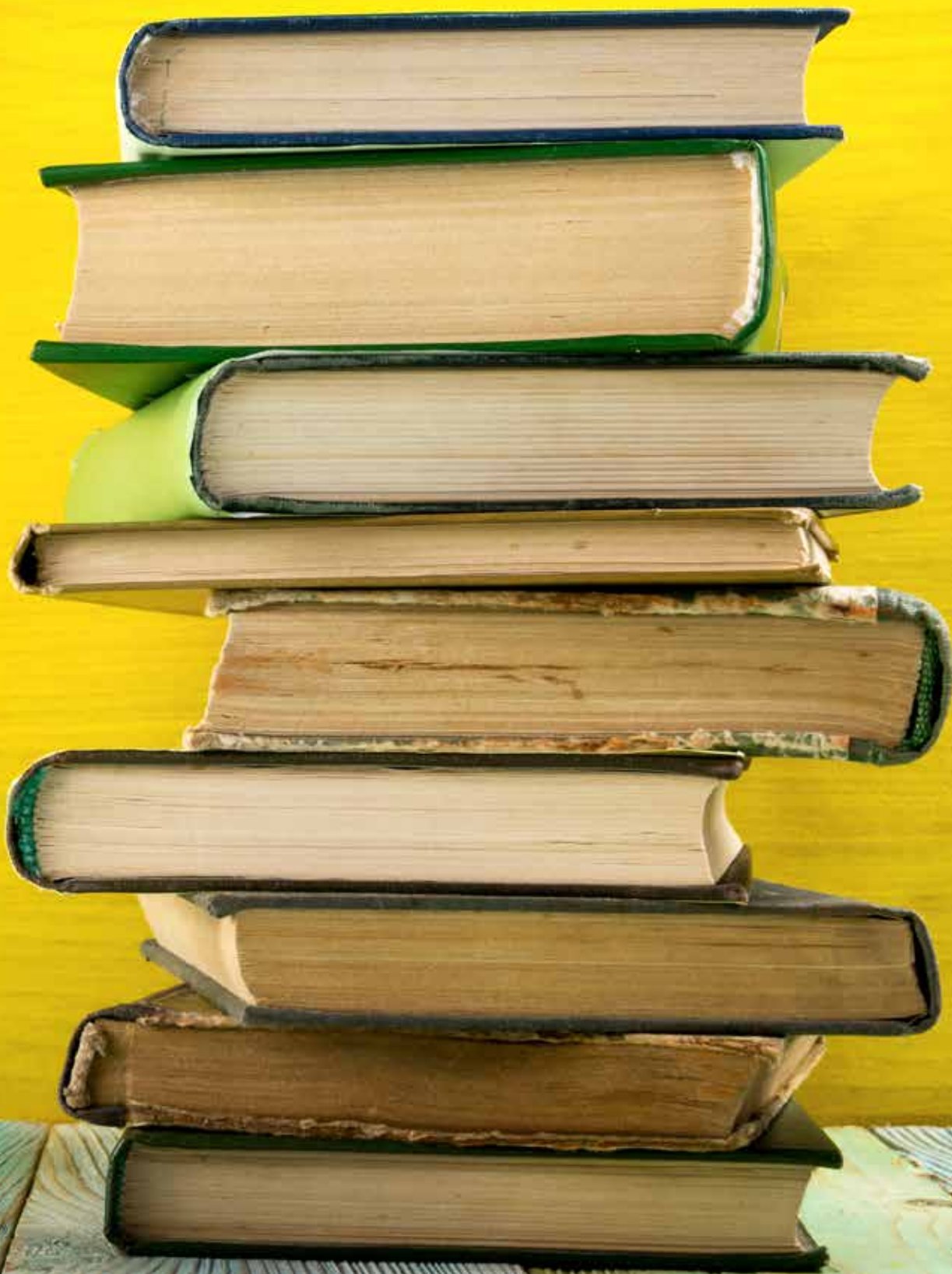
clásicos como aquellos libros que pueden releerse, pero nada es tan sencillo y ni mucho menos tan objetivo. Es cierto que un clásico, si ha superado el paso de los siglos, es porque contenía distintos planos de lectura y que con frecuencia los planos más escondidos no los descubrimos hasta la segunda vez que visitamos las páginas del libro. En un primer momento, nos solemos centrar en el argumento, atrapados por lo que ocurrirá y nos dejamos cautivar por el estilo y las imágenes que nos sorprenden. No es hasta una segunda ocasión en que podemos comprender toda su profundidad. Pasados los años, las siguientes lecturas ya nos hablarán más de nuestra memoria, de cómo somos.

Y es que en la relectura es tan primordial el título escogido como quien lo escoge porque el acto de releer conlleva releerse a uno mismo. Pío Baroja dejó escrito que cuando uno se hace viejo lee más que lee. Es cierto que con el paso de los años la novedad produce más pereza. Es como si tener menos años por delante nos hiciera más conscientes de que no nos podemos permitir el lujo de fallar en la elección. Releer es una actividad que reclama madurez, que nos interpela porque nos propone un viaje hacia nuestras entrañas. También reclama cierto valor porque supone ir contracorriente de nuestros tiempos marcados por la prisa. Trabajamos menos, tenemos más vacaciones, vivimos más años que hace un siglo, pero sufrimos la sensación de que no damos abasto. La novedad nos acosa y los que somos aficionados a frecuentar librerías para estar al corriente de lo que se publica ya hace tiempo que hemos entendido que nunca podremos estar *à la page*. Ante esta avalancha, hay que saber pisar el freno cuando conviene, si no sería como si nos invitaran a comer

a El Celler de Can Roca con la condición de servirnos la comida en un embudo directamente al buche. ¿Cómo podríamos aceptarlo? Aplicado al campo de la lectura, esta monstruosidad es la que proponen aplicaciones móviles como Spritz —lo podéis probar en *spritzin.com*—. La clave es evitar que los ojos pierdan el tiempo recorriendo la línea de la frase, por eso se nos van mostrando las palabras en un mismo punto de la pantalla. Es cierto, lees, pero no entiendes nada. Según un estudio presentado en la Universidad de California y publicado en la revista *Psychological Science*, la comprensión lectora exige la relectura. Para comprender qué leemos, nuestros ojos siempre se dirigen a palabras de frases anteriores. Por tanto, todos releemos. Está claro que no es a esta relectura inconsciente a la que nos referimos cuando hablamos de releer los libros que nos han marcado en la vida, este solo es un primer paso que nos llevará a la culminación de un proceso: cuando descubrimos el placer de revisitarnos a través de un texto.

¿Cuántas veces hemos topado con los subrayados de un libro que hicimos nosotros mismos hace veinte años y no podemos recordar ni por qué? ¿Cuántas veces nos reconocemos y vemos que ya pensábamos como ahora? ¿Cuántas veces volvemos a coger una novela que nos gustó tanto en la juventud y nos parece pésima? O ¿por fin logramos entenderla y nos demuestra que la tenacidad valía la pena? Es así como la relectura da fe de nuestra transformación más esencial. Nos permite darnos cuenta de que nuestro yo evoluciona, como cuando hojeamos los álbumes de familia y topamos con una cara que, ¡oh, maravilla!, resulta que era la nuestra. ●

Ada Castells es escritora y periodista cultural



# LA CRÍTICA A LA CRÍTICA

La fascinación que despierta la crítica es tan intensa como la repulsa que provoca. No pocos escritores, al leer una crítica contra su obra, han llegado a pronunciar las siguientes palabras: “El crítico que no escribe bien es que no sabe leer”. ¿Cómo criticar al crítico?



por Fèlix Riera

— La crítica es tan corrosiva que destruye el prestigio de artistas, políticos o deportistas. Tiene la capacidad de encumbrar tanto al que lo merece como al que no. Nuestro tiempo, tan proclive a borrar fronteras, ha producido el efecto de que una parte de la sociedad confunda al crítico profesional que asienta su condición en el conocimiento del campo sobre el que escribe, con el prescriptor del momento que tiene suficiente con mostrar su opinión. Sin la crítica profesional el gusto sería el de todos, la moda no interferiría en nuestra forma de vestir y sin el canon nos costaría saber a quién leer y ensalzar. El tiempo, el mejor crítico, el que quita y da valor a las cosas no serviría a ninguna causa artística. Una de las críticas más feroces a la crítica la encontramos en los mismos críticos. Cuestionan su juicio al ver que el propio sector está dominado por la antipatía, la envidia y el afán de superar con su crítica a la obra que critican o por convertir la crítica en una rutina de trabajo de 8 a 15 h de tarde. El crítico literario y escritor Cyril Connolly en un artículo publicado en 1936 con el título *Críticos* llega a decir de su profesión: “Hay días en que un crítico se parece más y más a ese robot que hay en el muelle de Brighton, que engatusa a los paseantes con metálica voz subhumana y, cuando estos echan una moneda, les ofrecen una cartulina con una crítica llena de lugares comunes y comentarios irrelevantes”. Los autores que se ven asediados por la crítica observan a los críticos como “censores”, como los denomina el poeta W. H. Auden, o como gente solo preocupada en descubrir errores.

La influencia de la crítica ha sido tan grande en el devenir cultural del mundo desde el siglo XIX que, en muchas de sus valoraciones y juicios, han convertido

sus textos en ideología estética o han fijado con sus observaciones el *Zetgeist*, el espíritu de nuestro tiempo. En el temperamento de crítica impera la voluntad de catalogar, ordenar, jerarquizar y descubrir, pero también de condenar, estigmatizar, desacreditar el objeto de crítica, ya sea la obra o el propio autor. Impera, también, una irresistible atracción por desertar de las filas de la crítica para militar en la de los autores. El escritor Marcel Proust en su libro *Contra Sainte-Beuve* critica la obra poética del crítico literario Charles Augustin Sainte-Beuve, el más influyente del siglo XIX y principios del XX francés. Proust llegó a criticarla sin piedad: “No hay nada más conmovedor que esta pobreza de medios en el gran y prestigioso crítico, versado en todas las elegancias, elocuencias, finezas, farsas, estremecimientos, maniobras y caricias estilísticas. Se acabó”. Ahora bien, la crítica, para los criticados, es lo más cercano que estarán de la inmortalidad en vida, pues el crítico, con su juicio, eleva y, en más de una ocasión, transforma en mitos a autores cuya obra no trascenderá a su muerte, le seguirá el otro mundo.

En el siglo XXI la crítica ha perdido intensidad, autoridad y capacidad de liderar el gusto de su época. El filósofo Eugenio Trías reconocía que vivimos un tiempo en que la gente reconoce los méritos de otro antes de conocerlo profundamente. Esta ligereza en el juicio y, consecuentemente, en la toma de posiciones, no solo es el producto de la hegemonía de las redes sociales, que se basan en el *like* y no en la figura del *connaisseur*, del entendido que critica de un modo profesional; es también el resultado de un miedo, cada vez mayor, de la sociedad a juzgar, a establecer el canon o a mantener la frontera que separa los

intereses de la industria del arte y las obras artísticas. Este proceso de debilitación implica la pérdida de capacidad para autenticar la copia del original, la propaganda de la verdad. Dicho de otro modo, el sistema de valoración de nuestra cultura ya no se basa en primar la literatura sino en someterla al sistema cultural. En relación con la crítica, para establecer la motivación por la que se ha hecho una determinada crítica y no otra, hoy podríamos llegar a hacer la misma pregunta que se haría un detective o policía ante el hallazgo de un asesinato. ¿A quién beneficia el crimen? La crítica motivada para obtener beneficio en favor del propio crítico es uno de los rasgos distintivos de una parte de la crítica cuyo análisis no pretende defender el buen gobierno sino salvar a aquellos que, aún haciéndolo mal, forman parte de una determinada estrategia política. La crítica de trincheras no persigue establecer claridad para que el lector amplíe conocimiento, sino para que milite. Es pues una crítica al servicio de una causa. Agotada la función de la crítica, todo vale. Nadie vigila, todo se puede decir y, lo que es peor: todo se puede hacer. Resulta paradójico que en la época de la precisión, la “dataficación”, sea la inexactitud un valor en alza para buena parte de los que tienen la función de criticar. Uno de los rasgos distintivos de nuestro tiempo es dejar que sean otros los que señalen la manera en que debemos mirar aquello que nos rodea, sin advertir que la mayor crítica que se puede hacer a la crítica es que aún no haya sido capaz de dotar al lector del conocimiento oportuno para que disponga del buen criterio para así, él también, poder ser el propio crítico de la realidad. ●

Fèlix Riera es editor



# LA DANZA CLÁSICA, EL MEJOR ANTÍDOTO

En un siglo de la inmediatez, el esfuerzo mínimo, la impaciencia y la superficialidad, la danza clásica proporciona el mejor antídoto, un arte de la exigencia, el virtuosismo, la perseverancia, en definitiva, el triunfo de la voluntad. El ballet, popularizado por el audiovisual y con una gran presencia en YouTube, ha llegado a movilizar al gran público, sobre todo en lugares donde hay mucha afición, como en Estados Unidos



por Valèria Gaillard

— En la constelación de las estrellas del pop que domina el panorama musical actual, seguramente la que representa como ninguna otra el apogeo del *kitsch* sea Lady Gaga. Solo hay que asistir a un concierto suyo para tirar la toalla del buen gusto y soltarse con canciones que, sin embargo, transmiten un mensaje que adolescentes (y no tan adolescentes) de todo el mundo saben decodificar. En el extremo contrario, el mito de la bailarina, símbolo de la elegancia máxima, con su tutú blanco y las etéreas zapatillas de punta, se resiste a perecer. De hecho, más bien ha resucitado en los últimos años. La prueba: las bailarinas han penetrado en el terreno del pop, y artistas como Taylor Swift las hacen aparecer en sus videoclips (*Shake it off*). Se infiltran en el de la publicidad (la última campaña de Nike la protagoniza una bailarina), mientras que los gimnasios se apresuran a programar clases de *ballet fit*. Y es que esta figura estilizada, casi imposible de alcanzar con la punta de los dedos, hace suspirar por su belleza armoniosa, y no solo al género femenino. El cine, otro medio de masas, tiene mucho que ver en todo esto y, sobre todo, una película: *Cisne negro*, de Darren Aronofsky (2010). Este thriller protagonizado por Natalie Portman sacó el polvo a uno de los clásicos más empleados del repertorio, *El lago de los cisnes*. Desde entonces, las representaciones de esta obra se suceden hasta la saciedad en los teatros de todo el mundo, y eso que los bailarines profesionales (Tamara Rojo está que trina) no quieren saber nada de ella. Evidentemente, distorsiona la realidad del ballet para hacerla más dramática y vendedora. La cuestión es que, sin proponérselo, Aronofsky abrió la caja de Pandora de cuyo interior han salido muchos otros títulos, como la serie televisiva *Flesh and Bone*, de Moira Walley-Beckett, que perpetúa la imagen de la competitividad entre bailarinas (que se sacan los ojos con una sonrisa virginal en los labios), dedicadas a destrozarse los pies (y el cuerpo entero, vaya) haciendo unas figuras prácticamente inhumanas. El filón continúa, y recientemente se han proyectado en las carteleras

películas como *La danseuse*, de Stéphanie Di Giusto (2016), o *Poline, danser sa vie*, de Angelin Preljocaj (2016), sin olvidar uno de los grandes éxitos de animación del año: *Ballerina*, de Eric Summer y Eric Warin, que retrata el esfuerzo de una huérfana que lucha por ser bailarina.

Por otra parte, la danza clásica, hasta hace menos de una década relegada a los grandes teatros de alta cultura junto a la ópera, también ha despertado el interés de documentalistas. El estadounidense Frederick Wiseman, tras rodar sobre temas de actualidad punzante (la alimentación, los institutos, la violencia doméstica o los misiles) se atrincheró en la Ópera de París para observar el día a día de una de las compañías más importantes del mundo, el Ballet de la Ópera de París (*La Danza*, 2009). Así, el ballet, popularizado por el audiovisual, ha llegado a movilizar al gran público, sobre todo en lugares donde hay mucha afición, como en Estados Unidos. En Nueva York no eres nadie si no conoces a los ya retirados Alessandra Ferri o Ángel Corella. La temporada de ballet del American Ballet Theatre (ABT) a menudo muestra el cartel de *sold out*, al igual que en Londres el del Royal Ballet, o en París el del Ballet de la Ópera de París. Pero si algún lugar es el puntal de lo clásico es Rusia, con dos de las compañías más rutilantes: la del Teatro Mariinski de San Petersburgo y la del Teatro Bolshoi, de Moscú. Diana Vishneva, Natalia Osipova, Polina Semionova, Maria Kochetkova, Uliana Lopatkina. Rusia es una cantera de bailarinas que, tras una estricta formación en academias de aroma soviético, se convierten en auténticas heroínas. El excelente documental *Ballerina*, de Bertrand Norman (2006), sigue a cinco jóvenes que estudian en la Academia Vaganova (hay que temblar al oír este nombre), y retrata la pasión que despiertan muchas de ellas cuando dan el salto a los escenarios, y una bandada de admiradores las espera a la salida del teatro con un ramo de flores y una sonrisa de eterno agradecimiento en los labios. Porque hoy en día ya no se puede hablar de *ballerinas absolutes* que rivalizan en virtuosismo

y expresión, como antaño Maya Plisetskaya y Alicia Alonso, sino que han aparecido una serie de primeras figuras que tienen eco internacional gracias a las redes, y que rivalizan ahora en los *My top 10 best ballerinas*.

Las redes sociales también han favorecido que los bailarines se convirtieran en estrellas mediáticas al estilo de los actores de Hollywood. Un ejemplo claro es el italiano Roberto Bolle, que no puede ir por las calles de Milán sin que lo detengan para pedirle un autógrafo. Tiene 368.000 seguidores en Instagram. Ha llenado recintos como el Coliseum en multitudinarias actuaciones. Con un pie en el Teatro de La Scala y el otro en el ABT, Bolle destaca por su afán de poner al alcance de los neófitos un arte tan inmediato, directo y expresivo como es la danza clásica. En otro registro, podría hablarse del bailarín ucraniano Serguéi Polunin, que acumula dieciocho millones de visualizaciones del *Take me to the church*, colgado en 2015 en YouTube. Este chaval de torso tatuado y flequillo revoloteando interpreta incansable esta coreografía en un caserón vacío y destalado, donde la luz entra oblicuamente por los ventanales, y está diciendo con su cuerpo: la danza clásica también es *cool*. Viene a ser la réplica de otro gran *hit*, el videoclip *Chandelier*, de Sia, de estilo más contemporáneo, interpretado por el fenómeno Maddie Ziegler, y que ya va por los 1.500 millones de visualizaciones desde 2014.

En definitiva, en un siglo (el XXI) de la inmediatez, el esfuerzo mínimo, la impaciencia y la superficialidad, la danza clásica proporciona el mejor antídoto, un arte (solo hay que ver los pies de las bailarinas llenos de hematomas y uñas negras) de la exigencia, el virtuosismo, la perseverancia, lisa y llanamente, el triunfo de la voluntad. La danza en general, tal y como no se cansan de repetir los grandes coreógrafos, es un arte que nos interpela a todos, porque todos tenemos un cuerpo y nos relacionamos con él. ●

Valèria Gaillard es periodista cultural de 'El Punt Avui'





Edgar Degas acudía con asiduidad a la Ópera de París y entre 1871 y 1874 pintó 'La clase de danza', un óleo sobre lienzo [Foto de VCG Wilson / Corbis via Getty Images]

## LA VISITA DEL SILENCIO

Hasta el primer tercio del siglo XX, las fortunas textiles y el dinero de los indianos legaron una arquitectura funeral pomposa que deambula del neogótico al neoclásico entre ciertas ocurrencias neoeipicia o celtas. Son, por ejemplo en el cementerio de Montjuïc, verdaderas presencias pétreas que se levantan insonoras como un reflejo en el estanque de aguas somas que a veces es la vida de los vivientes



por Enric Boluda

— Barcelona ideó un nuevo cementerio en Montjuïc en el último tercio del XIX a imagen de aquella ciudad de los prodigios que fuera: una superficie de más de 500.000 metros cuadrados, en lo alto de la montaña, surcada de sinuosos senderos de jardín inglés y precisos atajos escalonados. Sobre todo hasta el primer tercio del siglo XX, las fortunas textiles y el dinero de los indianos legaron una arquitectura funeral pomposa que deambula del neogótico al neoclásico entre ciertas ocurrencias neoeipicia o celtas. Verdaderas presencias pétreas que se levantan insonoras como un reflejo en el estanque de aguas somas que a veces es la vida de los vivientes. Hoy, visitas guiadas, gratuitas y documentadas permiten transitar, en ocasiones extraordinarias incluso de noche, por este bosque de silencios líticos, como apartándonos aunque sea un instante de la remanencia silente de la muerte. Experiencias para las gentes experienciales que somos.

Usa los muertos así: hagámonos lentamente la idea de que algo de ellos está muy cerca. Y, mientras tanto, el esfuerzo desnudo y sordo del pico se sostiene en su cenit sobre nuestras cabezas, no sabemos si para culminar contra la piedra o bien contra nosotros, como si fuera Damocles. No importa. *Memento homo*: recuerda lo que hay que recordar sobre todo cuando estás en el ámbito que los vivos proyectan para los muertos. Quizá por ello sea oportuno que puedas vislumbrar el pico al entrar en el cementerio de Montjuïc y al acercarte sentir, aunque tenga que ser de una forma casi mineral, el esfuerzo que sostiene y sobre el que se tensa. *Memento homo* (1902) fue el título que dio el escultor Enric Clarasó al trabajo que culmina el panteón Vial i Solsona del laberíntico cementerio barcelonés, donde un hombre joven dispone su cuerpo (músculo a músculo, tendón a tendón) en la carga de un pico a punto de descargar abnegadamente contra la piedra que deberá ser el sepulcro de sus seres queridos y, al fin, el suyo. Y cierra los ojos, este cuerpo dispuesto para la fuerza no solo física que exige esta descarga que, en virtud del blanco mármol que la ha cincelado, queda suspendida

fuera del tiempo de Clarasó, de Vial i Solsona, de ti y de mí. Y de eso se trata.

Joan Vinyoli (1914-1984), el poeta Vinyoli, de quien calladamente me he prestado unos versos al empezar esto que quiero contarte en un susurro, vive este tramo tan inmóvil de su muerte en un sepulcro mudo del cementerio de Montjuïc. No importa que no sea una sepultura encontradiza, porque quizá no hay que buscarla. No es, con bastante certeza, el tipo de recovecos que un visitador de cementerios quisiera buscar. Podría y puede encontrar bellísimas y dúctiles formas de silencio que de la piedra más dura supieron extirpar las manos del alma de expertos escultores como Josep Llimona, Rossend Nobas, Antoni Pujol, Manuel Fuxà o Clarasó. Sepulcros trabajados por el marmolista Martínez Fortuny o el forjador Sancristòfol, que han legado formas excelsas de reclamar un recuerdo que hoy ya no existe. Sea, en fin, la belleza que en su plástica silenciosa exceda nuestro pensamiento con su enigma, talmente la Eternidad.

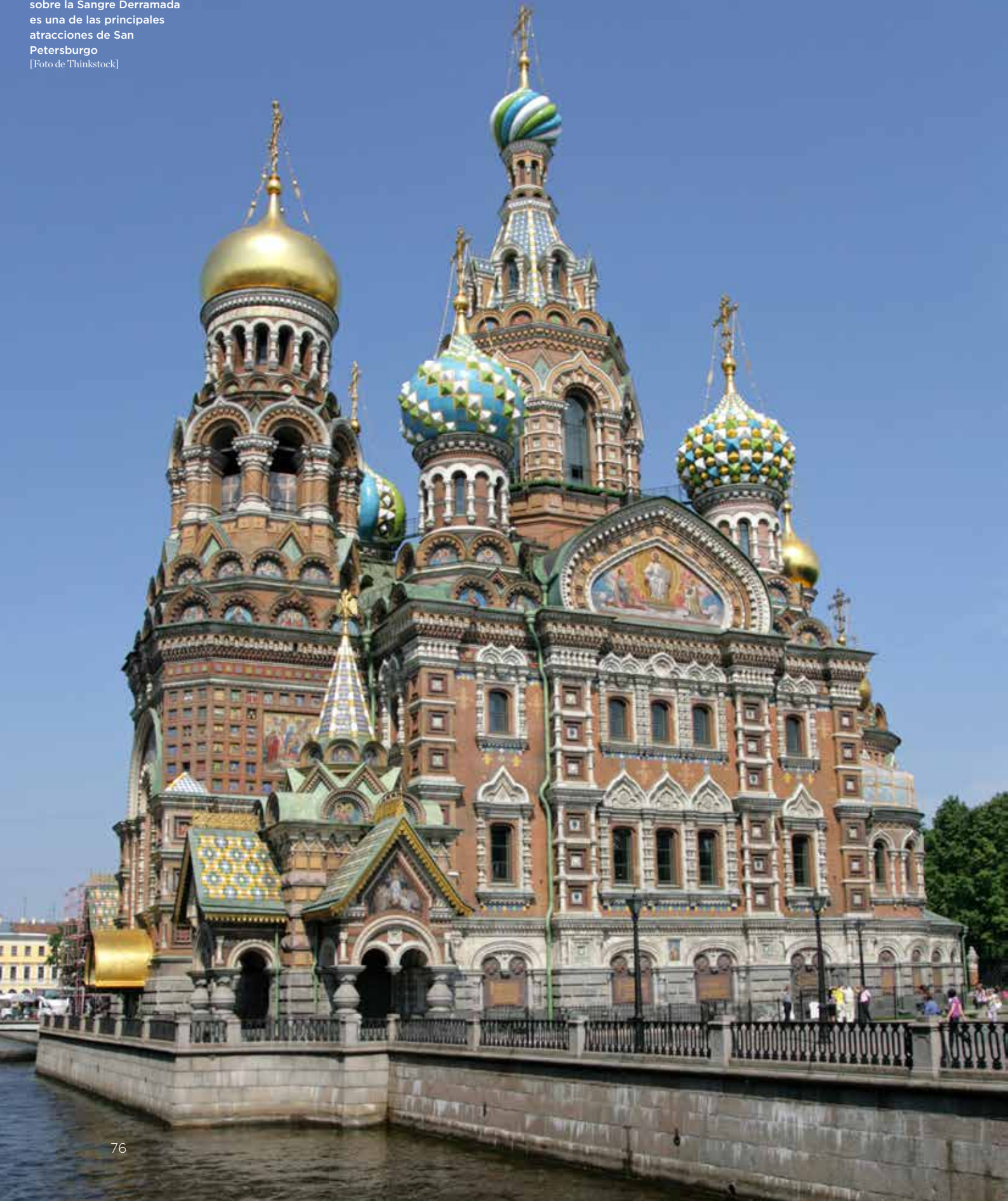
La mayor parte de las más de 150.000 sepulturas que no se hacen compañía en el cementerio de Montjuïc conjuran recuerdo en un grito estéril que amplifica el silencio que, este, sí que existe. Que como un verdadero ser vivo, el silencio se reproduce multiplicándose, aferrándose a este espacio que separa la ciudad que hierve del gran abismo celeste, y afianzando el muro. ¿Y qué decir? Si por azar, encontramos los versos de Carles Riba que se han usado como epitafio en un sepulcro frente al mar, leeremos que “feliç qui (...) deixa els rems i ajagut / dins la frèvola barca de cara als núvols, mut / s’abandona a una aigua serena”. Y quizá sentiremos profundamente que el *Memento homo* de Clarasó descarga el pico y quizá nos parecerá sentir el muro temblar, aunque sea remotamente. Quién no osaría blandir este pico, como si fuera una espada, y gritar “¡Monjoia!”. Quién, al fin, es que no querría piedras de palabra contra este muro. ●

Enric Boluda es poeta y periodista

La escultura 'Memento homo' es una obra realizada en mármol por Enric Clarasó que puede contemplarse en el cementerio de Montjuïc [Foto Andreu Gilaberte]



La iglesia del Salvador sobre la Sangre Derramada es una de las principales atracciones de San Petersburgo  
[Foto de Thinkstock]



# UNA PLUMA PERDIDA EN SAN PETERSBURGO

La literatura de la vieja y gran Rusia ronda por las calles de San Petersburgo, como un séquito de revelaciones y fulgores. Ahí están Dostoievski, Anna Ajmátova, todos. Entre los poetas locos, los muertos de las revoluciones y las víctimas del asedio nazi, podría llenarse de estrellas el cielo de San Petersburgo

por Mauricio Wiesenthal

— ¡San Petersburgo! Magia de las noches blancas de junio, cuando se puede leer a Púshkin sin encender la lámpara, porque el sol no se oculta. Milagro de las noches de invierno, cuando las luces de gas se reflejan sobre las calles heladas, y se pueden seguir las huellas de Raskólnikov por los alrededores del viejo Mercado del Heno. Dostoievski encontró aquí el escenario perfecto para *Crimen y castigo*. Púshkin, el más apasionado de los poetas rusos, murió en esta ciudad después de batirse en duelo con un tipejo que presumía de haberle robado la mujer. Y Anna Ajmátova escribió en una de estas casas su *Réquiem* contra los verdugos soviéticos. Stalin asesinó a su amante y fusiló a su hijo. Ella llevó una vida desgraciada, encerrada en las habitaciones de servicio del palacio Sheremétev, confinada como una criada fantasma en los salones que habían sido despojados de estatuas, cuadros y alfombras. Me la figuro esperando cada noche a su amante entre las fuentes secas del jardín, sacudiendo cada día las sábanas de su hijo, como si hubiese dormido en ellas, y escribiendo sus versos en los posos del té para que no cayeran en manos de la policía. El joyero Fabergé lo convirtió todo en esmaltes y perlas.

**Un sofá de cuero granate.** La primera vez que desembarqué en el puerto, en los años setenta, un policía me advirtió que siguiese a mi guía y no me apartase de las rutas permitidas. Pero yo venía buscando a un amigo, sin saber si los verdugos del Gulag lo habían matado. Buscaba esmaltes y perlas, plumas perdidas: el rastro de mis maestros y mis poetas. Una brisa fresca acariciaba las farolas, arrancando misteriosos silbidos. Desde una ventana abierta me llegaban las canciones de Tchaikovski: “Solo quien conoce el anhelo...”. Y pintaba en mi imaginación los esplendores de la época dorada de San Petersburgo, cuando las habitaciones alegres estaban llenas de flores.

Llevaba en mi agenda muchas direcciones: la casa a orillas del canal Moika en la que murió Púshkin; el castillo Miguel, donde estaba la escuela de ingenieros en la que estudió Dostoievski; la casa Kutaizoff, donde Evelina Hanska recibió a Balzac, y una vivienda del antiguo Ministerio de la Guerra, que vio nacer a Lou Salomé, aquella estrella fugitiva que fue la pasión imposible de Nietzsche y la amante de Rilke.

En un puente encontré a una muchacha rubia y pálida que se parecía mucho a la Princesa Nocturna, aunque más perdida en el

vodka que en el champán, pero no debía ser ella porque desabrochó su abrigo y me mostró el ángel de su cuerpo pálido que parecía solo un temblor. En la calle Bólshaya Morskaya me detuve a contar rosas en la fachada modernista de una casa, donde vivió un principito ruso, llamado Vladimir Nabokov. Y mientras atravesaba el canal de la Moika, envuelto en las brumas del amanecer, me preguntaba por qué el sofá de Púshkin está tapizado de cuero granate, como si tuviese el color de su sangre.

**Una cafetera del Imperio.** Pensé que mi amigo me esperaba en el Hotel Astoria, donde Rasputín se reunía con sus elegantes amigas. Pedí un café, y me lo sirvieron en una cafetera de plata que tenía una inscripción en francés: “Saint Pétersbourg, capitale de l’Empire, 1905”. Debía ser una pieza que había sobrevivido a las orgías de los poetas soviéticos, porque me contaron que Serguéi Esenin vivió en el hotel su romance con Isadora Duncan, y que estaba siempre borracho. Era muchos años más joven que ella, pero además Isadora no hablaba ni una palabra de ruso y Serguéi no sabía inglés. Después de la noche de amor, ella acariciaba los cabellos rubios de su poeta, intentando cerrar con sus dedos cansados sus rebeldes ojos azules. Y él la contemplaba, medio vestida con su camión de satén rosa, y no sabía cómo decirle, con su oscura voz de alcohólico, que era tan bella como la aurora, “peligrosa como una gata que, cansada de buscar aventuras en la noche, se despereza y se lava en el tejado”.

Estuve esperando dos horas en el bar del hotel, pero mi amigo no se presentó. Quizás había muerto, y yo sin saberlo, porque nunca tuve idea muy clara del tiempo en que se fueron los míos. Se llamaba Fiódor Mijáilovich Dostoievski y escribía maravillosas vidas de idiotas, oscuras figuras de locos, dolientes retratos de madres que, con el cabello despeinado por el dolor, parecen mujeres caídas, y de mujeres perdidas que, con los ojos mojados de lágrimas, parecen madres. “Es más, si alguien pudiera demostrarme que la verdad está fuera de Cristo, y que realmente Cristo está fuera de la verdad, preferiría estar con Cristo antes que con la verdad”, escribí.

**El frío de unas manos que ya no pueden trabajar.** Sigo caminando hasta el monasterio de Alejandro Nevski, donde está enterrado mi amigo. Llevo en las manos un rosario de madera que compré en la iglesia de Nuestra Señora de Vladímir, delante de la casa donde vivió. Una vieja campesina se santigua al verme y me toca el brazo, como si yo fuese un *starets* (maestro venerable), esperando que le dedique unas palabras de consuelo. Miro sus manos, arrugadas como un campo helado y que ya no pueden trabajar, pero que han sembrado mucho trigo.

—*Babushka* (abuela) —le digo— tengo aquí dentro un hermano. Si él estuviese ahora aquí besaría tus manos.

Cae una fina nevisca sobre los caminos, y los árboles parecen brazos desnudos elevándose al cielo. Me he quitado el sombrero, porque esto está lleno de nombres inmortales: Mússorgski, Glinka, Petipa, Tchaikovski, Dostoievski. “Creyó en la fuerza infinita y divina del alma humana”, dijo alguien, mientras el ataúd cubierto de laurel y de flores descendía a la tierra. Me voy de San Petersburgo preguntándome si alguien ha demostrado que es mejor la verdad que Cristo. El día en que me encontré a Dostoievski yo iba persiguiendo verdades; pero él me derribó del caballo. ●

Mauricio Wiesenthal es escritor



Luis Goytisolo

## El cine y las películas

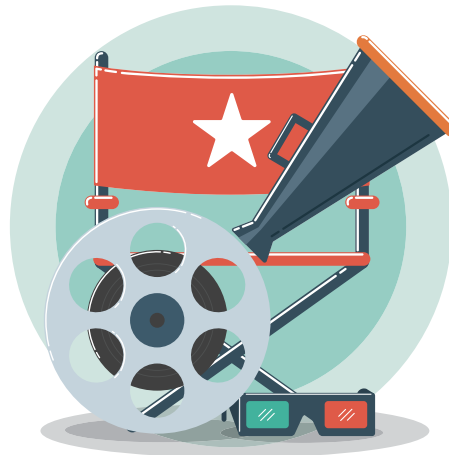
— *Cine* es un término en esfumación. Y no porque los cines, los locales, estén desapareciendo, sino porque es el cine, como género, lo que se encuentra en crisis. La gran pantalla se ha visto sustituida por las diversas pequeñas pantallas, y la gente habla ya más de películas que de cine. La palabra *cine*, lo que antes gozaba de la pomposa calificación de séptimo arte, se reserva ahora para referirla a los diversos festivales dedicados a un género que está dejando de ser lo que fue. A lo largo del siglo XX se hallaba muy extendida la creencia de que el cine iba a acabar con el género literario ya dominante, la novela. Pero nada de eso: ambos géneros convivieron sin problemas y, en la práctica, más bien fue la novela la que se convirtió, contra todo augurio, en fuente de inspiración para el cine. Y aunque los nuevos hábitos sociales afectan ya sin duda a la novela, a sus autores, a editores y librerías, mayor repercusión es sin duda la que ha tenido, de un tiempo a esta parte, en el cine.

¿Cómo comparar el actual panorama cinematográfico con el reinante en la segunda mitad del pasado siglo? ¿Qué hay ahora comparable a las películas de directores como Bergman, a la Nouvelle Vague, al cine italiano de un Fellini, un Visconti, un Rosellini, a las grandes obras del cine americano? La trayectoria, por ejemplo, de un Clint Eastwood, que si empezó como actor

de espagueti western, consiguió terminar dirigiendo excelentes películas. Un nivel de calidad que, de unos años a esta parte, se ha convertido en una verdadera rareza. Y da pena ver a actores y actrices de la categoría de Meryl Streep, Susan Sarandon, Julia Roberts o Robert de Niro interpretando ahora filmes de lo más anodino. Películas, dadas sus características, perfectamente intercambiables con un episodio cualquiera de un serial televisivo. Seriales televisivos que, salvo contadas excepciones —principalmente británicas—, suelen ser más de lo mismo. En el mejor de los casos, una historia familiar de lo más boba:

una familia en la que todo va bien hasta que pasa algo, o hasta que aflora un secreto cuidadosamente guardado, etc. O, más habitualmente, series que, capítulo tras capítulo, se centran en las andanzas de un asesino serial o de policías corruptos o de mafias, o de lo fácil que es acabar en la cárcel, etc. Y todo narrado

con un insoportable abuso del primer plano —sin duda, más económico en la medida en que el realizador se ahorra ambientar el entorno— o en escenas nocturnas avivadas con cegadores efectos especiales. O un bosque potencialmente cargado de peligros, en especial para quien se adentra en él de noche, etc. Vamos, una visión del mundo como para no salir de casa, para quedarse confortablemente instalado ante la tele.



Adeslas  
**EMPRESAS**



**Adeslas**  
Nº 1 en Seguros de Salud

## Cerca de ti, con la mejor asistencia sanitaria.

Condiciones especiales para los empleados de las **organizaciones y empresas vinculadas a FOMENT DEL TREBALL** y sus familiares directos: cónyuge e hijos.

Adeslas, la primera Compañía de Seguros de Salud del país con **más de 43.000 profesionales, 1.150 centros de atención médico asistencial, más de 300 clínicas concertadas y 150 clínicas dentales**, pone a tu disposición la posibilidad de asegurar tu salud y la de tus familiares directos en unas condiciones muy ventajosas.

Sin copagos. Con carencias y cuestionario de salud.		Adeslas <b>COMPLETA</b> + PlusDENTAL	Adeslas <b>EXTRA 150 Mil</b> + PlusDENTAL
Edad ----- €/mes/ asegurado*	0-44	43,04 €	64,55 €
	45-54	58,75 €	88,13 €
	55-64	89,86 €	134,78 €
	65	137,15 €	205,72 €

### Adeslas**COMPLETA**

Amplias coberturas tanto en medicina primaria, especialidades y medios de diagnóstico, como en urgencias y hospitalización.

### Adeslas**EXTRA 150Mil**

Seguro mixto que permite acceder al cuadro médico de Adeslas, sin desembolso alguno, o elegir médico y centro hospitalario en todo el mundo con un reembolso del 80% en España y el 90% en el extranjero y límite anual de 150 Mil euros.

### Plus**DENTAL**

Accede a muchos servicios sin coste adicional: urgencias, limpiezas de boca, consultas de diagnóstico, fluorizaciones, educación bucal y precios especiales en todos los tratamientos dentales.

Condiciones especiales para organizaciones  
y empresas vinculadas a:



Para más información y/o contratación

902 054 529

\*Tarifas 2017 aplicables para nuevas altas. Edad máxima de contratación 65 años.

SegurCaixa Adeslas, S.A. de Seguros y Reaseguros, con domicilio social en la c. de Juan Gris, 20-26, 08014, Barcelona (España). CIF: A-28011864. Inscrita en el R.M. de Barcelona, tomo 20481, folio 130, hoja B-6492 S.RE.61/10 GGCC (f)

# Algunas oportunidades se encuentran en el rincón más lejano.

Y en el Santander estamos preparados para que estén donde estén, tu empresa las aproveche. **Con cobertura en más de 150 países y 12.500 oficinas en todo el mundo,** te ayudamos a abrir nuevos mercados en los que crecer.

**Cada empresa es un mundo.**  
Trabajemos juntos para hacerlo grande.

 **Santander** Empresas 